



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

**UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DOCTORADO EN HUMANIDADES
LÍNEA HISTORIA**

*Historia de la construcción del campo epistémico de la prehistoria en México
(Elementos teóricos e históricos preliminares)*

**TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE DOCTOR EN
HUMANIDADES
(LINEA DE HISTORIA)
PRESENTA:**

Alfonso Ramírez Galicia

**ASESOR:
Carlos Illades Aguiar**

**LECTORES:
Carlos Antonio Aguirre Rojas
Luis Felipe Bate Petersen
Alejandro Estrella González**

Vo. Bo.
[Signature]

CIUDAD DE MÉXICO

MAYO DE 2014.

Advertencia y agradecimientos

El presente texto constituye la comunicación de los resultados de la investigación que realicé, durante mi estancia en el Doctorado en Humanidades, Línea de Historia de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, sobre la historia de la construcción del campo epistémico de la prehistoria en México en el siglo XIX. Como tal, en la forma en la que ahora ve la luz, representa una tesis por derecho propio; es decir, con un argumento unitario y (hasta donde alcanzan mis fuerzas) completo y coherente que (espero) se sostiene por sí mismo; no obstante, al mismo tiempo, esta tesis no es más que la primera parte de una investigación que tiene la intención de escribir una historia de la prehistoria en México hasta nuestro días, y que actualmente se realiza bajo el amable auspicio del proyecto de historia intelectual en México del Dr. Carlos Illades.

La primera parte que ahora presento versa sobre las cuestiones teóricas e históricas que sirven de contexto general a la narración de la historia concreta que conforma la trama de sendas partes restantes. La mayor parte de mi tiempo en el doctorado lo ocupé en la exploración de los maravillosos fondos antiguos y reservados de la Biblioteca Nacional de México, la Biblioteca del Instituto Mora y la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia; especialmente en los acervos de manuscritos antiguos de esta última, donde me concentré en la lectura de los diarios inéditos del importante aunque (a mi parecer) injustamente olvidado historiador mexicano del siglo XIX, José Fernando Ramírez. Ramírez, junto con su entrañable colega y amigo Joaquín García Icazbalceta, y la pequeña comunidad intelectual que lograron construir y proyectar hacia los principales focos del saber histórico en Europa y América, son (a mi entender) unas de las figuras fundamentales del proceso de modernización de la ciencia histórica durante el siglo XIX

mexicano; y sus obras tuvieron repercusiones esenciales (al menos en lo que ahora nos concierne) en el itinerario concreto de modernización epistémica que va del sub-campo de la historia de la antigüedad a la sub-disciplina de la prehistoria, en nuestro país, en el cambio de siglo.

Dado el carácter general de esta primera parte, apenas comienzan a vislumbrarse los frutos de este rico (al menos para mi experiencia personal) trabajo de archivo; pero sería injusto sacar a la luz esta primera parte sin dar mis agradecimientos a las amables atenciones brindadas por el personal de estas importantes instituciones, sin las cuales la realización de esta investigación habría sido impensable. Especialmente a Alfonso Alanís Peña de la Biblioteca del Museo Nacional y a Ana Madrigal, encargada del Archivo Histórico del mismo.

Esta investigación también habría sido impensable y, de hecho, materialmente irrealizable, sin el apoyo institucional del Consejo Nacional de la Ciencia y Tecnología; en mi caso concreto, a través del cuerpo académico e institucional del Doctorado en Humanidades y, en general, de los miembros de mi querida *alma mater* adoptiva, la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Una obra histórica, como toda obra humana, siempre es un trabajo colectivo, e intentar reconstruir la compleja red de relaciones que contribuyeron a la construcción de un trabajo particular es una tarea siempre excepcionalmente difícil. Para intentar facilitar esta labor, me limitaré a mencionar a aquellas personas que, creo, tuvieron una participación directa en la elaboración de este texto, a través de sus lecturas y conversaciones, formales e informales, sobre alguna de sus partes (por lo demás, las contribuciones particulares son mencionadas en las notas correspondientes). De la Universidad Autónoma Metropolitana en su Unidad Iztapalapa agradezco especialmente al Dr. Illades, y a los profesores Luz María Uthoff, Sonia Pérez Toledo, Brian Connaughton y Alejandro Tortolero, por la amable atención que siempre me brindaron y los sagaces consejos y comentarios que realizaron a mis (siempre) torpes incursiones en la historia mexicana; así como a las profesoras Margaret

Lee y Patricia Berumen, del Centro de Lenguas Extranjeras, por sus gratas conversaciones extra-clase. De la Unidad Cuajimalpa, agradezco a Alejandro Araujo, Alejandro Estrella y Jorge Galindo, actuales coordinadores del Seminario de Historia Intelectual, en nombre de todos sus participantes con los que tuve la fortuna de convivir, por haberme invitado a participar en las discusiones que animan este espacio intelectual.

Sin la paciencia y las animadas discusiones de mis alumnos del seminario de Historia de la Arqueología que imparto en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y sin el impulso de mi colega y amigo Gustavo Sandoval, gran parte de la argumentación, aquí presentada, hubiera sido aún más oscura de lo que actualmente resulta.

Por último, expreso mi especial agradecimiento a los miembros de mi comité de seguimiento; porque, más allá de sus obligaciones institucionales, ellos han sido una guía, intelectual, humana y afectiva, inestimable a todo lo largo del difícil, pero siempre emocionante, trayecto de esta investigación. Carlos Illades y Carlos Aguirre han sabido aguantarme ya por varios años, y Luis Felipe Bate y Alejandro Estrella, aunque se han integrado al final de su realización, han aportado elementos esenciales de crítica en lo que respecta a mis deficiencias en el estado actual de las investigaciones prehistóricas en América, por un lado, y en la metodología histórica, por el otro. Aunque, como siempre, los errores y deficiencias del presente texto son responsabilidad exclusivamente mía. Finalmente, no puedo concluir sin mencionar la luz con la que siempre alumbra los oscuros senderos por los que, en veces, se aventura mi vida: la misteriosa y querida *Geneviève*.

Tenango del Aire, Estado de México, el 26 de abril de 2014.

Contenido

Advertencia y agradecimientos.....	3
INTRODUCCIÓN GENERAL:	
Hacia una historia de la prehistoria en México, del siglo XIX hasta nuestros días.....	9
PRIMERA PARTE:	
El sentido de la prehistoria	51
LIMINAR	53
CAPÍTULO 1. Una mirada a la prehistoria, hoy	61
CAPÍTULO 2. El siglo XIX, la prehistoria como apología del progreso	90
CAPÍTULO 3. La disputa del Nuevo Mundo.....	112
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	151

INTRODUCCIÓN GENERAL:

Hacia una historia de la prehistoria en México, del siglo XIX hasta nuestros días

Presentación

La actual investigación, sobre la historia de la prehistoria en el México de la segunda mitad del siglo XIX, forma parte de un proyecto mayor que es: la escritura de un libro sobre la historia de la sub-disciplina, desde sus inicios en este siglo XIX y hasta nuestros días, a partir de una perspectiva de historia intelectual que utilice su completo itinerario como medio de acceso a la evolución de las interrelaciones complejas, dialógicas y cambiantes entre, de un lado, los métodos y las interpretaciones de la prehistoria y, del otro, las sucesivas coyunturas históricas que ha atravesado en la historia de México. El objetivo principal de la investigación es construir información comparativa sobre las peculiaridades de la historia de la prehistoria en esta región marginal y periférica de la economía-mundo capitalista, con la intención de elaborar una imagen más compleja y crítica de la historia de la sub-disciplina en su conjunto, que nos sirva para explicar e intentar trascender la actual situación de *impasse* o estancamiento epistemológico en la que se encuentra.

Las investigaciones prehistóricas en México han tendido a subordinarse a las perspectivas hegemónicas confeccionadas en Europa o en los Estados Unidos y, sin embargo, por su posición central entre las Américas del Norte y del Sur, la geografía mexicana es un espacio esencial para intentar resolver los cruciales y difíciles problemas de las dinámicas continentales del proceso de poblamiento, y las complejas interrelaciones y evoluciones de las primeras sociedades humanas de las dos Américas, desde finales del pleistoceno y durante el holoceno temprano.

A la sombra de la gran efervescencia intelectual que en los últimos años ha despertado el reconocimiento oficial, tanto de la complejidad y la antigüedad inusitada de la prehistoria sudamericana, en sitios como el célebre Monte Verde en el extremo austral de Chile,¹ como de la multiplicidad inesperada y no menos antigua del horizonte Clovis y todas las industrias contemporáneas o anteriores a Clovis, en Norteamérica y en Siberia,² ¿cómo explicar que, más allá de unas cuantas e importantes excepciones, la prehistoria mexicana contemporánea brille por su ausencia en la escena internacional?, ¿qué relación guarda esta situación con la desaparición del Departamento de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH, en adelante)? Pero sobre todo, en términos generales, ¿cómo explicar que las investigaciones contemporáneas de la prehistoria de las Américas se encuentren esencialmente segregadas en múltiples y pequeñas comunidades intelectuales, mayoritariamente concentradas en los detalles super-especializados de sus problemas locales y con escasa comunicación intercontinental?, ¿cómo explicar que más allá de la penosa acumulación de los átomos de información empírica no se produzcan, hoy, avances sustanciales en la explicación de los procesos de la prehistoria americana?

La historia de la sub-disciplina nos muestra que las cosas no siempre fueron como ahora; que, de hecho, no era inevitable que llegaran a ser como son, y que, por lo tanto, no tienen por qué seguir siéndolo. En el pasado, como

¹ Para una revisión de la historia de las investigaciones y de la relevancia del sitio prehistórico de Monte Verde, desde una síntesis continental fundada en los materiales poco conocidos (fuera del hemisferio sur) de la prehistoria de Sudamérica, ver Thomas D. Dillehay, *The Settlement of the Americas. A New Prehistory*, Nueva York, Basic Books, 2000. Ver, también, el capítulo 1 de esta tesis.

² Una de las mejores síntesis sobre la diversidad de las industrias contemporáneas y anteriores a Clovis es el volumen *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, editado por Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005. Cf., asimismo, el capítulo 1 de la presente investigación.

ahora, existieron múltiples perspectivas en competencia, con diversas posibilidades de desarrollo; la compleja interacción y lucha entre sus interpretaciones, así como sus estrategias y los azares de su vinculación con los distintos elementos de los contextos culturales, políticos y sociales con los que convivieron, determinaron el triunfo para algunas y la derrota para las demás. Pero la historia está abierta y ella nos invita a explorar el pasado a contrapelo; a mirar, desde el presente, las vías negadas, y ¿por qué no? a intentar reabrir las y recrearlas; a intentar cambiar el mundo presente, ya que no es ni el mejor ni el único posible.³

Metodología

En la escritura de nuestra historia de la prehistoria en México intentamos seguir, como ya lo hemos mencionado, algunas de las lecciones metodológicas de la historia intelectual.⁴ La larga periodización de nuestro estudio (dos siglos de historia, el XIX y XX) implica que abordemos el problema desde la interpretación de dos categorías generales y diferentes de fuentes históricas: la primera, la más “tradicional”, se refiere a los documentos impresos, es decir, públicos, y a los textos inéditos, i.e., esencialmente privados, que testimonian las obras, los labores y las vidas de los intelectuales y las instituciones que han protagonizado las investigaciones de la historia de la antigüedad, y luego de la prehistoria, en México desde el siglo XIX y hasta nuestros días. Aunque nos podemos servir de estas fuentes escritas para hacer la historia del presente, i.e.

³ La idea de explorar la historia “a contrapelo” para descubrir los múltiples pasados negados por la historia realmente existente se basa, naturalmente, en Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, traducción y presentación de Bolívar Echeverría, México, Contrahistorias. La otra mirada de Clío, 2005. Como lo señaló Echeverría, esta concepción hunde algunas de sus raíces, a su vez, en el pensamiento de Leibnitz.

⁴ Para un panorama de la diversidad de perspectivas que conforman hoy la vanguardia de la historia intelectual en los mundos angloamericano, francés y germánico, ver François Dosse, *La marche des idées. Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle*, París, Éditions La Découverte, 2003.

de las investigaciones prehistóricas en el siglo XX, ellas son el principal, y casi único, medio para acceder a los discursos de la vida intelectual y de los intelectuales ya desaparecidos, del pasado lejano; en este caso, del pasado decimonónico.

La segunda categoría, la más “heterodoxa”, tiene que ver con las fuentes para construir la historia del presente; la historia en la que el historiador funciona como testigo presencial del acontecer en proceso. En este caso, las fuentes son, por un lado, los testimonios orales que los actores de la historia (en lo que a nosotros respecta, los prehistoriadores aún activos y los sobrevivientes de las generaciones pasadas) pueden proporcionar por medio de entrevistas sistemáticas o conversaciones casuales; por otro, son las informaciones que, sobre el funcionamiento de una comunidad intelectual viva, pueden proporcionar los métodos de la antropología o la sociología, principalmente, y que muchas veces se refieren a las dimensiones estructural-inconscientes del comportamiento social. En nuestra investigación, estas fuentes de la historia del presente serán el material fundamental, pero no exclusivo, para escribir la historia de la prehistoria mexicana durante el siglo XX.

Intelectualmente, nuestra historia pretende seguir las lecciones metodológicas e interpretativas de tres obras importantes de la historia intelectual contemporánea. Primero, la biografía microhistórica del prehistoriador suizo Édouard Désor (1811-1882), escrita por Marc-Antoine Kaeser.⁵ Debido a que, a través de la reconstrucción exhaustiva de todo un itinerario biográfico, por medio de un rico acervo de fuentes personales, el autor logra reconstruir las complejas y dinámicas relaciones que vincularon el quehacer científico con la cultura, la religión y la política, en tiempos del nacimiento de la prehistoria en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX;

⁵ Marc-Antoine Kaeser, *L'univers du préhistorien. Science, foi et politique dans l'œuvre et la vie d'Édouard Desor (1811-1882)*, (col. « Histoire des Sciences Humaines »), Paris, L'Harmattan y Société de la Suisse Romande, 2004.

creando una imagen alternativa y no convencional de su historia temprana, que explica el dominio de una perspectiva evolucionista no por el influjo mecánico de la ideología del progreso, sino por la interacción dialéctica de las múltiples dimensiones implicadas en una lucha abierta e incierta.

Segundo, la historia del papel de la arqueología en el filhelenismo de la cultura germánica moderna, de Suzanne Marchand.⁶ Porque con su erudita reconstrucción de la práctica institucional de la “ciencia de la antigüedad” germana, la *Altertumswissenschaft*, basada en el aprovechamiento de los principales archivos institucionales-históricos alemanes, la autora muestra cómo esta “filología de los objetos” ocupó un lugar ambiguo, pero esencial, en tanto que complemento de la “filología textual” en su papel de instrumento central de la reforma Neo-Humanista germánica, emprendida como reacción a la Revolución francesa desde el siglo XIX y extendida hasta la primera mitad del siglo XX. La filología, la reconstrucción del lenguaje, y por ende, del pensamiento de la antigüedad clásica, fue considerada el fundamento de la renovación de la cultura alemana moderna: la síntesis del *Volkgeist* germano con su contraparte griega en el nacimiento de una cultura superior. La arqueología, primero, sirvió como peón que aumentaba el *corpus* textual de la filología por medio de sus excavaciones; pero, en un segundo momento, al exhumar la *pre*-historia de los griegos, con su exotismo oriental, su primitivismo y su irracionalismo, sembró la semilla de una crítica al dogma de la universalidad de los griegos y, por ende, de una relativización del eurocentrismo. Una semilla difícil de manejar y cuya ocultación tiñó de tragedia el destino de la arqueología y de la cultura germánica en vísperas de los tiempos de las guerras mundiales.

⁶ Suzanne L. Marchand, *Down from Olympus. Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1996.

Por último, la historia del estructuralismo escrita por François Dosse.⁷ Ya que haciendo un uso ejemplar de las fuentes de la historia del presente,⁸ el autor logró reconstruir, en los complejos detalles íntimos que muchas veces escapan a la mera interpretación de las fuentes impresas y oficiales, la historia de este movimiento intelectual francés, fundamental en la historia contemporánea del pensamiento occidental. Lo hizo trazando los intrincados entrecruzamientos que hicieron en su devenir los itinerarios intelectuales de los principales maestros del estructuralismo, sus discípulos y émulos y, especialmente, sus críticos. Mostrando siempre su íntima vinculación con la evolución de la vida intelectual y cultural francesa desde el final de la Segunda Guerra Mundial y hasta la década de 1980.

Para terminar, debemos mencionar cuáles son las fuentes concretas de nuestra investigación. Para la parte de los documentos escritos, contamos con los fondos antiguos y reservados especialmente de la Biblioteca Nacional (BNM), la Biblioteca del Instituto Mora (BIM) y la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia (BNAH); además de sus hemerotecas, así como la del Instituto de Investigaciones Antropológicas, de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIA-UNAM). Pero, especialmente, en cuanto a los documentos inéditos, contamos con varios de los Archivos históricos del INAH y, sobre todo, varias de las colecciones de manuscritos y los archivos institucionales del Museo Nacional; donde se conservan testimonios de primera mano de varios de los protagonistas decimonónicos de la historia de la antigüedad y la naciente prehistoria en el siglo XX. Así como el abandonado y casi inexplorado Archivo Histórico de lo que fuera el, hoy desaparecido,

⁷ François Dosse, *Histoire du structuralisme, I. Le champ du signe, 1945-1966; II. Le chant du cygne, 1967 à nos jours*, París, Éditions La Découverte, 1992.

⁸ Dosse ha privilegiado la historia del presente y últimamente se ha dedicado a perfeccionar el uso de la biografía como instrumento privilegiado de la exploración de la interrelación entre individuo y contexto. Cf., e.g., *Gilles Deleuze et Félix Guattari. Biographie croisée*, París, Éditions La Découverte, 2007.

Departamento de Prehistoria; donde reposan joyas valiosísimas sobre las minucias cotidianas de la práctica de la prehistoria mexicana durante la segunda mitad del siglo XX.⁹

Para la parte de la historia del presente, además del mencionado Archivo del antiguo Departamento de Prehistoria, y de varios archivos personales conservados celosamente por los familiares de los prehistoriadores desaparecidos del siglo XX, contamos con varios investigadores en activo y varios sobrevivientes de la vieja escuela que, con la debida gentileza y sin importunar, pueden ser abordados para solicitar conversaciones y entrevistas. Naturalmente, al final contamos con la abundante bibliografía sobre las investigaciones prehistóricas contemporáneas; cuya exuberancia no reducen, pero cuya consulta sí facilitan, las tecnologías de la era de la informática.

Líneas generales de argumentación

A la pregunta general que guía nuestra investigación: ¿cómo ha sido el itinerario histórico concreto de la sub-disciplina de la prehistoria en México, desde su surgimiento en el siglo XIX y hasta nuestros días?, intentaremos dar respuesta con la hipótesis siguiente: el itinerario concreto que la historia de la sub-disciplina ha seguido en nuestro país, responde a la interacción dialógica entre, de un lado, el carácter y el potencial epistémico de la prehistoria, y, del otro, las tendencias y las coyunturas de la historia de México; a través de las decisiones y las acciones concretas de los intelectuales involucrados, directa o indirectamente, en la práctica de la prehistoria mexicana, realizadas desde sus particulares posiciones dentro de las circunstancias de la historia mexicana,

⁹ Sobre el potencial del Archivo Histórico del extinto Departamento de Prehistoria cf. la investigación inédita de Rebeca del Carmen Villarruel Mendoza, “Un acercamiento a la historia de la arqueología prehistórica en México. Primera década del Departamento de Prehistoria”, tesis para optar por el grado de Maestría en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2009.

determinadas ellas, a su vez, por el intrincado entrecruzamiento de sus itinerarios de vida y trabajo intelectual.

Originalmente, la prehistoria surgió a mediados del siglo XIX, en Francia e Inglaterra, al mismo tiempo, como un nuevo territorio empírico del saber y como un utillaje metodológico inédito, preparado para explorarlo.¹⁰ Un nuevo *campo epistémico*, a la vez terreno empírico e instrumental metodológico, que inauguró la posibilidad de conocer la dimensión de la vida humana que trasciende la mera esfera de su expresión textual o literaria y que, por ende, se encuentra más allá de la acción discursiva del lenguaje (oral o escrito), en el espacio de acción de la cultura material de las sociedades humanas. En este espacio del cultivo o la confección artefactual de la materia, la prehistoria ofrece dos vías principales para el conocimiento de la vida humana. Por un lado, ella permite concentrarse en los detalles de la realización cotidiana y espontánea de la vida material: las modificaciones intencionales que producen los gestos cotidianos, desde el levantarse al amanecer hasta el acostarse en el anochecer; pero, sobre todo, ella permite captar los indicios inintencionados, los vestigios secretos, producidos subrepticamente por estos mismos gestos. En pocas palabras, desde esta vía, la prehistoria permite acceder al plano íntimo de la vida cotidiana, con sus detalles muchas veces callados o las más de las veces ignorados, que desbordan por mucho toda narración intencionada de la misma; una verdadera instantánea del cuadro íntimo de vida, en toda su complejidad, como el que produjo el Vesubio en su inesperada sepultura de Pompeya.¹¹

¹⁰ Ver Donald K. Grayson, *The Establishment of Human Antiquity*, Nueva York, Academic Press, 1983; y el Segundo capítulo de la presente investigación.

¹¹ Para una caracterización crítica de esta faceta de la arqueología concentrada en la descripción de la vida cotidiana, en las excepcionales ocasiones en las que el contexto arqueológico se presenta en la forma genérica de un contexto “tipo Pompeya”, ver la muy interesante opinión de Lewis R. Binford, expresada de manera sintética y polémica en “Behavioral Archaeology and the ‘Pompeii Premise’”, en *Journal of Anthropological Research*, vol. 37, núm. 3, 1981, pp. 195-208; reeditado

Por otro lado, en el extremo opuesto de la confección, ya sea intencionada o inconsciente, del mundo, la prehistoria permite observar lo que resulta inobservable dentro de la duración media de una vida humana individual. Las acciones gestuales reiteradas a lo largo de los años, los siglos o los milenios, producen patrones residuales; indicios de los procesos de *larga duración* que pautan la marcha de las estructuras y las formaciones sociales, las civilizaciones y, en última instancia, el conjunto abigarrado e imponente de la historia de la humanidad, desde que su evolución dejó de expresarse tan sólo en términos orgánico-biológicos y comenzó a hacerlo en un lenguaje tecno-cultural super-orgánico, y de ahí hasta su más presente actualidad.¹² En pocas palabras, desde esta vía, la prehistoria abre la posibilidad de explorar el conjunto de las historias que componen la historia de la humanidad; incluyendo en la historia, la monumental antigüedad geológica de la humanidad, ante la

en la compilación *Working at Archaeology*, Nueva York, Academic Press, 1983, parte IV, capítulo 18, pp. 229-241.

¹² La perspectiva del estudio de los procesos de “larga duración”, entendida como la dimensión estructural-fundamental de una conceptualización de la temporalidad histórica como conformada por tres escalas interrelacionadas de duración, fue magistralmente elaborada por Fernand Braudel y expuesta de manera sistemática en su clásico ensayo “Histoire et Sciences sociales: La longue durée”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, año 13, núm., 4, 1958, pp. 725-753. Una de las interpretaciones más rigurosas, inteligentes y sugerentes, del papel central de la “larga duración” en el proyecto de una ciencia histórica global de Braudel, ha sido realizado por Carlos Antonio Aguirre Rojas en varios de sus “ensayos braudelianos” (parte de su esperada y aún no realizada biografía histórica de Braudel); cf. especialmente, “La longue durée: *in illo tempore et nunc*”, en *Fernand Braudel et les Sciences Humaines*, traducción de Steven Johansson y François Minaudier, París, L’Harmattan, 2004, anexo 2, pp. 211-247 (publicado originalmente en *Segundas Jornadas Braudelianas. Historia y Ciencias Sociales*, México, Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, pp. 29-56). La interpretación de Carlos Aguirre, de la “larga duración” braudeliana, representa una de las principales fuentes teóricas de inspiración de nuestra presente investigación.

cual palidece la insignificancia de los escasos milenios de conservación de la memoria histórica a través de la escritura.¹³

Fue, precisamente, la promesa de desacralización radical del hombre, ofrecida por el establecimiento de la gran antigüedad de la humanidad al final de la década de 1850, lo que posicionaba a la naciente prehistoria como un componente esencial, aunque menor, del ensayo fallido de extensión y actualización decimonónicas de la Revolución científica de los siglos XVI-XVII, en la forma de la importantísima, pero inacabada, Revolución darwiniana.¹⁴ Durante el siglo XIX, de la mano de un simulacro de secularización de la trama de la historia sagrada de la tradición judeo-cristiana, en el contexto del ascenso de la economía-mundo Europea a la hegemonía del resto del mundo “no europeo”, la civilización occidental, entonces en proceso recíproco de definición de su identidad ante “los otros”, promovió una imagen de la humanidad como culminación y destino de la evolución cósmica. Una representación calcada del mito de la creación de Adam a “imagen y semejanza

¹³ Sobre esta faceta privilegiada de la prehistoria para aprehender los procesos de la más “larga duración” ver, de nuevo el ensayo de Lewis R. Binford, antes citado; así como su importantísima y, en nuestra opinión, aún vigente interpretación de la significación histórica fundamental de la transición de las sociedades humanas a las condiciones climáticas “modernas” (i.e. del Holoceno) en su ensayo “Post-Pleistocene adaptations”, en *New Perspectives in Archaeology*, editado por Sally R. Binford y Lewis R. Binford, Chicago, Illinois, Aldine, 1968, pp. 313-341. Así como la perspectiva del estudio de los “hechos” y “gestos técnicos” como vías de acceso privilegiado a la reconstrucción de los macro-procesos de evolución tecnológica en las múltiples trayectorias históricas de las sociedades humanas; elaborada por André Leroi-Gourhan, desde su primera gran síntesis, *Évolution et techniques*, 2 vols., París, Éditions Albin Michel, 1943 y 1945; y especialmente en su *chef d’œuvre: Le geste et la parole*, 2 vols., París, Éditions Albin Michel, 1964 y 1965.

¹⁴ Sobre el carácter esencialmente inacabado de la Revolución darwiniana y sobre su lugar central en la historia del pensamiento evolucionista, ver la autorizada síntesis de Peter J. Bowler, *Evolution. The History of an Idea*, Edición del 25º aniversario, con un Nuevo Prefacio, Berkeley, University of California Press, 2009. Ver, asimismo, la introducción a la Primera Parte de la presente investigación.

de Dios” (Adam, el hombre, amo y señor de la tierra), que, al mismo tiempo, sirvió para postular al hombre europeo como el heredero legítimo del linaje adámico. Es decir, como modelo y protagonista del drama de la historia universal: el drama del ascenso después de la caída en la barbarie, causada por el pecado original, y la redención en la (re-) conquista del paraíso terrenal; esta vez, en los logros de la civilización europea-industrial y sus promesas de progreso ilimitado.¹⁵ Un drama universal, al cual, como corolario, debían subordinarse y en el cual debían fundirse las otras historias de los “no-occidentales”, los cuasi-humanos no emparentados o ambiguamente relacionados con Adam: los *pre-Adamitas*.

Al hundir la antigüedad de la humanidad en el abismo del tiempo geológico, la prehistoria abrió un doble camino para criticar y relativizar esta imagen sagrada del hombre occidental. Primero, construyendo las pruebas materiales de su coexistencia con los grandes mamíferos de los tiempos

¹⁵ En uno de sus ensayos recientes, Carlo Ginzburg rastrea un proceso semejante de conservación o transmisión de una *fórmula* de relación de los hombres europeos con lo sagrado, definido de acuerdo con los cánones de la tradición judeo-cristiana, durante la transición a la modernidad en los siglos XVI-XVII. Un, mal logrado, proceso de desacralización o secularización de la relación simultánea de “miedo reverencia terror” (captada por el ambiguo vocablo inglés: *awe*) del hombre hacia la autoridad divina, traducida a la relación entre el hombre y el nuevo Estado; como lo habría captado, agudamente, Thomas Hobbes en su *Leviatán*. La “fórmula emotiva” (*Pathosformel*; utilizando un concepto elaborado por Aby Warburg) de la reverencia y el miedo (*awe*) que asegura la subordinación de los mortales a la divinidad fue conservada, en un simulacro de secularización, para asegurar la nueva subordinación de los civiles al Estado. La conservación, en la trama de la ideología del progreso, de la fórmula del origen y destino divinos del hombre, proveniente de la historia sagrada cristiana, puede ser, en este sentido, otro ejemplo de la transmisión de las *Pathosformeln* antiguas a la modernidad. Cf. Carlo Ginzburg, “Fear Reverence Terror. Reading Hobbes Today”, *Max Weber Lecture Series*, núm. 2008/05, Badia Fiosalana, European University Institute, 2008. Sobre el uso del concepto de *Pathosformel* en el desarrollo de esta y otras investigaciones análogas, reunidas en su más reciente libro: *Peur révérence terreur: Quatre essais d'iconographie politique* (Les Presses du Réel, 2013), escuchar “Dialogue avec Carlo Ginzburg”, presentado por Roger Chartier, con motivo de la publicación en Francia de este último libro, en el programa de radio *Les Lundis de l'histoire*, en la emisión del 23 de diciembre de 2013.

antediluvianos, ahora extintos, mostró que la aparición de la humanidad no podía caracterizarse como una anomalía o un acto de discontinuidad en el transcurso natural de la historia de la vida en la tierra; sino que formaba parte de los continuos y largos procesos de esta historia milenaria de los seres vivos. Segundo, con esta identificación plena de la historia humana con la historia natural, ayudó a socavar el sustento de cualquier defensa seria de los orígenes y destino divinos de la humanidad; pues, al contrario, apuntaló la idea de que el hombre era tan sólo el producto más reciente (ni culminación ni objetivo) del funcionamiento azaroso de los mecanismos naturales que rigen la evolución de las especies orgánicas en la tierra.

Pero más allá de estas dos vías críticas, de las cuales comenzó a servirse tan provechosamente Charles Darwin en su *Descent of Man*¹⁶ por mencionar uno de los más importantes ejemplos, el nuevo campo epistémico de la prehistoria abrió la posibilidad de explorar el complejo y milenario entramado de las múltiples historias que, en sus divergencias, choques, retrocesos, mutaciones y síntesis, componen la historia de la humanidad; desde sus orígenes perdidos en la obscuridad del tiempo geológico y hasta la más candente actualidad. No obstante, el despliegue completo de este potencial crítico de la prehistoria no llegó a realizarse en el transcurso del siglo XIX y ni siquiera durante el siglo XX; de hecho no ha llegado a realizarse por completo en nuestros días y permanece latente. ¿Cómo explicar esta situación?

Una segunda hipótesis, complemento de nuestra hipótesis principal, es que la historia de la prehistoria, en general, ha sido impulsada o dinamizada por el desarrollo de una contradicción esencial entre el despliegue de su potencial crítico de aprehensión de las historias múltiples que, en concreto, componen la historia de la humanidad, y la negación de este potencial en la

¹⁶ Charles Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, 2 vols., Londres, John Murray, 1871; edición original digitalizada en *Darwin Online* (<http://darwin-online.org.uk/>); consultado en mayo de 2011.

subordinación de la diversidad a una historia parroquial ilegítimamente elevada al *status* de paradigma de la historia universal: la historia de la civilización occidental como simulacro de secularización de la historia sagrada.¹⁷ De manera concreta, la negación de este potencial crítico de la prehistoria ha sido el resultado de su difícil confrontación y negociación con las tendencias y coyunturas históricas de los últimos dos siglos de historia de la economía-mundo capitalista.

Al final de la década de 1850 la prehistoria nació en medio del complicado proceso de construcción de las disciplinas científicas que componen el sistema de los saberes modernos de la civilización occidental, como parte del proceso de la construcción de los Estados-Nación modernos, piezas claves del restablecimiento del orden después de las perturbaciones acarreadas por la Revolución francesa.¹⁸ A través de un difícil proceso, la prehistoria se construyó un lugar marginal entre la historia de la vida y la historia humana, entre geología y paleontología e historia y antropología; sólo después de exhibir su potencial de ser una apología y demostración material de la ideología del progreso.¹⁹ Una sub-disciplina de la historia encargada de ilustrar (con los datos de la prehistoria; pero también con las sociedades humanas de los confines del mundo, devenidos ejemplos “primitivos”) los estadios universales del progreso humano atravesados antes de llegar al origen de la civilización occidental en la antigüedad clásica: la *pre*-historia antes del surgimiento de la “verdadera historia” y su expansión a todo el planeta, la historia de la civilización europea.

¹⁷ Ver la Primera Parte de la presente investigación.

¹⁸ Cf. Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System IV. Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, The University of California Press, 2011.

¹⁹ Ver, Marc-Antoine Kaeser, “On the International Roots of Prehistory”, en *Antiquity*, vol. 76, núm. 291, Marzo de 2002, pp. 170-177; y Nils Müller-Scheessel, “Fair Prehistory: Archaeological Exhibits at French *Expositions Universelles*”, en *Antiquity*, vol. 75, núm. 288, Junio de 2001, pp. 391-401; así como el capítulo 2 de nuestra presente investigación.

En el fin de siglo, con el cambio de coyuntura hacia la desestructuración de la hegemonía británica: recesión económica, competencia imperialista de las grandes potencias, exacerbación de los nacionalismos y primeros síntomas de dudas en cuanto al futuro de la civilización occidental;²⁰ la prehistoria siguió la tendencia (creada y seguida por varias de las principales ciencias sociales) hacia la super-especialización y el aparente apolitismo, legitimados por la presunta consagración a la objetividad y la producción de conocimiento socialmente útil.²¹ Las quisquillosas y meticulosas labores del análisis estilístico y la seriación, en nuestro caso; penosa construcción empirista e inductiva de las tipologías y cronologías que, eventualmente, servirían para trazar las trayectorias de las tradiciones culturales que, presuntamente (de nuevo), constituirían el germen de las naciones modernas; una actualización de su subordinación a la historia; pero esta vez a la historia nacionalista, en la forma de la escritura de la *pre*-historia patria.

En el siglo XX, de una Guerra Mundial a la otra, ante el “ocaso de Occidente”,²² esta perspectiva *histórico-cultural* hegemónica, se sofisticó y diversificó hasta alcanzar su punto de saturación: cuando sus complejas representaciones de la diversidad de la prehistoria mundial se desfazan al extremo y ya no pueden sostener las ficciones de su identificación con las categorías culturales (naciones, pueblos, culturas, *Völker*) proyectadas desde el presente. En el contexto de las dos tendencias opuestas que definen el sentido

²⁰ Cf. Eric J. Hobsbawm, *La Era del Imperio, 1875-1914*, traducción al castellano de Juan Faci Lacasta, Barcelona, Editorial Crítica, 2001 (publicado originalmente como *The Age of Empire, 1875-1914*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987).

²¹ Cf. Immanuel Wallerstein (coord.) *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1996.

²² En referencia a la obra de Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes* (1921). Sintomática del clima de desilusión civilizatoria de la primera post-guerra.

del siglo XX,²³ el despliegue de la hegemonía de los Estados Unidos y la segunda gran ola de descolonización de las antiguas colonias Europas (mayoritariamente decimonónicas) en los cinco continentes, las distintas tradiciones regionales en que se había diversificado la sub-disciplina, en el momento de su más grande expansión en el aparato universitario, comenzaron la búsqueda de alternativas para intentar superar el *impasse* de esta perspectiva histórico-cultural. En términos generales, muchas de ellas ensayaron cambios que evitaron cuidadosamente transgredir la función de apología de la civilización occidental y su reactualización de la ideología del progreso, vestida ahora con los ropajes del desarrollo. Basta, mencionar el lugar central que la Europa prehistórica siguió ocupando en las, ahora, complejas y muy ramificadas síntesis de la prehistoria mundial del periodo; o la actualización del evolucionismo en los grandes esquemas, unilineales o multilineales, de varias de las advocaciones contemporáneas del neo-evolucionismo.

Al mismo tiempo, unas cuantas de estas tradiciones ensayaron perspectivas que abrían la posibilidad de trascender las barreras ideológicas de la prehistoria. Lo hicieron acercándose y recreando sus vínculos con las demás ciencias sociales en renovación; como en el caso de Gordon Childe y la teoría social, o el de André Leroi-Gourhan y su aproximación crítica a la vanguardia estructuralista del mundo intelectual francés. Como sea, el punto es que, al acercarnos al momento de ruptura que significó la Revolución cultural mundial de 1968,²⁴ las condiciones en la prehistoria mundial estaban listas para explotar

²³ De acuerdo con Immanuel Wallerstein, “El siglo XX: ¿oscuridad al mediodía?” en, *Eseconomía*, Nueva época, núm., 2, invierno 2002-2003, pp. 5-15 (originalmente como “The Twentieth Century: Darkness at Noon”, en R. Grosfoguel, et al., *The Modern/Colonial/Capitalist World-System in the Twentieth Century*, Westport, CT, Greenwood Press, 2002, pp. xxxi-xl).

²⁴ Sobre la trascendencia histórico-universal de las Revoluciones culturales de 1968 ver el ensayo de Immanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e Interrogantes” en *Estudios Sociológicos*, núm., 20, 1989; así como varios de los ensayos que, al respecto, ha escrito Carlos Aguirre; especialmente, “1968: la gran ruptura”, en *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, 2ª ed. actualizada, México, Centro de Investigaciones Económicas,

y unirse a la tendencia general de crisis definitiva de los saberes modernos de Occidente. Una crisis de los saberes que no representa un proceso aislado y esporádico; sino que constituye un componente de la crisis terminal de las estructuras culturales y políticas elaboradas por la modernidad occidental durante el siglo XIX, y, en última instancia, de la crisis final de la economía-mundo capitalista, como había venido existiendo desde sus orígenes en una parte de Europa y las Américas en el siglo XVI y hasta su completa expansión planetaria durante este siglo XX.²⁵

La Revolución cultural de 1968, en tanto que símbolo del inicio de una verdadera crisis civilizatoria de alcances planetarios, marca el comienzo del momento de transición histórica actual en el que nos encontramos. Una transición que, en su sentido básico de desestructuración y muerte de un sistema social global y la creación y el paso a un sistema, o sistemas, nuevos, sólo puede compararse con grandes transiciones históricas como el paso de la Europa feudal a la Europa capitalista; pero que resulta incomparable e inédita en cuanto a la significación histórica universal de sus alcances planetarios y su profundo arraigo en la base de todas las formas de vida humana existentes en nuestros días. Crisis y transición, entonces, que definen el momento actual,

Administrativas y Sociales, Instituto Politécnico Nacional, 2010, pp. 45-51; y “La revolución mundial de 1968. Cuatro décadas después”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, año 6, núm., 11, Septiembre 2008-Febrero 2009, pp. 51-58.

²⁵ La tesis de que el momento histórico actual en el que nos encontramos representa una verdadera crisis (en su sentido terminal y definitivo, y no en la de la reiteración de las oscilaciones de los procesos cíclicos coyunturales) del conjunto de las estructuras económicas, políticas, sociales y culturales de la modernidad occidental en su conjunto como llegó a existir en la forma del sistema-mundo capitalista; es un complejo argumento que ha sido elaborado por Immanuel Wallerstein durante el último cuarto del siglo XX y las primeras décadas del XXI. Para una visión sintética y contextualizada de esta tesis ver, el excelente “estudio y entrevista” realizado por Carlos Aguirre, *Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema-mundo capitalista*, México, Ediciones Era, 2003; así como, de Wallerstein mismo, *World-System Analysis. An Introduction*, Durham y Londres, Duke University Press, 2004.

primero, con sus incertidumbres e inestabilidad provenientes del desbaratamiento y colapso de sus estructuras; pero, también, con la esperanza de la búsqueda concreta de alternativas civilizatorias.²⁶

Así, este contexto envuelve, tanto la desestructuración de los sistemas epistémicos, como de los edificios institucionales, que cobijaron y materializaron la práctica de las disciplinas de los saberes modernos; en las ciencias, las humanidades y las ciencias sociales por igual. En el caso de la sub-disciplina de la prehistoria, el conjunto de estos procesos explica, en una dimensión esencial, la efervescencia intelectual que ha caracterizado a los estudios prehistóricos en el último cuarto del siglo XX y las primeras décadas del XXI, y que sería imposible siquiera reseñar aquí: el colapso de las certezas recibidas (como el presuntamente resuelto problema del poblamiento original de las Américas),²⁷ la atomización de las investigaciones, y la búsqueda frenética y vertiginosa de alternativas epistémicas. Pero también, el peso muerto de la inercia: la penosa y estorbosa desestructuración del gigantesco nicho que, en algunos países, la sub-disciplina se construyó dentro de la aparatosa institucionalidad burocrática del Estado; y que ahora, en la crisis final de los Estados-Nación, del nacionalismo y de la política moderna, arrastra a la prehistoria e impide su liberación de las prioridades patrimonialistas del Leviatán en caída.

Como sea; todo esto con respecto al esbozo de las tendencias y las coyunturas históricas mundiales de los últimos dos siglos, dentro de las cuales se desenvuelve el itinerario de la sub-disciplina de la prehistoria en su conjunto. Ahora bien, en cuanto a nuestro caso concreto de la historia del campo epistémico de la prehistoria en México, tenemos que precisar que, en

²⁶ Ver, Immanuel Wallerstein, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, 2ª ed., traducción de Adriana Hierro, México, Siglo Veintiuno Editores, 2003 (publicado originalmente como *Utopistic, or Historical Choices of the Twentieth-First Century*, Nueva York, The New Press, 1998).

²⁷ Ver el capítulo 1 de la presente investigación.

una dimensión general, son estas mismas tendencias y coyunturas históricas mundiales las que constituyen el trasfondo cosmopolita contra el cual se desarrollaron las investigaciones, primero, de la historia de la antigüedad y, luego, prehistóricas, dentro de la geografía de lo que llegó a ser en el siglo XIX y de lo que dificultosamente todavía es, en nuestros días, el Estado-Nación moderno llamado México. Y ello en virtud del simple hecho de que México (y antes de él la Nueva España, en su forma correspondiente de mundo virreinal) forma parte del moderno sistema interestatal de la economía-mundo capitalista. Sin embargo; su posición concreta en los márgenes o la periferia del sistema-mundo moderno, crea unas condiciones peculiares que, en nuestra opinión, diferencian y singularizan el sentido de los procesos y las coyunturas mundiales, dándoles una peculiar significación regional.

De tal suerte, para especificar el sentido de las tendencias y las coyunturas históricas de los siglos XIX y XX mexicanos, tenemos que recurrir a una tercera y última hipótesis, que completa nuestro utillaje interpretativo, para explicar el proceso histórico de la prehistoria en México. La historia moderna de México; es decir, la historia, primero, de la difícil construcción del Estado-Nación moderno (después de la desestructuración del Imperio español) durante todo el siglo XIX, luego, de su re-configuración y consolidación en el Estado post-revolucionario, de su vida y evoluciones a lo largo de los últimos dos tercios del siglo XX y, finalmente, del inicio de su crisis terminal en la década de 1970, es una historia profundamente marcada por los efectos ambiguos de una contradicción estructural, que deriva de su posición marginal en el sistema-mundo capitalista. En primer lugar, como es bien sabido, el hecho de que la Nueva España, así como la mayor parte de las Américas española y portuguesa, hayan sido un vasto mundo colonial, junto al hecho de que el proceso de construcción de las nuevas Naciones americanas haya sido precipitado, primero por el declive y, luego, por la derrota, la desestructuración y muerte de sus respectivos imperios, colocó a los fragmentos en que se

atomizaron las ruinas de los imperios ibéricos, de este lado del Atlántico, en una posición de precariedad, dificultad y debilidad extremas (en comparación con las saludables y robustas nuevas potencias de la economía-mundo, lideradas por el flamante Imperio británico), frente al desafío, lanzado por las Revoluciones Atlánticas, de la construcción de los Estados-Nación modernos.²⁸

En segundo lugar, de manera simultánea y contradiciendo el sentido negativo de esta situación de precariedad estructural, en la que gran parte de los restos americanos de los Imperios español y portugués comenzaron el duro e incierto camino de la construcción de los Estados-Nación modernos en el siglo XIX; estas mismas fragilidad y descuido que, primero y en una dimensión esencial, definieron el carácter del vínculo de los mundos virreinales y coloniales iberoamericanos con sus metrópolis, y que, después de su colapso, se convirtieron en abandono y orfandad totales, ofrecieron una gran libertad relativa para que, siempre partiendo del hecho básico de su subordinación colonial, estas colonias americanas esbozaran, durante tres siglos, proyectos civilizatorios de modernidades *sui generis*, alternativas a la modernidad hegemónica de las metrópolis europeas.²⁹

Como argumentó Bolívar Echeverría, a diferencia del sólido vínculo con la metrópoli que garantizó la buena administración y el florecimiento, por ejemplo, de las pequeñas colonias inglesas en la Norteamérica continental; la vastedad, la diversidad y la complejidad naturales y humanas que caracterizaron a los mundos coloniales iberoamericanos, hicieron imposible el mismo control sólido y efectivo. Así, en una buena parte de la América

²⁸ Ver la interesante y desafiante interpretación del proceso de descolonización de América, de Immanuel Wallerstein, en *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, Traducción de Jesús Albores, México, Siglo Veintiuno Editores, 1998 (edición original, Nueva York, Academic Press, 1989).

²⁹ Esta es la tesis de la elaboración de una modernidad alternativa, una modernidad barroca, en una parte de la América española durante los siglos coloniales, de Bolívar Echeverría. Cf., el conjunto de ensayos compilados en *La modernidad de lo barroco*, 2ª ed., México, Ediciones Era, 2000; y en *Discurso crítico y modernidad. Ensayos escogidos*, Bogotá, Ediciones desde abajo, 2011.

española, y especialmente en el virreinato de la Nueva España, el conjunto heterogéneo que conformaba la población colonizadora, junto con el aún más heterogéneo y exuberante conjunto de las poblaciones indígenas y esclavas traídas del África, se vieron enfrentadas al hecho bruto de la debilidad y precariedad del vínculo con sus metrópolis. Para poder subsistir, (sobre-) vivir, dentro de sus simultáneas condiciones de subordinación y abandono, ellos tuvieron que aprender a mezclarse, a convivir y trabajar en conjunto para construir una civilización viable; a la vez capaz de cumplir tanto, con las obligaciones de su posición subordinada, como de realizar sus modos alternativos de ser modernos. El resultado fue la síntesis en una civilización barroca: a la vez vivaz, creativa y exuberante, como los sensuales y retorcidos contornos de la “transverberación de Santa Teresa”, esculpida por Bernini; pero restringida por su subordinación a los intereses y prioridades metropolitanas, como la exageración ornamental barroca se subordina a los cánones clásicos.

Así, expresando nuestra tercera hipótesis en pocas palabras, creemos que la historia moderna de México está profundamente marcada por la contradicción esencial que resulta de su posición marginal, periférica, dentro de la estructura del sistema-mundo capitalista. Por la tensión, la lucha, entre; de un lado, el esfuerzo sostenido de actualización o renovación de su subordinación a los intereses de las metrópolis europeas; primero ya lo vimos, al Imperio Español, pero, después, a lo largo del siglo XIX, a las tentativas imperialistas (directas o indirectas), de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, y al influjo hegemónico de estos últimos durante todo el siglo XX. Y, del otro lado, las tercas y explosivas tentativas de liberación actualización y realización total de los proyectos civilizatorios contenidos en su modernidad barroca y alternativa; que encuentra sus raíces, su fuerza y sus nutrientes en el inacabado y continuo proceso dialógico del choque y mestizaje de las fuerzas

culturales que componen las bases de sus clases populares indígenas (i.e., endógenas, criollas, o propiamente *americanas*) y subalternas.

Finalmente, el prisma de esta contradicción esencial, peculiar a los procesos de construcción de varias de las naciones modernas que emergieron de las ruinas del Imperio español en América, refracta el sentido de las tendencias y coyunturas históricas generales de los siglos XIX y XX; dotándolas de un sentido particular, específicamente hispano-americano y, especialmente, en nuestro caso concreto, un peculiar sentido “mexicano”. De tal forma, las tendencias y coyunturas históricas de los siglos XIX y XX *mexicanos*, creadas por este proceso de refracción, son las que definen la estructura general de exposición de nuestra historia del campo epistémico de la prehistoria en México. Pues fueron ellas los distintos trasfondos o escenarios históricos con los que tuvo que dialogar el potencial epistemológico de la nueva prehistoria; durante el complicado proceso de modernización de la tradición de historia de la antigüedad, heredada de los historiadores novohispanos, emprendido por los hombres de letras y de ciencia de las nuevas *élites* mexicanas, de la mano de su difícil lucha por edificar la nación moderna. Veamos pues, para terminar con esta presentación general, la estructura básica de nuestra narración; las distintas partes que componen el entramado de nuestro relato de la historia de la prehistoria en México.

Plan general de exposición

Nuestra tesis sobre la historia del campo epistémico de la prehistoria en México está compuesta por tres partes generales subdivididas, a su vez, en varios capítulos específicos. Una introducción histórica y epistemológica general, y sendas partes dedicadas a la narración e interpretación del itinerario concreto de la historia de la antigüedad y, luego de la prehistoria, en los siglos XIX y XX mexicanos.

La primera parte (que es la única que se presenta en esta comunicación de los resultados de mi estancia en el Posgrado de Humanidades

de la Universidad Autónoma Metropolitana) titulada “El sentido de la prehistoria”, trata de la presentación o planteamiento general de las problemáticas históricas y epistemológicas que envuelven y definen la peculiaridad americana del proceso intelectual de la prehistoria mexicana. Comenzamos con una introducción, que presenta el contexto del surgimiento de la prehistoria a finales de la década de 1850, en el seno de las comunidades intelectuales de Francia e Inglaterra, como un componente de la Revolución darwiniana que, no obstante, se vio impedido en su desarrollo por el surgimiento de la contradicción esencial que, según nosotros (como ya lo hemos dicho), define el sentido de la prehistoria: i.e., el desenvolvimiento de su potencial para aprehender la multiplicidad de las historias concretas que conforman la historia de la humanidad y la negación de este potencial en su subordinación a la apología de la historia occidental como falso paradigma de la historia universal. Enseguida, en el primer capítulo, presentamos un panorama general del estado actual de los estudios sobre la prehistoria americana, que sirve como un punto de partida para problematizar el pasado desde el presente; es decir, para dar a conocer algunos de los principales dilemas y promesas que tensionan y dinamizan, hoy, la prehistoria americana (espacio general al que pertenece la prehistoria mexicana) y abrir las interrogantes, despertar el interés, para problematizar el pasado y reconstituir el proceso histórico que les dio su ser; que desembocó en la situación actual.

Así, en el proceso de remontarnos al pasado para cuestionarlo desde el presente, en un primer momento (i.e., en el segundo capítulo), nos concentramos en el tiempo de la gestación de la prehistoria en la Europa decimonónica. Viéndolo desde la perspectiva de nuestra hipótesis sobre su contradicción esencial, y siguiendo la interpretación de Bruce Trigger,³⁰ tenemos que la prehistoria nació con el potencial de realizarse en la forma de

³⁰ Ver, Bruce G. Trigger, *A History of Archaeological Thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 2006; pp. 136-138 y 532-538.

(al menos) las tres perspectivas que han dominado su historia durante los dos últimos siglos; i.e. las perspectivas evolucionista, histórico-cultural y procesual. El hecho de que la perspectiva universalista-evolucionista haya sido la primera en realizarse no respondió a ninguna fatalidad, ni del siglo ni del carácter del nuevo campo epistémico, sino que fue el resultado de la complicada lucha que llevaron a cabo sus promotores para construirle un lugar en el saturado espacio institucional oficial consagrado al estudio de la antigüedad. El optar por una perspectiva universalista-evolucionista, calcada de las prestigiosas y nuevas disciplinas de la geología y la paleontología, sirvió en última instancia para crear una comunidad intelectual internacional viable, por oposición a las fuertes comunidades nacionales y regionales encargadas del estudio de la antigüedad clásica y las antigüedades nacionales. Asimismo, al traducir su metodología a la esfera de la historia humana, sirvió para crear las credenciales científicas de la nueva sub-disciplina; que se ganó su reconocimiento final al servir de demostración material del progreso en las últimas Exposiciones Universales del siglo XIX.

Para terminar esta primera parte, en un segundo momento (i.e., en el tercer capítulo), nos alejamos de Europa y del siglo XIX para concentrar la mirada en la relación intelectual que desde el siglo XVI ha vinculado, en forma ambigua, al Viejo y Nuevo Mundos. ¿Qué lugar ocupan las Américas dentro de la cosmovisión occidental?; dentro de esta *Weltanschauung* ¿existirá una estructura intelectual de larga duración, una *formación discursiva*, que regule tanto las representaciones de América desde Europa, como las relaciones materiales entre ambos mundos; así como el orientalismo regula las relaciones entre Oriente y Occidente, de acuerdo con el brillante argumento de Edward Said?³¹ Siguiendo a Antonello Gerbi,³² creemos que desde finales del siglo

³¹ Edward W. Said, *Orientalism*, Edición del 25º aniversario con un nuevo prefacio, Nueva York, Vintage Books, 2003 (1ª ed. de 1978).

XVIII se cristalizó una formación discursiva peculiar: la *disputa del Nuevo Mundo*; que, desde entonces, ha ejercido una influencia profunda en el proceso de las cambiantes relaciones ideales entre ambos mundos.

Básicamente, la disputa del Nuevo Mundo ha tenido que ver con la domesticación o la normalización de la anomalía que la naturaleza *sui generis* de las Américas representa para las pretensiones universalistas de la cosmovisión occidental. Las peculiaridades americanas desafían todo intento universalista que plantee un lugar central, en la historia o la geografía, del Viejo Mundo; y, al contrario, la construcción de una imagen del mundo que incluya, en igualdad de circunstancias a las Américas, es una condición fundamental para la edificación de una *Weltanschauung* verdaderamente cosmopolita. El origen, la historia antigua o la prehistoria de los pueblos indígenas de América representa, entonces, un componente esencial de esta disputa. Pues su radical diferencia (en un aislamiento esencialmente total del Viejo Mundo); junto con la chocante existencia de paralelismos profundos, no han dejado de ser, desde el siglo XVI, uno de los desafíos intelectuales fundamentales para la construcción de una verdadera historia cosmopolita de la humanidad. Así, el surgimiento de la moderna prehistoria en México vino a insertarse en el proceso plurisecular de las investigaciones sobre los orígenes de los indios americanos; y resulta incomprensible sin la consideración del proceso mayor de la disputa del Nuevo Mundo.

En la segunda parte de la tesis (aún en construcción y no publicada en la presente disertación), damos un salto de la dimensión de las consideraciones teóricas e históricas generales y pasamos al terreno empírico de la narración de la historia concreta. Esta segunda parte lleva por nombre “La modernización de la historia de la antigüedad y el nacimiento de la prehistoria”; y, precisamente,

³² Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, traducción de Antonio Alatorre, 2ª ed. corregida y aumentada, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (publicado originalmente en 1955).

se encarga de la narración del proceso de modernización de la tradición novohispana de historia de la antigüedad heredada por las *élites* mexicanas enfrentadas al difícil desafío de construir el Estado-Nación moderno. La modernización de la historia fue un proceso que corrió paralelo a la construcción o invención de la Nación; y, por lo tanto, sufrió las mismas dificultades que experimentaron los distintos ensayos de Estado, hasta su consolidación efectiva en tiempos de Porfirio Díaz. Sólo al final de un siglo XIX definido por la inestabilidad política, la banca rota, la guerra civil congénita y la amenaza (o realidad) reiterada de las intervenciones extranjeras,³³ en la paz y solvencia relativas del Régimen de Díaz, la tradición nacional de historia de la antigüedad encontró un (relativamente) sólido nicho intelectual en el Museo Nacional que favoreció el florecimiento de su diálogo con la nueva prehistoria venida del otro lado del Atlántico. No obstante; el cambio de coyuntura, el fin del mundo decimonónico en la Gran Guerra y las Revoluciones “sociales” del siglo XX, vino a segar o cortar, prematuramente, las promesas de la apenas naciente prehistoria mexicana.

Comenzamos con una introducción que presenta la singularidad de las tendencias y las coyunturas del siglo XIX mexicano dentro del proceso global del siglo XIX en la historia del mundo occidental. Como hemos visto, se trata de una historia tensionada por los efectos contradictorios de la posición marginal de México en el sistema-mundo capitalista; de un lado la precariedad del Estado, del otro la rebeldía reiterada ante los cánones modernos occidentales por parte de las fuerzas populares indígenas.

³³ Unas de las mejores historias que captan la inestabilidad esencial de los primeros dos tercios del siglo XIX mexicano, siguen siendo aquellas escritas por dos de sus más célebres, aunque controversiales, protagonistas: me refiero a las historias de Lucas Alamán y José Fernando Ramírez. Cf., respectivamente, la *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vols., México, Imprenta de J. M. Lara, 1849-1852 (en BNAH); y *Obras históricas III. Época moderna*, edición de Ernesto de la Torre Villar, México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

La primera coyuntura (tratada en un primer capítulo de esta segunda parte), es la de las tentativas iniciales y fallidas de reconstruir un Estado sólido que restableciera el orden, después de la desestructuración del Imperio español. En términos generales, va del final de las Guerras de Independencia, en 1821, hasta el final del Segundo Imperio Mexicano en 1867; momento que marca el triunfo del liberalismo centrista; i.e. la eliminación o fusión de las facciones en pugna de la *élite*, dentro de un consenso liberal que permitió, finalmente, la consolidación de un Estado fuerte y centralizado; que, a partir de entonces, pudo comenzar a desempeñar su función de instrumento óptimo de la domesticación de la población civil y la canalización de las fuerzas de la nación en el acrecentamiento de la riqueza.³⁴

Durante esta coyuntura, varios miembros de las *élites* comprendieron que la reparación de las grandes rupturas que, en el tejido social y en el “régimen de historicidad”,³⁵ había producido la destrucción del antiguo orden, por parte de las Guerras de Independencia, necesitaba la recreación de nuevos consensos, sociales e históricos, que podían ser realizados a través de la modernización o reinención de la historia y la nación. Así, varios de estos personajes fueron a la vez, hombres de Estado y hombres de letras, políticos e historiadores; que, en medio del caos acarreado por la debilidad del Estado y la

³⁴ Sobre el final del Segundo Imperio Mexicano como momento de transición hacia la consolidación del Estado mexicano dentro de un consenso liberal; cf. el clásico trabajo de Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, Traducción de Purificación Jiménez, México, Fondo de Cultura Económica, 2002 (publicado originalmente como *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*, Princeton University Press, 1989); así como varios de los trabajos de Erika Pani; e.g. (para más referencias) su *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples* (col. «Herramientas para la historia»), México, Centro de Investigación y Docencia Económicas y Fondo de Cultura Económica, 2004.

³⁵ En referencia a la transición del *régime ancien* al *régime moderne d'historicité* como lo ha conceptualizado François Hartog. Escuchar, “Dialogue avec François Hartog”, presentado por Roger Chartier, en el programa de radio *Les Lundis de l'histoire*, en la emisión del 1º de abril de 2013.

rebeldía de las clases populares, intentaron, en las condiciones institucionales más precarias, modernizar las ciencias históricas y escribir la historia nacional. Concretamente, nos concentramos en el análisis de la pequeña y frágil comunidad intelectual construida alrededor de las figuras de José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta. Pues, a través de sus monumentales labores para intentar sentar las bases empíricas e institucionales de la historia nacional, en sus intentos de consolidar el Museo o la Biblioteca nacionales, el tejido de sus redes internacionales del comercio de libros, su penosísima recopilación, crítica y edición de fuentes inéditas; así como sus poco conocidos trabajos de reelaboración de los métodos de la historia e interpretación de la historia nacional; ellos fundaron la bases de la construcción de la ciencia moderna y mexicana de la historia.

Especialmente, Ramírez se consagró a la sofisticación de la perspectiva secular y cosmopolita de la historia de la antigüedad colonial, poniendo énfasis en el estudio detallado de los procesos endógenos del desarrollo civilizatorio, en toda la complejidad de la vida material y espiritual de los pueblos prehispánicos; así como en el perfeccionamiento de la filología comparada de las lenguas indígenas; ambos como fundamento de un verdadero estudio comparativo de las civilizaciones del Viejo y el Nuevo Mundos.³⁶ Por su “colaboración” en el Imperio de Maximiliano, y por su pertenencia a la *élite* de grandes terratenientes españoles, tanto Ramírez como García Icazbalceta, respectivamente, fueron expulsados del panteón de los héroes de la historiografía mexicana, hasta tiempos recientes; y sus obras han sido grandemente ignoradas y muchas de ellas permanecen inéditas hasta nuestros días.³⁷ No obstante, sus aportes epistemológicos constituyen el fundamento del

³⁶ Para el estudio de la obra de Ramírez, además de varios de sus epistolarios y varias de sus obras recientemente re-editadas (o editadas por primera vez), aprovecharemos el rico acervo de sus Diarios manuscritos que conserva el Fondo Antigo de la Biblioteca del Museo Nacional.

³⁷ Sobre el olvido sistemático al que fue sometido Ramírez y los notables de su generación que “colaboraron” con el Imperio, ver el excelente ensayo de Erika Pani, “Dreaming of a Mexican Empire: The political Projects of the ‘imperialistas’”, en *Hispanic American Historical Review*,

nacimiento de la ciencia histórica moderna y sus sub-disciplinas en nuestro país, y a través de sus alumnos, como el célebre Manuel Orozco y Berra, tuvieron un fuerte influjo en su consolidación institucional al final del siglo.

En un segundo capítulo, de esta segunda parte, nos concentraremos en el episodio de la Expedición Científica que acompañó a la aventura imperialista francesa en México. El cuerpo expedicionario francés traía elementos entrenados (en lo que a nosotros concierne) en las modernas ciencias de la geología, la paleontología y la entonces naciente prehistoria; además de sus conocidos miembros interesados en la arqueología de la península de Yucatán. Desde las deliberaciones preliminares en su Comisión organizadora, prepararon un plan de investigación que incluía, como una de sus preguntas centrales, la búsqueda de pruebas de la existencia del hombre antediluviano en las Américas. Desde sus preparaciones en Europa, construyeron una imagen del posible escenario prehistórico que podía aguardarles en lo que antiguamente fuera el reino de la Nueva España; se sirvieron del abundante material que comenzaba a acumularse en los museos europeos; pero sobre todo de las analogías, naturales y culturales, que creyeron percibir entre la región lacustre del Anáhuac y los grandes lagos de las regiones alpinas de Suiza; con sus extraordinarios vestigios de la civilización lacustre. Al desembarcar en costas mexicanas, comenzó un interesante diálogo entre los expedicionarios y sus expectativas intelectuales sobre México; y la cruda realidad de la naturaleza mexicana, sus pobladores, sus intelectuales y sus tradiciones intelectuales indígenas.³⁸

vol. 82, Febrero de 2002, pp. 1-31. Recientemente, Enrique Krauze ha intentado reivindicar (en forma cuestionable, a mi entender), sobre todo, a Ramírez como un “héroe” de la versión del liberalismo centrista-conciliador que él mismo representa y defiende; cf., e.g., “Un héroe de la historiografía”, en *Letras Libres*, Mayo de 2005, pp. 14-19.

³⁸ La fuente esencial para hacer la historia de los proyectos de la Expedición son los volúmenes publicados de sus *Archives*.

Por interesantes que hayan sido los breves diálogos con la prehistoria traída por los cuerpos expedicionarios, o por prometedoras que hayan sido las vías abiertas por García Icazbalceta y por Ramírez, el momento decisivo de cristalización de la forma que habría de tomar la moderna ciencia de la historia, y sus sub-disciplinas, fue el del fin de siglo; el de las prioridades nacionalistas del Estado porfiriano, el de la demanda de apropiarse de la grandeza imperial del pasado prehispánico para convertirlo en prólogo prehistórico de la grandeza (¿imperial?) de la nueva nación mexicana; y en su tendencia homogeneizadora “desde arriba”; este contexto, al final, acabó segando varias de las posibilidades abiertas por los susodichos. Como sea, en un tercer y último capítulo, de esta segunda parte, nos concentraremos en las tentativas de institucionalización de las distintas disciplinas que cobijó el Museo Nacional durante esta coyuntura de consolidación del Estado y que va, en términos generales, de 1867 a 1910. El Museo Nacional estaba entonces dedicado a estudiar (y exhibir) la diversidad, histórica y actual, de la naturaleza y la cultura “mexicanas” y, por ello, fue un escenario fundamental de la configuración de las versiones mexicanas de las modernas disciplinas de la biología, la historia y la antropología; así como (naturalmente) de sus respectivas sub-disciplinas.³⁹

El protagonista de este capítulo es, entonces, el proceso dialógico que llevó a la configuración recíproca de las disciplinas. Nuestro eje de observación es el campo epistémico de la prehistoria; y, desde aquí, se distinguen dos

³⁹ Al respecto, cf. los trabajos pioneros de Mechthild Rutsch, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia e Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007; y de Rafael Guevara Fefer, *Los últimos años de la historia natural y los primeros días de la biología en México. La práctica científica de Alfonso Herrera, Manuel María Villada y Mariano Bárcena*, (col. «Cuadernos del Instituto de Biología», 35), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002. Las principales fuentes para este capítulo son las abundantes publicaciones de los intelectuales involucrados; así como sus huellas dejadas en los archivos institucionales.

episodios de elaboración epistemológica. El primero se centra en los diálogos entre los naturalistas mexicanos y extranjeros, especialmente paleontólogos norteamericanos, tejidos en torno a la cuestión de la evolución de las formas de vida del cuaternario y los posibles vestigios del hombre fósil en México y las Américas. Las grandes obras para el desague de la capital en el tajo de Tequisquiác; que sacaron a la luz importantes yacimientos fosilíferos del cuaternario, así como el trabajo interpretativo del ingeniero y naturalista mexicano Mariano Bárcena serán sujetos principales de análisis.

El segundo, se relaciona con el intento de mantener a flote el proyecto de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas; y, naturalmente, tiene que ver con Franz Boas, sus alumnos en México y su proyecto de construir una verdadera e integral antropología americana; pero, también, con los conflictos, suscitados en este contexto, entre nuestro célebre antropólogo de origen alemán y su homólogo de origen checo Aleš Hrdlička, el artífice y principal defensor de la negación osteológica de la gran antigüedad de la humanidad en las Américas, y su importantísimo aliado mexicano: Nicolás León. No obstante, más allá de la relevancia de todos estos personajes en la fundación de la moderna disciplina de la antropología, en México y en los Estados Unidos, nuestro análisis se concentrará en la figura y la labor del geólogo y prehistoriador de origen francés, pero nacionalizado mexicano, George Engerrand. Pues, a pesar de que el motivo original de su venida a México fue desempeñarse como geólogo prospector de yacimientos potenciales para la explotación industrial; él había sido formado, también, en la prehistoria francesa, justo en este momento de gran efervescencia intelectual del fin del siglo en el que se suscitaba la gran *bataille de l'Aurignacien*: la confrontación entre los innovadores de la “nueva escuela”, liderados por Henri Breuil y Denis Peyrony, contra los restos de la “vieja guardia” del “Clan de Mortillet”. En su

nueva nación mexicana, Engerrand concibió el tentador proyecto de construir una verdadera prehistoria mexicana.⁴⁰

Impulsado y sostenido por Boas, Engerrand, además de haber sido el segundo director de la Escuela Internacional, fue el principal maestro y asesor científico encargado del buen desarrollo de las excavaciones estratigráficas y los análisis e interpretaciones sedimentológicas, llevados a cabo, en la cuenca de México, por los alumnos más avanzados de la Escuela Internacional: Isabel Ramírez Castañeda y Manuel Gamio. Sobre todo, Engerrand realizó, por su cuenta, exploraciones, rudimentarias pero importantes, en las Californias y en Campeche; y, junto con Boas, imaginó las líneas generales de un ambicioso proyecto encaminado a construir una periodización general para la prehistoria americana, fundada en el material mexicano, y en la formación de prehistoriadores especializados en el trabajo de campo y de gabinete, dentro de la Escuela Internacional. Ya en la segunda Sesión del Congreso Internacional de Americanistas, realizado en el marco de la celebración del centenario de la Independencia, con todas las pompas de la “bella época” de la élite porfiriana, mezclada con la crema y nata de la comunidad internacional de americanistas, Engerrand presentó los ambiguos, pero prometedores, indicios del brillante futuro de la prehistoria mexicana: un conjunto artefactual, formado por varios “raspadores” y lascas, posiblemente de pedernal, provenientes de una concentración en una superficie presuntamente datada del plioceno. Las posibles primeras pruebas fehacientes (*circa* veinte años antes que Folsom) de la coexistencia de los seres humanos con los mamíferos extintos de la Era de Hielo en las Américas.

Trágicamente, todos estos bellos proyectos fueron pensados, precisamente, en el momento en que el mundo del siglo XIX, en toda la exuberancia y esplendor de su *belle époque*, se precipitaba al fondo del horrible abismo, a cuyas orillas lo había arrojado la saturación extrema de las

⁴⁰ Sobre la *bataille de l'Aurignacien* cf. Marc Groenen, *Pour une histoire de la préhistoire. Le paléolithique*, Grenoble, Éditions Jérôme Millon, 1994.

contradicciones internas al nuevo orden mundial centrista, liberal e imperialista. En el centro de la economía-mundo capitalista el triunfo del orden centrista-liberal había traído la universalización del modelo de Estado-Nación, perfeccionado originalmente en la Inglaterra victoriana y la Francia del Segundo Imperio. La acción efectiva del Estado fuerte y centralizador había realizado, sí, la expansión económica más grande que la historia había visto; pero, al mismo tiempo, esta misma expansión, trajo consigo los brutales efectos de la proletarización sin precedentes de las clases populares; y el éxito mismo de los Estados-Nación engendró a los aguerridos y ambiciosos rivales de la hegemonía británica. Las semillas de la guerra civil y de la guerra mundial estaban sembradas y latentes; y sólo esperaban la más leve llovizna para hacer eclosión.

En la periferia de la economía-mundo capitalista, los fundamentos del moderno Leviatán resultaron ser más precarios de lo que aparentaban. En el moderno Estado-Nación mexicano, la eficacia brutal del aparato militar-policial, la fuerza de la ideología y la pedagogía de Estado, pero, sobre todo, el sistema piramidal de alianzas que ponía a todos los *caciques* regionales en una jerarquía piramidal que tenía en su cima al primer magistrado (quasi-vitalicio) de la nación,⁴¹ el general Porfirio Díaz; habían garantizado el mantenimiento del orden que parecía poner fin a todo un siglo de guerra civil congénita. No obstante; sin industria y con una conformación esencialmente campesina, el Estado porfiriano no pudo conducir a la nación por las sendas del progreso industrial de las grandes potencias europeas; tuvo que conformarse con legislar para facilitar la entrada de capitales, empresas, y colonos extranjeros que realizarían la industrialización asistida. México se convirtió en un gran exportador de materias primas y un excelente consumidor de manufacturas, subordinado dentro del circuito comercial de la dupla Inglaterra-Estados

⁴¹ Al respecto, ver el interesante ensayo de Raymond Buve, “Caciquismo, un principio de ejercicio del poder durante varios siglos”, en *Relaciones*, vol. XXIV, n°. 96, otoño 2003.

Unidos; el precio fue una salvaje depredación de su naturaleza y un golpe mortal a las bases materiales de su estructura campesina. Las semillas de la guerra civil y de la dependencia estaban sembradas; y las aguas que comenzaron a mojar las tierras mexicanas en 1910 anticiparon la tormenta que, cuatro años después, ensombrecería los cielos del Viejo Mundo.⁴²

Como sea, alejándonos de esta trágica escena del ocaso del siglo XIX, pasemos, para terminar esta presentación general, a la tercera y última parte de nuestra historia. Ella aún no tiene un nombre definido y sólo existe ahora como un tentador proyecto a realizarse ulteriormente; no obstante, naturalmente, sabemos que ella se dedicará a la narración del itinerario del campo epistémico de la prehistoria a través de las tendencias y coyunturas del siglo XX mexicano. Contra el trasfondo del segundo gran proceso de descolonización del mundo no-Europeo después de las Guerras Mundiales, y del ciclo de la hegemonía de los Estados Unidos, las dos tendencias fundamentales que definen el sentido general del siglo XX histórico, según Immanuel Wallerstein; el siglo XX mexicano, de manera concreta, está marcado, según nosotros, por la necesidad, tosca pero básica, de las *élites* que heredaron el Estado después de la Revolución, de domesticar el ímpetu de las fuerzas populares revolucionarias. Cooptarlas, anularlas; destruir la anomia social que encarnaba su subversión y reintegrarlas al orden y buen funcionamiento de la sociedad; para poder consagrar de lleno a la nación (reinventada por enésima vez) a la carrera por el desarrollo.

El producto de esta necesidad básica fue una tendencia, nacida del tenso pero ambiguo diálogo entre las clases populares y las *élites* dominantes, hacia la reedificación del Estado porfiriano, a partir de sus fundamentos

⁴² Para un ejemplo de los efectos de la industrialización en tiempos del porfiriato, en dos regiones concretas del Estado-Nación mexicano, i.e., el valle de Morelos y el sureste de la cuenca de México, cf. los ensayos reunidos en Alejandro Tortolero Villaseñor, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920. Propiedad, crédito irrigación y conflictos sociales en el agro mexicano*, México, Siglo Veintiuno Editores y Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, 2008.

ruinosos perdonados por la Revolución. Rescatando, reafirmando, la importancia del desplante de sus cimientos en los principios de un Estado fuerte y centralizado, las *élites* post-revolucionarias se consagraron a una delirante obra de ingeniería social que tenía por objeto injertar la heterogénea substancia de la sociedad civil en el cuerpo del Estado; hacer de cada ciudadano, familia, pueblo o región; de cada grupo social, corporación o etnia, el tejido, la carne, del monstruo-Estado (¡perversa realización de la metáfora de Hobbes!). El Estado corporativo surgió de la tentativa de integrar a *toda* la sociedad civil (o al menos a los elementos “importantes”, los *caciques*, o aquellos inescrupulosos dispuestos a todo con tal de ascender la escala social) en alguno de los escalones (formales o informales) de la vasta jerarquía piramidal del Partido de Estado. El Partido de la Revolución realizó la incorporación de la sociedad civil en la burocracia del Estado; pues (técnicamente) todas las fuerzas revolucionarias se hicieron miembros del Partido, y el Partido era el Estado.

En el nuevo orden mundial, definido por la hegemonía incontestable de los Estados Unidos, una vez que salió incólume y victorioso de la “barbarie-civilizada” (si se permite el oxímoron) de la Segunda Guerra Mundial; el nuevo Estado mexicano, corporativo y post-revolucionario no encontró dificultad en acabar de reorientar su subordinación estructural hacia su gran “aliado” al norte del Río Bravo. Sobre todo, cuando la terrible depresión que había caracterizado al periodo de entre guerras comenzaba a retirarse y daba paso a lo que sería la más grande expansión económica que jamás había visto la economía-mundo capitalista; más grande aún que la experimentada durante la hegemonía británica del siglo pasado. La coyuntura que en Francia es conocida como *trente glorieuses*, en México sería vivida como “el milagro mexicano”. Y es que la reactualización de su condición de “exportador” de materias primas, especialmente del petróleo, motor de la incomparable industria estadounidense, además de crear la riqueza suficiente para sustentar las políticas sociales

(trabajo, salud y educación “universales”) que garantizaban la fidelidad de las masas; también alcanzó para construir una modernización de la nación que superaba por mucho el lujo y los más alocados sueños de la “bella época” porfiriana.⁴³

Desafortunadamente, apuntalada en la ingenua esperanza de la duración indefinida del monopolio angloamericano del mercado petrolero, la burbuja del desarrollo terminó por estallar cuando los nuevos sátrapas del petróleo, en el golfo pérsico, se rebelaron contra la hegemonía estadounidense en la década de 1970. Teniendo hipotecado su destino en los imaginados réditos que, supuestamente, daría la eventual explotación de nuevos yacimientos petrolíferos, al enfrentarse a la nueva y terrible realidad de la devaluación exorbitante del petróleo mexicano, el Estado post-revolucionario se halló en banca rota; incapaz de mantener ni la monstruosa burocracia que había crecido durante las casi tres décadas del “milagro mexicano”, ni el costoso y sofisticado “estado de bienestar” en el que se había fundado su hegemonía sobre la sociedad civil durante estos mismos años. Más aún, para llevar la situación hasta sus extremos últimos, el inicio de la crisis del Estado-Nación mexicano post-revolucionario se dio en el contexto de lo que, como hemos visto, constituye el arranque de la crisis terminal del sistema-mundo capitalista; una crisis civilizatoria total y sin precedentes que inauguró nuestra época actual de incertidumbre: con sus temores y promesas.

Temores y promesas; porque si bien, por un lado, la crisis del Estado mexicano ha acarreado la terrible desestructuración del tejido social que encarnaba, aunque fuera de manera esencialmente artificial, la nación mexicana, y ha desembocado en la situación actual del imperio del miedo, una cultura nacional-oficial fosilizada y superada por la cultura de masas, artificial

⁴³ Sobre el proceso general del siglo XX histórico cf. varios de los ensayos compilados en Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, Traducción de Stella Mastrángelo, México, Siglo Veintiuno Editores, 1996 (publicado originalmente como *After Liberalism*, Nueva York, The New Press, 1995).

y consumista, un sistema político muerto, corrompido y vacío, la amenaza inminente (si no es que la realidad disimulada) de la guerra civil, el uso descarado de la represión, y, en suma, la obscura perspectiva de la desaparición misma del Estado-Nación mexicano como llegó a existir en los escasos dos siglos de su historia moderna. No obstante, en el lado opuesto, esta misma desestructuración del Estado mexicano ha re-abierto el espacio para el protagonismo y el despliegue radical de las alternativas civilizatorias de los pueblos indígenas y demás culturas populares que han conformado siempre las raíces subterráneas del México negado pero posible. Y ello adquiere su significación más profunda si se entiende como un componente del proceso mayor e inédito, de la expresión radical y el protagonismo de las voces y visiones de los pueblos y culturas “no-occidentales” que, naturalmente, acompaña el declive de la hegemonía de Occidente. Así, por mencionar sólo el ejemplo más importante de este resurgimiento de las fuerzas populares e indígenas en México, basta recordar que el dinámico movimiento Neozapatista de los indígenas de Chiapas se ha mantenido, durante sus veinte años de existencia pública, como un referente o modelo mundial; como una de las vanguardias de los movimientos *antisistémicos* que han revolucionado al mundo en estas últimas décadas.⁴⁴

⁴⁴ Sobre la expresión radical y el protagonismo histórico de los pueblos no occidentales, junto con el heterogéneo grupo de las clases subalternas que conforman, en nuestros días, la vanguardia mundial de los movimientos *antisistémicos*; cf. la más reciente síntesis, de Carlos Aguirre, fruto de la dedicación de más de una década al estudio de estos movimientos desde una perspectiva de “larga duración”: *Antimanual del buen rebelde. Guía de la contrapolítica para subalternos, anticapitalistas y antisistémicos*, México, Contrahistorias. La otra mirada de Clío, 2013. Para la historia y el carácter específicos del neozapatismo mexicano ver, del mismo Aguirre, *Les leçons politiques du néozapatisme mexicain. Commander en obéissant*, traducción de Nils Solari, París, L’Harmattan, 2010; así como su ensayo “El significado del Neozapatismo Mexicano dentro de los Movimientos Antisistémicos actuales”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, Segunda Serie, año 11, núm. 22, Marzo-Agosto, 2014, pp. 57-78; y los números 20 y 21 (2013) de la misma revista, dedicados a la historia y actualidad de dicho movimiento.

Como sea, regresando al entramado de esta tercera y última parte de nuestra historia; después de una introducción que explica (como lo hemos esbozado aquí) las tendencias y coyunturas históricas que definen el sentido histórico del siglo XX, un primer capítulo se dedicará a la coyuntura del origen y consolidación del Estado post-revolucionario, que en términos generales va de 1910 a 1945. Pues esta coyuntura coincide con el periodo de la negación de la prehistoria mexicana, desde la subordinación de la antropología mexicana al rechazo de la gran antigüedad del hombre americano, sostenida por la comunidad intelectual liderada por Aleš Hrdlička y que llegó a convertirse en la perspectiva hegemónica y oficial de la prehistoria, por la fuerza creciente de la ciencia estadounidense, después de la Primera Guerra Mundial; y hasta el “descubrimiento” del hombre de Tepexpan, como parte del proceso de reconocimiento y re-construcción de la prehistoria americana iniciada por los inesperados hallazgos de Folsom y Clovis durante las décadas de 1920-30.⁴⁵

El protagonista de este capítulo será el proceso de reconstrucción, institucional y epistemológica, de las comunidades intelectuales nacionales y, sobre todo, el difícil proceso de la renovación del tejido de sus redes intelectuales internacionales, frente al ascenso del influjo de la “gran ciencia” norteamericana. De la aceptación de Gamio del dogma de Hrdlička, hasta el patrocinio de las investigaciones en Tepexpan y la formación de los primeros prehistoriadores mexicanos (e.g. Luis Aveleyra Arroyo) por parte de grandes organismos culturales norteamericanos como la Smithsonian Institution; y pasando por la visión, “desde México”, de la prehistoria americana de Pablo Martínez del Río.

Un segundo capítulo de esta tercera parte, se encargará de la coyuntura del “milagro mexicano” (circa 1945-1968/73); que es el momento de la doble consolidación y auge de la prehistoria mexicana, tanto al interior con

⁴⁵ Sobre la historia de la prehistoria norteamericana, cf. la sección correspondiente en David J. Meltzer, *First Peoples in a New World. Colonizing Ice Age America*, Berkeley, University of California Press, 2009.

la construcción y los trabajos del Departamento de Prehistoria, como al exterior, con el desarrollo en suelo mexicano de algunos de los más importantes proyectos prehistóricos de la “nueva” arqueología norteamericana. En la escena nacional, la consecuencia más importante de la sensación internacional del “descubrimiento” del “Hombre de Tepexpan”, fue haber sido el aguijón que despertó a los grandes funcionarios del Estado y su Instituto Nacional de Antropología e Historia para que concibieran el ambicioso proyecto nacionalista de un Departamento de Prehistoria. Desde este nicho institucional, el INAH coordinó las investigaciones prehistóricas en todo el país; así como la confección de la imagen prehistórica que México habría de exhibir a los ojos del mundo en el relocalizado y monumentalmente renovado Museo Nacional. El archivo histórico e institucional del (hoy desaparecido) Departamento de Prehistoria, nos permite reconstruir el día a día de la vida de sus miembros; entre los que resalta la figura eminente y centralizadora de José Luis Lorenzo; verdadero patrón de la prehistoria mexicana. Además, a través de su itinerario y su influjo, podemos rastrear una vertientes más de la historia del importante impacto de los migrantes y exiliados españoles de la Guerra Civil, en la vida intelectual mexicana de los primeros dos tercios del siglo XX.⁴⁶

En la escena internacional, esta coyuntura es la era de los *Area Studies*; y, concretamente, Latinoamérica fue uno de los terrenos privilegiados del ejercicio de la arqueología norteamericana, desde las investigaciones en el Perú de Gordon R. Willey en los años 1950. Especialmente, México fue el escenario del desarrollo de varias de las más importantes investigaciones de la

⁴⁶ Aunque, como acertadamente lo señala Alejandro Estrella (quien, además de sus estudios sobre la historia de la obra del gran historiador británico E.P. Thompsom, se ha dedicado a investigar el impacto del exilio español en la historia de la filosofía mexicana), en este caso se trataría más de la generación de los hijos de los exiliados, formados en el ambiente intelectual mexicano del final de la Segunda Guerra Mundial, y no de los exiliados *mismos*; formados durante la importante coyuntura intelectual europea de entre-guerras. Comunicación personal, abril de 2014.

“Nueva Arqueología”: el monumental y largo proyecto de investigación de la evolución plurisecular de los sistemas de asentamiento en la Cuenca de México por parte del equipo de Jeffrey Parsons, pero sobre todo (en lo que a nosotros respecta) las grandes excavaciones en los valles de Puebla, Tlaxcala y Oaxaca, para intentar explicar la transición hacia la agricultura en la Mesoamérica prehistórica, de los equipos de Kent V. Flannery y Richard S. MacNeish; a lo largo de las décadas de 1960 y 1970. En el terreno epistemológico, estas investigaciones son las que han producido la información más sólida, relevante y duradera sobre la prehistoria mexicana desde una perspectiva continental e internacional; y sus influencias concretas en la práctica y la teoría de los prehistoriadores mexicanos es de suma importancia; basta mencionar que uno de sus alumnos mexicanos, el maestro Ángel García Cook, dirige actualmente uno de los más desafiantes e interesantes proyectos arqueológicos en México: las investigaciones en la ciudad prehistórica de Cantona, Puebla.

Como sea, las fuentes de la historia del presente aguardan al historiador que habrá de aprovecharlas. Y, para terminar, un tercer y último capítulo de esta tercera parte de nuestra historia tratará la coyuntura actual; inaugurada con las Revoluciones culturales de 1968, y el inicio de la crisis del petróleo en 1973, y extendida hasta nuestros días. La historia del presente es quizás la más complicada, por el hecho de que somos actores de su realización y carecemos del alejamiento y perspectiva histórica necesarios; aunque también es la más rica en fuentes vivas; no obstante, el hecho de que se trate de la historia en una época de incertidumbre, hace difícil seguir los contornos de sus oscilaciones históricas. Hasta donde alcanza nuestra mirada, creemos entrever dos líneas generales opuestas seguidas por el itinerario histórico de la prehistoria mexicana.

De un lado, la del agotamiento, la fosilización y el declive de la prehistoria oficial, nacionalista y patrimonialista; marcada por el proceso de la desaparición del Departamento de Prehistoria y la esterilidad general de los estudios prehistóricos opacados por la monumentalidad de la arqueología de

reconstrucción y habilitación de sitios arqueológico-turísticos. Del otro lado, la del desarrollo de un puñado de investigaciones conscientes del agotamiento de los paradigmas recibidos de los siglos XIX y XX e intentado contribuir a la trascendencia del *impasse* general de la prehistoria americana. El proyecto de García Cook que ya mencionamos; pero también las investigaciones prehistóricas del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM en el Sureste mexicano, o el proyecto binacional en los sitios Clovis de Sonora, así como el prometedor proyecto sobre los sitios paleoindios en Hidalgo de los arqueólogos Ana María Álvarez y Gianfranco Cassiano.⁴⁷

⁴⁷ Recientemente, en el contexto de la elaboración de su disertación doctoral sobre sus investigaciones en varios sitios prehistóricos del Pleistoceno y principios del Holoceno, en el Occidente y Norte de México (pero especialmente en Zacatecas), el arqueólogo Ciprian Florin Ardelean ha realizado una tentativa de síntesis panorámica de la historia y el estado actual de los estudios prehistóricos en México. Aunque dicha tentativa se presenta con la pretensión de ser “una prospección y análisis exhaustivos de la literatura disponible en prehistoria mexicana” y de haber logrado “una historiografía completa del tema de los primeros humanos en México”; en realidad se queda corta y dista mucho de haber logrado esas importantes, pero difíciles, pretensiones. Y esto es, no porque se trate de una investigación deficiente o mal lograda (todo lo contrario; pues la perspectiva interdisciplinaria y amplia adoptada, la coloca, quizás, entre las pocas investigaciones contemporáneas prometedoras de la prehistoria en México); sino, simplemente, porque este panorama histórico funciona como *background* de una investigación arqueológica cuyo núcleo es el análisis y la interpretación de los materiales artefactuales, geológicos y paleo-ecológicos y, por lo tanto, no fue realizada ateniéndose a las preocupaciones y los rigores de las pesquisas históricas contemporáneas.

Así, se entiende que la parte “histórica” de la disertación haya sido construida, casi exclusivamente, fundándose en la utilización de fuentes impresas contemporáneas y (especialmente para los oscuros tiempos anteriores al siglo veinte), indirectas y “de segunda mano”. Como sea, en su condición de “pionera”, la consulta de esta tentativa es indispensable para todo aquel interesado en la historia y el estado actual de la prehistoria en México. Ver, Ciprian Florin Ardelean, “Archaeology of Early Human Occupations and the Pleistocene-Holocene Transition in the Zacatecas Desert, Northern Mexico”, Tesis para obtener el PhD en Arqueología, University of Exeter, College of Humanities, Department of Archaeology, 2013. Agradezco al profesor Luis Felipe Bate por su amable comunicación de la referencia, y por sus inteligentes y sugerentes comentarios al respecto.

Nuestro recorrido histórico nos deja, así, en el presente, a la expectativa de que aquel horizonte vislumbrado por primera vez hace más de 150 años con el surgimiento del campo epistémico de la prehistoria, logre finalmente la realización de todo su potencial radical para construir una verdadera historia humana y cosmopolita, en el siglo XXI histórico que, aún, está por nacer.

Para comprender el papel fundamental que el análisis de las fuentes primarias (por oposición a las fuentes de “segunda mano”, sometidas, ya, a un proceso adicional de *traducción/interpretación*) desempeña en las investigaciones históricas contemporáneas; en virtud de que ellas, en tanto que vestigios literarios de los discursos de otros tiempos y espacios, son unas de las dimensiones empíricas privilegiadas para intentar acceder a las peculiaridades y las diferencias de otras *Weltanschauungen* ajenas a las de nuestro propio tiempo y lugar; ver el sugerente y desafiante ensayo de Carlo Ginzburg, “Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el Oficio de Historiador, hoy”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, Segunda Serie, Año 9, núm. 19, Septiembre 2012-Febrero 2013, pp. 7-24 (el original está en Inglés).

PRIMERA PARTE:

El sentido de la prehistoria

LIMINAR

...il regarda de haut en bas les deux Habitans célestes; il leur foutint que leurs Personnes, leurs Mondes, leurs Soleils, leurs Etoiles, tout étoit fait uniquement pour l'homme. A ce discours, nos deux Voyageurs se laisserent aller l'un sur l'autre en étouffant de ce rire inextinguible, qui selon Homère est le partage des Dieux...

VOLTAIRE, *Micromégas*, 1752, pp. 90-91.

I have given the evidence to the best of my ability; and we must acknowledge, as it seems to me, that man with all his noble qualities, with sympathy which feels for the most debased, with benevolence which extends not only to other man but to the humblest living creature, with his god-like intellect which have penetrated into the movements and constitution of the solar system –with all these exalted powers –Man still bears in his bodily frame the indelible stamp of his lowly origin.

CHARLES DARWIN, *The Descent of Man*, 1871, vol. II, p. 405.

En 1859 las labores de un prestigioso grupo de hombres de ciencia ingleses, incluido el célebre e influyente Charles Lyell, llevaron al reconocimiento oficial y solemne, por parte de las asociaciones científicas más importantes del momento en Inglaterra, de la gran antigüedad de la humanidad. La razón inmediata de este acontecimiento fue que, finalmente, la sofisticación de sus métodos de interpretación estratigráfica los había llevado a inferir, de manera consensuada y sin lugar a dudas científicas, que los seres humanos habían coexistido con los grandes mamíferos ahora extintos de los tiempos antediluvianos; pues los restos de la primitiva industria de aquellos se hallaban

profundamente sepultados e íntimamente relacionados con los fósiles de éstos, dentro de las antiquísimas capas de los depósitos diluvianos.¹

Menos de diez años después, en la Exposición Universal de París de 1867 la prehistoria hacía su presentación triunfal dentro del novel campo de las modernas disciplinas y sub-disciplinas de las ciencias sociales, de la mano de un comité científico internacional construido por las maniobras de hábiles organizadores como Gabriel de Mortillet.²

Originalmente, la prehistoria surgió dentro del espacio de la ciencia y la cultura del mundo occidental como un componente esencial de la llamada Revolución darwiniana; esa prolongación decimonónica de las tendencias de desacralización y desencantamiento del mundo iniciadas con la Revolución científica de los siglos XVI-XVII que amenazaba con extender la infinidad y el materialismo mecanicista del *espacio* de los incontables millones de soles y de mundos al *tiempo* de la historia de la vida y la historia humana en la tierra.³

¹ El mejor relato sobre las vicisitudes científicas, sociales e históricas del surgimiento de la prehistoria en la Europa decimonónica sigue siendo la obra de Donald K. Grayson, *The Establishment of Human Antiquity*, Nueva York, Academic Press, 1983.

² La organización de los Congresos Internacionales de prehistoria, así como las exhibiciones prehistóricas en las Exposiciones Universales, especialmente la de París, 1867, fueron fundamentales en la definición de los perfiles epistemológicos de la disciplina y de la identidad de la comunidad intelectual que la conformó. El hecho de que el proyecto de prehistoria que cristalizó en el siglo XIX tuviera una orientación afín a la paleontología y la geología, por oposición a otros proyectos alternativos, como el del antropólogo Armand de Quatrefages, más cercano a la medicina y a la antropología física, debe mucho a las astutas maniobras de Gabriel de Mortillet (decano fundador de la prehistoria francesa) en conjunto con Édouard Desor (figura fundamental de la prehistoria alpina), como minuciosamente lo detalla Marc-Antoine Kaeser en su Biografía intelectual de este último, *L'univers du préhistorien. Science, foi et politique dans l'œuvre et la vie d'Édouard Desor (1811-1882)*, (col. « Histoire des Sciences Humaines »), París, L'Harmattan y Société de la Suisse Romande, 2004.

³ Siguiendo al historiador de la ciencia Peter J. Bowler podemos decir que la Revolución darwiniana es aquel conjunto de procesos científicos, culturales, históricos y sociales que tienen que ver o se derivan directamente de las implicaciones de la construcción de una explicación

Y es que el descubrimiento de la prehistoria contenía serias implicaciones perturbadoras de las certezas antropocéntricas y religiosas de la cosmovisión occidental decimonónica. A saber, primero, que la antigüedad de la humanidad se extendía más allá de cualquier memoria escrita hasta perderse en la increíble duración del tiempo geológico, segundo, que la historia humana, así extendida, evidenciaba la misma tendencia espontánea y progresiva que exhibía el registro paleontológico de la historia de la vida, y que, por tanto, esta historia humana no era más que el producto más reciente del funcionamiento de los mecanismos y leyes naturales que habían dirigido hasta entonces la historia de la vida en el planeta.

“El Hombre aún carga en su estructura corporal la imborrable estampa de su bajo origen.” Con estas palabras termina *The Descent of Man* (1871),⁴ la obra en la que por primera vez de manera completa y sistemática, Charles Darwin ensayó la extensión del mecanismo de la selección natural a la

completa y unitaria de la diversidad y la historia de la vida a través del mecanismo de la selección natural. Un complejo mecanismo a la vez *nomotético* (i.e. que opera a través de leyes universales como la física newtoniana) e *histórico* (i.e. cuyo funcionamiento no produce un equilibrio estático y sincrónico, abstraído del tiempo, sino que está sometido al flujo abierto del encadenamiento de estados sucesivos y únicos de equilibrio) cuyas implicaciones de un universo abierto y en construcción, en completa oposición a toda visión de un universo completo y prediseñado inteligentemente, causaron violentas polémicas en el ambiente cultural decimonónico y que no ha logrado cuajar hasta nuestros días como un paradigma coherente y global de las ciencias de la vida.

Sobre el papel de la Revolución darwiniana en la historia del pensamiento evolucionista, desde los tiempos pre-modernos y hasta nuestros días, Cf. Peter J. Bowler, *Evolution. The History of an Idea*, Edición del 25º aniversario, con un Nuevo Prefacio, Berkeley, University of California Press, 2009. Sobre las peculiaridades epistemológicas del mecanismo de la selección natural, como lo desarrolló originalmente Darwin, y sobre sus implicaciones esenciales en la historia de la metodología científica ver el interesante trabajo de Godfrey Guillaumin, *Raíces metodológicas de la teoría de la evolución de Charles Darwin*, (col. «Nueva Ciencia»), Barcelona, Anthros Editorial y División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2009.

⁴ Charles Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, 2 vols., Londres, John Murray, 1871. Edición original digitalizada en *Darwin Online* (<http://darwin-online.org.uk/>); consultado en mayo de 2011.

explicación del origen y la naturaleza del Hombre, a la luz de los nuevos descubrimientos, debidos en gran medida a la prehistoria, que sobre la antigüedad e historia natural de los seres humanos se habían producido desde la polémica publicación de *On the Origin of Species* en 1859.⁵ En última instancia, sujeta a las complejidades azarosas de la selección natural, todo sentido divino del origen y destino de la humanidad es eliminado; su origen queda reducido a un accidente histórico y su destino es abierto e incierto.

No obstante; durante el último tercio del siglo XIX la Revolución darwiniana no llegó a desplegar por completo (y de hecho no lo ha hecho hasta nuestros días) sus implicaciones más radicales. Atrapada en la terrible tempestad de las luchas por la reconfiguración moderna del mundo, con la construcción de sus nuevos Estados-Nación, sus nacionalismos y una *geocultura* liberal;⁶ la Revolución darwiniana fue negada, pervertida y cooptada por la ideología del progreso y fue, paradójicamente, actualizada en la forma del evolucionismo y el Darwinismo social al mismo tiempo que el más brillante legado de Darwin, i.e. el mecanismo de la selección natural, era expulsado y rechazado por el mundo de la ciencia, durante el llamado “Eclipse del darwinismo”.⁷

Siendo una de las sub-disciplinas de las modernas ciencias sociales, en los márgenes de la historia, la antropología, la geología y la paleontología, la

⁵ Charles Darwin, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, Londres, John Murray, 1859. *Ibid.*

⁶ Ver Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System IV. Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, The University of California Press, 2011.

⁷ El “Eclipse del darwinismo” se refiere al periodo durante el cual el mecanismo de la selección natural cayó en desgracia y fue desacreditado en tanto que explicación efectiva del proceso de evolución, por parte del mundo de la ciencia; mientras que, paradójicamente, el evolucionismo dominaba en la escena científica y cultural a través de la elaboración y el dominio de “otros” mecanismos alternativos y “anti-darwinianos”, i.e. que intentaban salvar el principio del diseño inteligente en la trayectoria de la evolución. En términos generales se extiende de 1875 a 1925, Cf., Peter J. Bowler, *Evolution. The History of an Idea*, antes citado.

prehistoria siguió el destino de sus hermanas mayores. Invento del siglo XIX, la *ciencia social* surgió con la esperanza de servir como herramienta racional para dar solución a los problemas sociales del siglo; en tanto tal, tuvo que navegar, quizás más peligrosamente, contra las vicisitudes de la mencionada reconfiguración decimonónica del mundo. Para sobrevivir a la tempestad y para llegar a existir en el nuevo orden científico y cultural de las tranquilas aguas que descubría el desvanecimiento de la tempestad, la prehistoria, y sus congéneres, tuvieron que limar sus aristas más críticas y radicales para poder acomodarse a los nuevos regímenes nacionalistas y liberales.

Así, en tiempos de la última tercia de Exposiciones Universales que tuvieron lugar en París en el siglo XIX (i.e., 1867, 1878 y 1889) la prehistoria llegó a convertirse en un instrumento para realizar la apología del progreso. En lugar de servir como un umbral para acceder a la complejidad de los múltiples y originales caminos que han tomado la evolución biológica y cultural de los seres humanos a todo lo largo de los tiempos prehistóricos, la prehistoria funcionó como un escaparate donde las diferencias fueron acomodadas y reducidas al esquema universal de evolución que comenzaba en la Edad de Piedra y culminaba con la civilización industrial de la Europa de fines del siglo XIX. En las exhibiciones de “La historia del trabajo”, del “Arte retrospectivo” o de la “Historia de la habitación”, en las Exposiciones Universales, la prehistoria desempeñó dos funciones pedagógicas esenciales: primero, ser un complemento de la demostración material y positiva del progreso de Europa como culminación y símbolo del progreso universal, segundo, ser un instrumento accesorio (pero importante) para calibrar el retraso relativo del “resto del mundo” al posicionar a cada uno de sus miembros como representante, verdadero fósil viviente, de tal o cual estadio evolutivo.⁸

⁸ Ver, Nils Müller-Scheessel, “Fair Prehistory: Archaeological Exhibits at French *Expositions Universelles*”, en *Antiquity*, vol. 75, núm. 288, Junio de 2001, pp. 391-401.

El argumento o tesis de esta primera parte de nuestra historia es que este potencial epistemológico perturbador de algunas de las certezas de la cosmovisión occidental moderna que la prehistoria posee, en tanto que componente de la Revolución darwiniana (i.e. el potencial de acceder a la diversidad de las manifestaciones humanas más allá de la memoria escrita, para construir una historia verdaderamente cosmopolita y universal), en conjunto con la negación de este potencial en la construcción histórica efectiva de la prehistoria como apología del progreso durante el siglo XIX, constituyen los elementos epistemológico e histórico fundamentales que definen el *sentido de la prehistoria* dentro del sistema de los saberes contemporáneos, así como sus contradicciones esenciales y sus posibilidades de desarrollo futuro.

En lo que sigue, es decir, en los tres capítulos que conforman esta primera parte, exploraremos estas dos dimensiones epistemológica e histórica que, según nuestro argumento, definen el sentido de la prehistoria; con el objeto de tratar de esclarecer el lugar específico que, en general, ella ocupa en el campo de los saberes modernos y, en particular, las peculiaridades y el papel incómodo pero imprescindible que la prehistoria del Nuevo Mundo ha desempeñado (y puede desempeñar) en la historia de la sub-disciplina. En conjunto, el contenido de estos tres primeros capítulos conformará el trasfondo histórico y epistemológico general sobre el cual se desenvolverá nuestra historia de la prehistoria en México.

Así, para problematizar el pasado de la sub-disciplina comenzaremos con una revisión de algunas de las cuestiones esenciales que en la actualidad tensionan y dinamizan la práctica de la prehistoria en el mundo, pero, especial y concretamente en las Américas. de tal suerte, en el capítulo 1, veremos una imagen panorámica de los espectaculares desarrollos que en el último cuarto del siglo XX y las primeras décadas del XXI han modificado radicalmente su faz; alejándola cada vez más del influjo de los elegantes, complacientes y

utilitarios esquemas de evolución y clasificación cultural elaborados durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, y aproximándola a una imagen compleja y abierta de la configuración de las identidades culturales así como de sus múltiples, diversas e inestables vías de evolución.

Enseguida, después de esta toma de conciencia del estado actual de la disciplina, de sus promesas y limitaciones, regresaremos, en el capítulo 2, al pasado: al momento del origen de la sub-disciplina en la Europa decimonónica. Nuestra narración intentará trascender una imagen muerta de la historia, como un recuento de lo que fatal y efectivamente aconteció, y de lo que no habría podido acontecer de otro modo; y en su lugar ensayará una imagen viva y tensionada de la historia: de múltiples vías posibles en una lucha constante por su actualización efectiva. A mediados del siglo XIX, en Europa, la naciente prehistoria ofrecía al menos tres perfiles posibles de configuración disciplinar; que la perspectiva evolucionista haya sido la primera y única en actualizarse fue el resultado impredecible de un complejo diálogo entre las distintas circunstancias estructurales ofrecidas por las coyunturas históricas, y las acciones concretas realizadas por los actores involucrados.

Finalmente, en el capítulo 3, de la historia y el carácter de la prehistoria en general, nuestra mirada se concentrará en las maneras y el devenir peculiares del Nuevo Mundo que tienden a especificar y a condicionar la construcción de la disciplina de este lado del Atlántico. ¿Existe alguna tendencia de *larga duración*⁹ que haya tenido un papel determinante en el sentido que han tomado, en los últimos siglos, las relaciones ideales entre Europa y América? Desde finales del siglo XVIII, la disputa del Nuevo Mundo, la disputa sobre la presunta inferioridad del continente americano y su valor con relación al Viejo Mundo, ha tendido a dominar el carácter de las

⁹ En referencia, naturalmente, a la concepción original de la dialéctica de las duraciones históricas de Fernand Braudel, “Histoire et Sciences sociales: La longue durée”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, año 13, núm., 4, 1958, pp. 725-753; y a los desarrollos que le han dado autores como Immanuel Wallerstein y Carlos Aguirre. Ver, n.12 de la “Introducción general”.

discusiones sobre la naturaleza y el origen de los indígenas americanos. De tal suerte que, en última instancia y de manera concreta, ella ha hecho que (le guste o no) la prehistoria de los pueblos originarios de América, en sus diferencias específicas, ocupe un lugar privilegiado en las labores encaminadas a trascender una visión eurocentrada de la historia universal, y a sustituirla por una concepción de la historia hecha desde una radical y verdadera perspectiva cosmopolita.

CAPÍTULO 1. Una mirada a la prehistoria, hoy

Viewing the Indians' past as a convenient laboratory for testing general hypothesis about sociocultural development and human behavior may be simply a more intellectualized manifestation of the lack of sympathetic concern for native peoples that in the past has permitted archaeologists to disparage their cultural achievements, excavate their cemeteries, and display Indian skeletons in museums without taking thought for the feelings of living native peoples. If prehistoric archaeology is to become socially more significant, it must learn to regard the past of North America's native peoples as a subject worthy of study in its own right, rather than as a means to an end.

BRUCE G. TRIGGER, "Archaeology and the Image of the American Indian", 1980, p. 671.

La prehistoria en el mundo

En nuestros días *prehistoria* es tanto el nombre de aquella dimensión de la historia de la humanidad, en general, o de algún pueblo o grupo humano en particular, que se extiende en el tiempo y en el espacio más allá de cualquier memoria histórica escrita y, asimismo, es el nombre de la sub-disciplina o conjunto de sub-disciplinas científicas modernas que se encargan de su estudio.¹⁰ En tanto tal, hoy en día la prehistoria se presenta ante nuestros ojos

¹⁰ Así entendida, la prehistoria no es sólo una herramienta epistémica que nos permite acceder a las manifestaciones extra-literarias del pasado humano más lejano; sino que, ocupada como está en el desciframiento de los restos, huellas e indicios de la cultura material de las sociedades humanas, la prehistoria es también un instrumento para acceder a las acciones no escritas de los seres humanos del pasado reciente y del presente. La llamada *arqueología histórica*, por ejemplo, puede utilizar algunos de los métodos tradicionales de la prehistoria para reconstituir los ecos de las voces negadas de las tradiciones orales de todos los tiempos: como las tradiciones de arquitectura africana sepultadas en las ruinas de plantaciones coloniales de Luisiana (Kevin C. MacDonald y David W. Morgan, "African Earthen Structures in Colonial Louisiana: Architecture from the Coincoin Plantation (1787-1816)", en *Antiquity*, vol. 86, núm. 331, Marzo de 2012, pp. 161-177), o las voces disidentes acalladas en los campos de trabajo forzado durante la dictadura franquista

como un imponente, complejo y perturbador paisaje que nos ofrece una doble imagen de la multiplicidad y diversidad de las vías que han tomado la evolución biológica y cultural del género humano en su conjunto, al atravesar la obscuridad del abismo del tiempo geológico.

Un paisaje imponente, complejo y perturbador que, además, desde el último tercio del siglo XX se encuentra en completa efervescencia epistemológica, a causa del colapso de varias de las certezas recibidas, y de la concomitante producción de una serie de hallazgos extraordinarios.¹¹ Veamos, a vuelo de pájaro, algunas de las principales características de la topografía actual del paisaje de la prehistoria.

En primer lugar, en lo que respecta a la dimensión biológica de la diversidad espacio-temporal de las manifestaciones humanas, y concretamente al problema del proceso de hominización (i.e. el proceso de especiación que hizo divergir al linaje humano –fam. *Hominidae* –del resto de los primates superiores y definió sus características específicas de estación vertical, manos libres y hábiles, grandes e inteligentes cerebros) las raíces temporales de la prehistoria se hunden, hoy, profundamente en el Plioceno y alcanzan a rozar la superficie superior del Mioceno.¹²

5 millones de años es la duración aproximada de la historia humana que hoy en día nos presenta la prehistoria. Una historia compleja de radicales y diversos cambios geológicos, ecológicos y evolutivos que teniendo como

(Alfredo González-Ruibal, “From the Battlefield to the Labour Camp: Archaeology of Civil War and Dictatorship in Spain”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 332, Junio de 2012, pp. 456-473).

¹¹ Efervescencia epistemológica y colapso de las certezas recibidas que, como hemos visto en la “Introducción general”, son un componente concreto y particular de la desestructuración global del sistema de los saberes modernos dentro del proceso general de la crisis terminal de la economía-mundo capitalista. Ver, específicamente, las notas 24 y 25 de dicha “Introducción”, así como la discusión correspondiente en el cuerpo del texto.

¹² El Plioceno es la quinta y última Época del Periodo Terciario y su duración se extiende desde hace 5.2 millones de años (Ma) hasta 1.64Ma, aproximadamente. el Mioceno es la cuarta Época del Terciario y su duración inicia hace 23.3Ma y termina hasta 5.2Ma, aproximadamente.

escenario, primero, al continente africano, nos revela el origen y las trayectorias divergentes de varios linajes de homínidos; cada uno de los cuales representaba, en sí mismo, un proyecto original y alternativo de humanidad.¹³ En un segundo momento, esta historia se extiende paulatinamente al resto del Viejo Mundo, a Asia, Europa y Oceanía, manteniendo la multiplicidad de alternativas hasta la última glaciación, hace aproximadamente 40 mil años, cuando un extraño proceso dio la ventaja y el triunfo a uno solo de estos linajes, el *Homo sapiens*, el cual, a partir de entonces, llegó a extenderse hasta ocupar todo lo largo y ancho del planeta.

Precisamente, en segundo lugar y en lo que respecta a la dimensión cultural de la diversidad de las manifestaciones humanas en el tiempo y en el espacio, el inicio de la hegemonía planetaria del *Homo sapiens* (no así su nebuloso origen biológico) parece estar íntimamente relacionada con una Revolución cultural: la invención de los sistemas materiales de representación, i.e. tanto los sistemas de ornamentación personal, como los sistemas de representación gráfica. Pues, al parecer, la posesión de un complejo sistema de representación “material”, o en soporte físico y visual, (por oposición a los sistemas “no-materiales” o puramente simbólicos como el lenguaje) se

¹³ El campo de estudio del proceso de hominización es un terreno movedizo e incandescente. Los nuevos hallazgos están a la orden del día y las controversias sobre la clasificación y definición de especies, la cronología, las reconstrucciones paleo-ecológicas, y sobre las relaciones filogenéticas entre las especies, son violentas y cambiantes; por lo que resulta difícil ofrecer datos certeros, estables y consensuados al respecto. No obstante, es pertinente mencionar que un momento claro de definición de las tendencias de hominización se encuentra en el surgimiento del género *Australopithecus*, cuya sub-especie más antigua sería el *Aus. Anamensis*, fechado entre 4.2 y 3.9Ma, en Kenia y Etiopía. Pero existen otros fósiles que remontan el inicio del proceso de hominización hasta el Mioceno: el *Ardipithecus* (sp. *ramidus* ~4.4Ma; sp. *kadabba* ~5.8-5.5Ma), el *Orrorin tugenensis* (~6-5.7Ma) y el *Sahelanthropus tchadensis* (~7-6Ma). Cf., Tim D. White, et al., “Asa Issie, Aramis and the Origin of *Australopithecus*”, en *Nature*, vol. 440, núm. 13, Abril de 2006, pp. 883-889. Un ejemplo reciente de las controversias y una nueva hipótesis interesante sobre el papel de la adaptación a los paisajes escarpados en el proceso de hominización se encuentra en Isabelle C. Winder, et al., “Complex Topography and Human Evolution: The Missing Link”, en *Antiquity*, vol. 87, núm. 336, Junio de 2013, pp. 333-349.

encuentra en la base del desarrollo de nuevas perspectivas de pensamiento, comunicación y organización social, que señalan una ruptura con las tendencias de evolución de los homínidos como las entendemos hasta entonces. A partir de este momento, hace aproximadamente entre 40 y 30 mil años, hay una explosión de las producciones simbólicas y una independencia y divergencia autónoma de la cultura en relación con la evolución biológica; es entonces, al parecer, cuando comienza la *autopoiesis* de la cultura humana como la conocemos hasta nuestros días.¹⁴

En Europa, esta ruptura está representada por el comienzo del Paleolítico Superior (entre 40 y 11 mil años antes del presente –AP) y es especialmente conocida por las complejas y extraordinarias manifestaciones artísticas del periodo Auriñaciense (40-28 mil años AP): tanto las esculturas zoo- y antropomórficas en marfil de mamut de Hohlenstein-Stadel y la cueva de Vogelherd (Baden-Württemberg), Alemania, como las espectaculares representaciones parietales en la *grotte* Chauvet (Ardèche), Francia.¹⁵ Pero, conforme avanzan las investigaciones arqueológicas en el “resto del mundo” hay un continuo aumento en la abundancia de signos, igual de antiguos y espectaculares, de esta fundamental ruptura.¹⁶

¹⁴ El prehistoriador neoyorkino Randall White es quien ha desarrollado esta tesis del papel esencial de los sistemas de representación material en la definición del carácter moderno de la cultura humana. Su argumento fue lanzado para explicar la transición del Paleolítico Medio al Superior en el contexto de la coexistencia o competencia del Neandertal (*Homo neandertalensis*) y el Cro-Magnon (*Homo sapiens*) en Eurasia. Cf. *Prehistoric Art. The Symbolic Journey of Humankind*, Nueva York, Harry N. Abrams, Inc., Publishers, 2003; para la enunciación original de la tesis ver “Beyond Art: Toward an Understanding of the Origins of Material Representation in Europe”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 21, 1992, pp. 537-564.

¹⁵ Ver el libro de Randall White, *Prehistoric Art...* antes citado, para una visión de conjunto del estado actual de los estudios del arte prehistórico en los 5 continentes, naturalmente, con énfasis en los sitios europeos.

¹⁶ Como ejemplo basta mencionar las impresionantes representaciones policromas en los paneles del techo, así como la estructura reticular de los pilares (techo y pilares “arreglados” –*aménagés* –

Finalmente, en tercer lugar, es la prehistoria del “mundo no europeo” o, más bien, de *los mundos* “no europeos”, la que presenta el desafío más radical a nuestros esquemas recibidos. La elegante y fluida adecuación explicativa casi planetaria de la periodización tradicional (i.e., Paleolítico Inferior, Medio y Superior) ya de por sí cuestionada y complejizada en su validez más allá de la región de su construcción original (i.e., Europa Occidental y las regiones circum-Mediterráneas de África y Asia) a mediados del siglo XX,¹⁷ se encuentra hoy, a comienzos del siglo XXI, en un punto crítico de reacondicionamiento radical o plena reformulación total.

Y no es que la constatación de una sincronización estructural-esencial en los cambios en los registros paleontológicos y arqueológicos que señalan las transiciones entre los periodos del Paleolítico (y la ulterior transición al Neolítico) haya perdido su validez empírica; sino que se ha vuelto necesario re-explicar su significación, o su mera existencia, en términos de procesos de evolución biológica y cultural de la especie humana que deben ser inferidos a partir de un complejo registro prehistórico mundial que, por más parcial y fragmentario que sea, se revela como el producto de realidades humanas altamente regionalizadas y con una historia y un comportamiento social ajenos a todo patrón conocido en los tiempos modernos o “históricos”.

por la mano del hombre) de Nawarla Gabarnmang, un abrigo rocoso en el *Jawoyn country* (i.e., el territorio del pueblo Jawoyn, en el Northern Territory de Australia); cuya sucesión de ocupaciones humanas se remonta hasta hace más de 45mil años. Cf. Jean-Jacques Delannoy, et al., “The Social Construction of Caves and Rockshelters: Chauvet Cave (France) and Nawarla Gabarnmang (Australia)”, en *Antiquity*, vol. 87, núm. 335, Marzo de 2013, pp. 12-29.

¹⁷ Ya en su bella síntesis *Le Paléolithique dans le monde* (col. «L’Univers des Connaissances»), París, Hachette, 1968), François Bordes, una de las figuras más importantes de la prehistoria francesa a nivel mundial a mediados de siglo, celebraba la diversidad y atomización (*émiettement*) que exhibía la vista general de la prehistoria mundial, de acuerdo con el estado de los conocimientos hasta la década de 1960. Más allá de un esencial sincronismo “epocal”, fuera de Europa Occidental y desde el Paleolítico Medio, contemplábamos una compleja ramificación de tradiciones culturales singulares e independientes, con múltiples ejemplos de invención autónoma y convergencia tecnológica-evolutiva.

Así, a guisa de ejemplo, en las últimas décadas en el Lejano Oriente, en China, se debate la pertinencia de la utilización de la categoría de Paleolítico Medio para diferenciar y caracterizar al conjunto de manifestaciones humanas comprendidas en el registro prehistórico de entre 140 y 30 mil años AP. A partir de una reapreciación de las dimensiones tecno-tipológicas de las industrias líticas del Paleolítico del sureste asiático, se discute si es posible inferir procesos de comportamiento y evolución biológica y cultural esencialmente diferentes y específicos como para aislar este periodo de su antecedente y su sucesor o si, por el contrario, existe una continuidad esencial que conduce a la conceptualización de la periodización del Paleolítico del sureste asiático como bipartita (i.e. Paleolítico Temprano y Tardío).¹⁸

Paralelamente, pero ahora en el Medio Oriente, en la Alta Mesopotamia, una serie de excavaciones ha sacado a la luz un conjunto de extraordinarios sitios de arquitectura monumental cuya antigüedad se remonta a los inicios de la transición al Neolítico, al llamado “Neolítico Precerámico” (*Pre-Pottery Neolithic –PPN* –entre 10 y 9 mil años a. C., en este caso). El carácter extraordinario de estos sitios proviene del hecho de que varios indicios del contexto arqueológico (como la ausencia de residuos de plantas o animales domesticados, la presencia de restos de otros animales y plantas salvajes, y de tecnología lítica, semejantes a los de los sitios de cazadores-recolectores circundantes) conducen a inferir que los constructores de estos grandes y complejos sitios de arquitectura monumental fueron “simples” grupos de cazadores-recolectores.

Sobre todo, la magnificencia y complejidad del *tell* de Göbekli Tepe, en el sureste de Turquía, desafían cualquier desprecio evolucionista o primitivista de las sociedades de cazadores-recolectores y de los grados de complejidad que pudieron manifestar; así como cualquier explicación

¹⁸ Cf., Yee Mei Kei, “The Middle Palaeolithic in China: A Review of Current Interpretations”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 333, Septiembre de 2012, pp. 619-626.

reduccionista del origen de la agricultura y la producción de alimentos. Más allá de toda reducción de la dimensión económica a la mera subsistencia, los complejos espacios monumentales concéntricos, con series de butacas de piedra, rodeando esculturas megalíticas en forma de *T* con representaciones zoo- y antropomórficas, las gigantescas vasijas de piedra con posibles residuos químicos de la producción de cerveza, y, en sí, la densidad y monumentalidad mismas de la ocupación y la complejidad de su iconología visual, llevan a los excavadores de Göbekli Tepe a inferir que se trataba de un “santuario en la montaña” (*hill sanctuary*). Un lugar donde se llevaban a cabo suntuosos festivales colectivos para intentar fortalecer la cohesión social; pero cuyos efectos secundarios de concentración de la riqueza social y presión en la producción habrían tenido algo que ver en la consumación de la Revolución Neolítica.¹⁹

La prehistoria en América:

1. La invasión de América

Pero, parece que es siempre y especialmente la terca persistencia del carácter anómalo de la prehistoria americana la que perturba y termina por frustrar y pervertir todo intento armónico y global de sistematizar desde el Viejo Mundo. De entrada, tenemos que a casi 90 años del reconocimiento oficial de la coexistencia de los seres humanos con la megafauna, ahora extinta, del Pleistoceno en el Nuevo Mundo, y el concomitante surgimiento de la moderna sub-disciplina de la prehistoria americana (a partir de los sensacionales descubrimientos de Folsom y Clovis en Nuevo México entre 1926 y 1937),²⁰ el

¹⁹ Cf. Oliver Dietrich, et al., “The Role of Cult and Feasting in the Emergence of Neolithic Communities. New Evidence from Göbekli Tepe, South-Eastern Turkey”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 333, Septiembre de 2012, pp. 674-695.

²⁰ La narración de las discusiones científicas y los conflictos intelectuales que llevaron a la construcción de la prehistoria en Estados Unidos, desde los estudios sobre los presuntos artefactos paleolíticos en las graveras de Trenton, New Jersey, de Charles C. Abbott en la década de 1870,

hermoso sueño de resolución del enigma del origen de los pueblos originarios de América con la hipótesis de la rápida y violenta invasión de todo un continente “virgen” por parte de los descendientes de un grupo original de cazadores armados con una sofisticada tecnología lítica de “tipo” Paleolítico Superior, única en su género, se ha desvanecido final y completamente. Pero revisemos, primero, brevemente, los contornos de esta hipótesis para entender, después, las causas y el significado de su desvanecimiento.

Elaborada durante las décadas de 1960 y 1970 por el biólogo estadounidense Paul S. Martin, y otros hombres de ciencia cercanos a la biología, la hipótesis de la invasión originaria de América fue construida para intentar racionalizar el hecho de una extraordinaria coincidencia: los presuntos primeros vestigios discernibles de la presencia humana en el Nuevo Mundo, i.e. los grandes, bellos y complejos bifaciales acanalados “tipo Clovis” (llamados así por el sitio original de descubrimiento y definición tipológica, Blackwater Draw, cerca de Clovis, Nuevo México)²¹ parecían coexistir con los últimos testimonios fósiles de la fauna pleistocénica, dentro de un lapso extraordinariamente restringido en términos de tiempo geológico: alrededor de mil años, entre 11,500 y 10,500 años AP. En otras palabras, más que una

hasta los mencionados descubrimientos de Folsom y Clovis, Nuevo México, en la segunda y tercera décadas del siglo XX, ha sido magistralmente realizada por David J. Meltzer en varias ocasiones. Ver, especialmente, su ensayo “The Antiquity of Man and the Development of American Archaeology”, en *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 6, 1983, pp. 1-51; y los capítulos correspondientes en su libro *First Peoples in a New World. Colonizing Ice Age America*, Berkeley, University of California Press, 2009.

²¹ Minuciosos detalles de la historia y las circunstancias del descubrimiento del sitio prehistórico de Blackwater Draw, como culminación del *Early Man Project* de Edgar B. Howard y su equipo durante la década de 1930; así como una reevaluación contemporánea de la estratigrafía, la tecnología y la tipología del conjunto artefactual *modelo* que define la “cultura Clovis” se encuentran en Anthony T. Boldurian y John L. Cotter, *Clovis Revisited. New Perspectives on Paleoindian Adaptations from Blackwater Draw, New Mexico*, («University Museum Monograph» 103), Philadelphia, The University Museum, University of Pennsylvania, 1999.

coincidencia, parecía existir una relación causal entre la aparición de los reputados primeros indicios de los seres humanos en el continente y la extinción de los mamíferos gigantes del Pleistoceno.

Martin convirtió esta coincidencia en explicación. Partiendo de una analogía con los violentos procesos de explosión demográfica de especies introducidas en ambientes exóticos y sin competidores (especialmente islas), así como con las concomitantes y dramáticas extinciones de las especies endógenas no preparadas y adaptadas para lidiar con el invasor, Martin elaboró un sofisticado modelo cibernético de invasión por sobreexplotación (*overkill*). Con la retirada de los glaciares del extremo septentrional de América, al final de la Edad de Hielo, un reducido grupo de experimentados cazadores, seguramente pertenecientes al Paleolítico Superior del noreste asiático, se habría hallado ante un continente lleno de dóciles presas que no conocían la depredación humana. Como los engranes de un bien engrasado mecanismo ecológico, la facilidad de la caza habría llevado a la explosión demográfica, ésta a la sobreexplotación y extinción, y éstas al desplazamiento forzado hacia el sur, siguiendo el vacío dejado por la quirúrgica eliminación de los mamíferos gigantes de América.

Así, en alrededor de un milenio, los descendientes de este grupo pionero habrían poblado todo el continente, de Alaska a la Patagonia, y habrían destruido por completo las extraordinarias presas de las que se alimentaran sus ancestros. Naturalmente, a la sombra de este genocidio ecológico, los habitantes de todo un continente quedaban condenados a buscar alternativas de subsistencia: en ausencia de grandes y dóciles presas se verían obligados a volverse vegetarianos. De tal suerte, la hipótesis de Martin contemplaba también, como vemos, la fatalidad ecológica que habría forzado la Revolución Neolítica en el Nuevo Mundo.²²

²² Ver Paul S. Martin, "The Discovery of America", en *Science*, Nueva Serie, vol. 179, núm. 4077, Marzo de 1973, pp. 969-974. Martin realizó sofisticados cálculos para estimar variables cruciales como la biomasa de la megafauna o la tasa de crecimiento poblacional en sociedades de cazadores

Independientemente de las críticas lanzadas contra este *overkill model*, desde el momento de su enunciación y hasta nuestros días, con base en la creciente evidencia a favor de los argumentos sobre su inadecuación a la realidad empírica de los registros paleontológico y arqueológico, y contra el carácter reduccionista de sus supuestos ecológicos sobre el comportamiento de los cazadores de la prehistoria;²³ y a pesar del hecho de que, en todo momento, existieron hipótesis alternativas,²⁴ el *overkill model* llegó a convertirse en la

y, con base en ello, creó varios escenarios que preveían la saturación demográfica del continente (0.4 personas/km², i.e. una población total para todo el continente de 10 millones de habitantes) en un periodo de mil años partiendo de una población inicial de cien personas.

²³ Hace casi diez años Donald K. Grayson y David J. Meltzer ofrecieron la que, a mi parecer, constituye la crítica más minuciosa y exhaustiva, y por ende definitiva, del llamado *overkill model*. Se trata de una increíblemente laboriosa y paciente revisión, digna de un detective, de cada uno de los sitios prehistóricos entonces conocidos donde se ha pretendido reconocer una asociación entre los fósiles de alguna de las especies de la megafauna del Pleistoceno y los restos artefactuales y otras huellas de la “cultura” Clovis que garantizaría la inferencia en el pasado de la existencia de una relación predador-presa. De una muestra de 76 sitios únicamente 14 mostraron evidencia empírica contundente para inferir que los cazadores de los tiempos Clovis aprovecharon esporádicamente al menos 2 de los 35 géneros de los mamíferos extintos (i.e. *Mammuthus* –mamut– y *Mammot* –mastodonte), además de que existen evidencias del aprovechamiento del bisonte, una especie sobreexplotada posteriormente y hasta los tiempos históricos y que nunca llegó a extinguirse. Con una visión más compleja de las estrategias de subsistencia de los cazadores de los tiempos Clovis ¡estamos muy lejos del temible y varonil depredador! Cf., “Clovis Hunting and Large Mammal Extinction: A Critical Review of the Evidence”, en *Journal of World Prehistory*, vol. 16, núm. 4, Diciembre de 2004, pp. 313-359.

²⁴ La hipótesis de un poblamiento temprano (~50,000 años AP) por los márgenes de las costas del Pacífico a lo largo de todo el continente por parte de grupos con una compleja adaptación (que incluye tecnología de navegación) a los ambientes costeros es una de las alternativas más fuertes, al menos en Norteamérica, y ha sido sistematizada principalmente por Alan L. Bryan y Ruth Gruhn. Para una revisión y una crítica epistemológica de las principales alternativas en juego ver el sugerente ensayo de Robson Bonnichsen y Alan L. Schneider, “Breaking the Impasse on the Peopling of the Americas”, en *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, editado por R. Bonnichsen y Karen L. Turnmire, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005, pp. 497-519.

pieza central de la visión oficial y hegemónica de la prehistoria norteamericana. En nuestros días, algunos prehistoriadores latinoamericanos cuestionan la efectividad o la existencia misma de dicha hegemonía²⁵ y es un problema abierto para la historia intelectual la explicación de los factores socio-históricos que habrían llevado a su construcción; no obstante, el hecho es que esta visión norteamericana presentó una imagen prehistórica de todas las Américas sospechosamente adecuada a la imagen clásica de la prehistoria universal manufacturada en la Europa decimonónica, y esto por dos razones esenciales.

Primero, al postular el poblamiento encarecidamente tardío del continente americano (i.e. al final de la última glaciación, aproximadamente 12 mil años AP como *terminus post quem*), a través de un proceso de desplazamiento fundamental (aunque puede contemplar varias migraciones contemporáneas o posteriores) de una población de origen desconocido en el Viejo Mundo, pero caracterizada por la posesión de una sofisticada y estandarizada tecnología lítica con reminiscencias del Paleolítico Superior Euroasiático, esta visión, llamada naturalmente *Clovis-First model* por propios y extraños, niega la gran antigüedad de la humanidad en América y convierte la prehistoria del continente en una suerte de extensión tardía o epílogo de la prehistoria del Viejo Mundo. Así, la reputada verdadera “prehistoria universal”, es decir, la prehistoria del Viejo Mundo, cuyo supuesto desarrollo continuo se extendería desde el Paleolítico Inferior habría alcanzado las “vírgenes” tierras americanas desprovistas de ocupación humana, y por ende carentes de prehistoria, hasta la desaparición de la infranqueable barrera glacial

²⁵ E.g., el polémico, irreverente y desafiante ensayo de Luis Felipe Bate y Alejandro Terrazas, donde el llamado debate *pre-Clovis/Clovis-First* es caracterizado como un parroquial “mito” o una “farsa mercadotécnica” propios de la arqueología norteamericana: “Apuntes sobre las investigaciones prehistóricas en México y América”, en *El Hombre temprano en América y sus implicaciones en el poblamiento de la cuenca de México. Primer Simposio Internacional*, («Colección científica» núm. 500), coordinado por José Concepción Jiménez López, et al., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006, pp. 23-48.

de la agreste Beringia; y, sólo entonces, habría “bendecido” estas ignotas tierras con la prolongación de su última y más bella florescencia: el Paleolítico Superior.

Segundo, al plantear el origen de los principales linajes de los pueblos indígenas de América en un *horizonte cultural* fundacional, i.e. el horizonte Clovis, esta visión niega la diversidad esencial existente entre los pueblos originarios del continente. De tal forma, la exuberante complejidad y multiplicidad que han exhibido los pueblos indígenas de América a lo largo de todos los tiempos históricos es reducida a una dimensión secundaria: la de la ramificación natural y accesoria de una sola y esencial (o unas cuantas, si se admiten varias olas migratorias fundacionales) *matriz cultural* que, a su vez, no es más que una excrecencia, tardía, secundaria y aislada del tronco principal de la historia universal y sus nutrientes (de ahí las ofensivas pretensiones de la “falta de desarrollo”, el “atraso” y/o el “primitivismo” de los pueblos originarios de América); y el estudio de la significación última de la individualidad y la diferencia americanas, en términos estructurales e históricos, es simplemente relegado a los márgenes del saber.

En este sentido, el *Clovis-First model*, en tanto que visión hegemónica o con pretensiones hegemónicas, puede entenderse, al menos en parte, como la sofisticada actualización a escala continental de la negación de la gran antigüedad de la humanidad en América operada en tiempos de la institucionalización original de la prehistoria en Estados Unidos, a finales del siglo XIX y principios del XX, a escala del subcontinente Norteamericano. Como han argumentado el gran historiador del pensamiento arqueológico que fue Bruce G. Trigger y el prehistoriador David J. Meltzer, en ese entonces, más allá de la estricta dimensión de las discusiones científicas, la negación de la antigüedad de la humanidad en América estuvo íntimamente comprometida con la revitalización de un estereotipo de los nativos norteamericanos que los caracterizaba como inherentemente incapaces de progreso y que se traducían en

una visión “plana” o “aplanada” de su historia (*flat view of history*); es decir, una visión que les negaba cualquier historicidad sustantiva y los congelaba en un atemporal presente etnográfico que armonizaba perfectamente con la idea de una llegada tardía al continente. De tal suerte, podía argumentarse que, más allá de unas cuantas divergencias culturales y un puñado de reacomodos poblacionales sin importancia, los actuales nativos norteamericanos se encontraban esencialmente en el mismo estadio “primitivo” de evolución en el que se encontraban sus ancestros cuando llegaron al continente un par de milenios antes.²⁶

Naturalmente, tal “visión plana” del pasado de los indígenas norteamericanos fue un componente esencial del intento de racionalizar la solución que las autoridades de los Estados Unidos dieron al problema indio (usurpación de tierras, genocidio, confinamiento en reservaciones, etcétera) en tiempos de su animada carrera por convertirse en la potencia hegemónica del mundo antes de la Gran Guerra. Como sea, en nuestros días ya sea que el *Clovis-First model* haya detentado la hegemonía en la prehistoria americana o ya sea que sólo haya tenido la pretensión, el hecho es que su influencia negativa hacia la historia de los pueblos originarios de América (i.e., como hemos visto, la negación de su historicidad y de la apreciación de su originalidad y diferencias por *sí mismas* y no como un medio accesorio para entender la historia del Viejo Mundo) se hizo sentir efectivamente a todo lo largo de las Américas, durante el último tercio del siglo XX, al menos por la fuerza que la comunidad intelectual que lo defendió tuvo en la definición de las prioridades y los problemas de estudio de la disciplina, por su ascendencia en

²⁶ Cf., de Bruce G. Trigger, el crítico ensayo “Archaeology and the Image of the American Indian”, en *American Antiquity*, vol. 45, núm. 4, Octubre de 1980, pp. 662-676; y la parte dedicada a la “Colonial Archaeology in the United States” en su *A History of Archaeological Thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 2006, pp. 177-189. Y de David J. Meltzer, “The Antiquity of Man and the Development of American Archaeology”, en *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 6, 1983, pp. 1-51.

la opinión pública y en las instituciones que otorgan el financiamiento, como argumentó Robson Bonnichsen.²⁷

2. Más allá de Clovis

Sin embargo, como advertimos al inicio del apartado anterior, la tentativa de explicar el origen de los pueblos nativos de América con base en el *Clovis-First model* ha llegado a desvanecerse completamente en estas primeras décadas del siglo XXI; y ello, contradictoriamente en gran medida, a causa de su propia fuerza y peso. Reiterando un patrón de polémica intelectual que se remonta a la negación de la gran antigüedad de la humanidad, en Europa antes de 1859 y en (norte) América antes de 1926-37, la obstinación y la radical exageración de los criterios científicos de aceptabilidad en contra de las pruebas presentadas, en este caso, a favor de las alternativas al *Clovis-First model* contribuyeron a la sofisticación de los estándares científicos de investigación y al desarrollo de una discusión de los criterios epistemológicos de validez que culminaron en la producción de una serie de extraordinarios y anómalos descubrimientos; cuya acumulación hizo inevitable el rechazo de toda plausibilidad de dicho “modelo”.²⁸ Así, de la serie, el excepcional sitio prehistórico de Monte Verde (Los Lagos, Chile) se ha convertido en el símbolo de este rechazo; ya que fue el catalizador de la solemne y formal aceptación de las complejas y perturbadoras realidades de la prehistoria americana más allá

²⁷ Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire, “An Introduction to the Peopling of the Americas”, en *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005, pp. 1-26.

²⁸ La idea de la existencia de un patrón recurrente en la resolución de las polémicas sobre la antigüedad de la humanidad es de David J. Meltzer, cf., “Monte Verde and the Pleistocene Peopling of the Americas”, en *Science*, Nueva Serie, vol. 276, núm. 5313, Mayo de 1997, pp. 754-755.

de Clovis, por parte de la comunidad científica norteamericana, durante una sofisticada y elegante visita de un “panel de expertos” al sitio en 1997.²⁹

Pero, ¿por qué es tan excepcional el sitio de Monte Verde? Debido a dos de sus características esenciales cuidadosamente reveladas por una depurada metodología de excavación y análisis de laboratorio: que son, su complejidad y su antigüedad. Ubicado a 33 km al suroeste de Puerto Montt en la región de Los Lagos, Chile (parte norte de la Patagonia chilena), en los bancos del arroyo Chinchihuapi, componente del sistema fluvial del valle del río Maullín en su camino de los Andes al Pacífico, Monte Verde consiste en una compleja agrupación de los restos de más de una decena de “estructuras residenciales” construidas con postes y ramas envueltas con pieles (aparentemente de mastodonte –*Gomphotherium*), restos de fogones, una increíble profusión de desechos de talla y, lo que lo convierte en una verdadera Pompeya americana, innumerables e incalculablemente valiosos restos orgánicos que (además de los postes, ramas y pieles) incluyen hasta 70 especies de plantas, otros restos de carne y huesos de mamíferos, y (de nuevo en la categoría de restos inorgánicos) hasta la impresión de una huella humana.

²⁹ Se trata de uno de los episodios más visibles y (quizás) más importantes de la historia reciente de la prehistoria en América, ya que dicha visita fue pensada y de hecho sirvió como el lugar para la construcción de un consenso entre algunos de los principales detractores y promotores del sitio, dentro de la comunidad de prehistoriadores norteamericanos, y con ello del reconocimiento internacional de la prehistoria americana anterior a Clovis. La idea surgió con una invitación lanzada en 1989 por el director del proyecto de Monte Verde, Thomas D. Dillehay, que se convirtió en una iniciativa coordinada por él, por C. Vance Haynes y por David J. Meltzer, y que para su realización en enero de 1997 involucró la participación de varias instituciones de Estados Unidos y de Chile: como el Dallas Museum of Natural History, la Universidad de Kentucky en Lexington, la National Geographic Society y la Universidad Austral de Chile en Valdivia; y que culminó en la publicación de sendos reportes por cada una de las partes interesadas. Cf., James M. Adovasio y D. R. Pedler, “Monte Verde and the Antiquity of Humankind in the Americas”, en *Antiquity*, vol. 71, núm. 273, Septiembre de 1997, pp. 573-580; y David J. Meltzer, et al., “On the Pleistocene Antiquity of Monte Verde, Southern Chile”, en *American Antiquity*, vol. 62, núm. 4, Octubre de 1997, pp. 659-663.

Extraordinarias circunstancias de deposición permitieron la milagrosa preservación (i.e. depósitos fluviales de baja intensidad, cubiertos por el desarrollo de un estrato de turba) y la quirúrgica y paciente técnica de excavación permitió la revelación y la lectura de la estructuración espacial que autoriza la inferencia de las actividades de los ocupantes de Monte Verde al interior del sitio; complementada con la inferencia de las interacciones con las regiones circundantes hecha posible por el trabajo de gabinete que se ha prolongado hasta nuestros días.³⁰ En conjunto, la imagen que se dibuja es la de una serie de ocupaciones semipermanentes de grupos humanos poseedores de un sofisticado conocimiento de su medio ambiente que a lo largo del año, al paso de las estaciones, les permitía organizarse y desplazarse para aprovechar los abundantes y diversos recursos de las vastas y lejanas regiones que se extienden en los valles entre la costa del Pacífico y el extremo sur de la cordillera de los Andes: recolectando, por ejemplo, algas medicinales en los estuarios rocosos del Maullín, o cazando con boleadora en las escarpadas faldas de los Andes.

Vista contra el trasfondo de los cuadros históricos y de la prehistoria del Holoceno de los cazadores-recolectores del mundo y especialmente de la Patagonia,³¹ la imagen de Monte Verde no parece excepcional; el punto es que

³⁰ La excavación de Monte Verde se realizó en 1976-79, 1981, 1983 y 1985; los reportes globales se publicaron en 1989 y 1997, aunque los resultados accesorios y pendientes se han ido publicando esporádicamente en forma de artículos. Cf., aparte de las referencias citadas en las dos notas anteriores, uno de las últimas actualizaciones sobre el sitio, donde un minucioso y paciente análisis microscópico ha permitido identificar otras tantas especies de algas que, por su composición química y la analogía con pueblos indígenas contemporáneos de la región, parecen consolidar la inferencia de una sofisticada farmacopea prehistórica; Thomas D. Dillehay, et al., “Monte Verde: Seaweed, Food, Medicine, and the Peopling of South America”, en *Science*, vol. 320, núm. 5877, Mayo de 2008, pp. 784-786.

³¹ E.g., Flavia Morello, et al., “Hunter-Gatherers, Biogeographic Barriers and the Development of Human Settlement in Tierra del Fuego”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 331, Marzo de 2012, pp. 71-87.

los bien preservados y aislados restos orgánicos, cuya integridad (reitero) ha sido garantizada por una refinada técnica de excavación, han producido una decena de fechas radiométricas concordantes que permiten fechar la superficie principal del sitio (i.e. el “componente” llamado *Monte Verde II*) en un promedio de 12,500 años AP. Esto es, alrededor de mil años más antiguo que Clovis, si consideramos las fechas radiométricas calibradas que fijan los límites del horizonte Clovis entre ~10,800 y ~11,500 años AP.³² De tal suerte, Monte Verde hunde definitivamente las raíces de la prehistoria de las Américas en los tiempos glaciares del Pleistoceno y lanza el perturbador problema de explicar la existencia de poblaciones humanas con un complejo patrón de subsistencia, pero una tecnología lítica simple y expedita (i.e., esencialmente de lascas y guijarros), y por ende sin conexiones evidentes con tradición lítica alguna conocida, en el extremo sur de Sudamérica (i.e. literalmente a un continente de distancia del puente terrestre de Beringia) mil años antes del testimonio más antiguo de la tecnología Clovis en Norteamérica.

No obstante, por más excepcional que el sitio prehistórico de Monte Verde sea (y de hecho lo es como hemos visto), no es más que uno de una serie de extraordinarios y anómalos descubrimientos, quizás el más famoso, que se han producido en el ambiente de efervescencia intelectual del último tercio del siglo XX, como antes dijimos. Es así que, según el argumento del fundador del *Center for the Study of the First Americans*, Robson Bonnichsen, el desvanecimiento de la coyuntura de la historia de la prehistoria Americana definida por la real o pretendida hegemonía del *Clovis-First model* (i.e. ~1970-1997), en la dimensión “interna” de la discusión propiamente científica, no es tan sólo el resultado del espectacular reconocimiento de Monte Verde; sino que se debe a la conjunción de tres factores que son el producto de dicho ambiente intelectual de finales del siglo XX. Ellos son: la definición de varias tradiciones

³² Cf., R. V. Taylor, C. Vance Haynes y Minze Stuiver, “Clovis and Folsom Age Stimates: Stratigraphic Context and Radiocarbon Calibration”, en *Antiquity*, vol. 70, núm. 269, Septiembre de 1996, pp. 515-525.

tecnoculturales anteriores a Clovis, la de otras tantas diferentes y contemporáneas a Clovis, y el reconocimiento y la comprensión de la complejidad y variabilidad al interior de la “cultura” y el “horizonte” Clovis mismos.³³ Pasemos a revisar, someramente, esta triada de factores.

En cuanto a las tradiciones anteriores a Clovis, es necesario comenzar diciendo que el reconocimiento de la antigüedad de Monte Verde no ha cambiado automáticamente el *status* epistemológico de los tantos pretendidos sitios “pre-Clovis” (i.e., de rechazados a aceptados); sino que ha sancionado la reinauguración de la exploración profunda y concienzuda de cuestiones que, según el estado anterior de cosas, parecían evidentemente resueltas pero que ahora muestran un novedoso sesgo enigmático: ¿quiénes fueron los primeros pobladores de América?, ¿de dónde provenían?, ¿por qué y cómo (i.e. en términos procesuales) se explica el poblamiento del continente?, ¿qué papel desempeña en este proceso el horizonte cultural Clovis? Lo que, al mismo tiempo, ha llevado a una potenciación de las discusiones epistemológicas sobre cómo rastrear, leer e interpretar las escurridizas y misteriosas huellas de los primeros americanos.³⁴

Así, una rigurosa crítica, que implica una sofisticación de los métodos de análisis e interpretación sedimentológica, estratigráfica, cronométrica, paleoecológica y tafonómica, del lado de las ciencias naturales, y de microestratigrafía, tecnología, tipología y paleoetnología, del lado arqueológico, ha llevado, por ejemplo, al severo y polémico rechazo de sitios como el abrigo rocoso de Piedra Furada (Piauí, Brasil), cuya fase homónima más antigua habría hundido las raíces de la prehistoria de las Américas a más de 40 mil

³³ Cf. “An Introduction to the Peopling of the Americas”, en Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire (eds.), *Ice Age Peoples of North America...*, antes citado, pp. 1-26.

³⁴ Sobre el efecto sancionador que el reconocimiento de Monte Verde ha tenido en las discusiones epistemológicas de la prehistoria americana contemporánea ver las sagaces y breves reflexiones de David J. Meltzer, “Monte Verde and the Pleistocene Peopling of the Americas”, en *Science*, Nueva Serie, vol. 276, núm. 5313, Mayo de 1997, pp. 754-755.

años AP,³⁵ por un lado; y a la no menos polémica aceptación del complejo tecno-tipológico Miller en la superficie ocupacional superior del Estrato inferior IIa de Meadowcroft Rockshelter (Pennsylvania), por otro lado. Un peculiar complejo tecno-tipológico (de lascas y láminas, de núcleos prismáticos y bifaciales lanceolados sin acanaladura) sin claros vínculos con Clovis, ubicado, quizás mil años antes, en la frontera suroriental de la masa glaciar Laurentina, en la Costa Este de los actuales Estados Unidos.³⁶

Pero en este terreno (de las tradiciones anteriores y contemporáneas a Clovis), quizás los descubrimientos más intrigantes se han producido en el puente terrestre que ha unido al “Viejo” y al “Nuevo” Mundos durante las glaciaciones, esto es, *Beringia*. Extendida entre la Cordillera Verjyanks, en Siberia Oriental, y las Montañas Mackenzie, en el Territorio del Yukón, Beringia ha sido el espacio ideal para discutir el paso de poblaciones (animales, vegetales y humanas) entre ambos mundos; no obstante, hasta tiempos recientes las barreras naturales de sus extremas condiciones árticas y las barreras ideológicas de la Guerra Fría tendieron a inhibir el conocimiento

³⁵ La fase *Piedra Furada* abarca el periodo de ~48,000 a 14,300 años no calibrados AP y ha sido el objeto de ejemplares críticas por la falta de resolución y la ambigüedad de su metodología en la definición de artefactos y estructuras espaciales que no permite diferenciarlos de otros patrones homólogos creados por procesos naturales (i.e. “geofactos”). La fase más reciente, *Serra Talhada*, posterior a 10,400 años AP, por el contrario, posee incontrovertibles superficies ocupacionales que testimonian la habitación humana de las regiones tropicales de Sudamérica desde el Holoceno temprano. Cf., la crítica de David J. Meltzer, James M. Adovasio y Thomas D. Dillehay, que a su vez constituye un ejemplo del “estado del arte” en los estudios prehistóricos contemporáneos, “On a Pleistocene Human Occupation at Pedra Furada, Brazil”, en *Antiquity*, vol. 68, núm. 261, Diciembre de 1994, pp. 695-714.

³⁶ Meadowcroft Rockshelter, es uno de los pocos sitios en América con una profunda, continua y compleja secuencia estratigráfica que se extiende desde los tiempos históricos hasta controversiales fechas pleistocénicas de más de 32 mil años. La superficie ocupacional superior del Estrato inferior IIa se encuentra entre dos fechas radiométricas de ~11,300 y 12,800 años BP; así, si tomamos el *terminus post quem*, el complejo Miller sería alrededor de un milenio anterior a Clovis. Ver James M. Adovasio, et al., “No Vestige of a Beginning nor Prospect for an End: Two Decades of Debate on Meadowcroft Rockshelter”, en *Ice Age Peoples of North America...*, antes citado, pp. 416-431.

sistemático de la región. Con todo, las investigaciones prehistóricas pioneras de los años 1950-1970 sirvieron para revelar la existencia de unos cuantos y valiosos complejos artefactuales dispersos en los vastos territorios de Alaska y Siberia que parecían compartir ciertos atributos tecno-tipológicos diagnósticos (i.e. una industria lítica dominada por la producción de micro-navajas a partir de núcleos especiales tipo cuña –*wedge-shaped cores*) y que, a su vez, sirvieron para la construcción de una gran imagen sintética de la prehistoria de Beringia por parte del investigador ruso Yuri Mochanov. La “tradición” de micro-navajas y núcleos en forma de cuña se habría originado hace unos 30 mil años en Yakutia, Siberia Central, en los valles del río Aldan, como una adaptación a la explotación de la megafauna de las regiones periglaciales; con el inicio del Último Máximo Glacial (*Last Glacial Maximum* –LGM: ~22-18, 000 años AP) esta “tradición”, llamada *Dyuktai* (por el sitio modelo, la cueva *Dyuktai* –*Ust’ Dyuktai*) se habría dispersado al este y al sureste derivando en la “tradición Paleoártica” en Alaska como posible antecesor de la cultura Clovis.³⁷

El aumento y la sofisticación de las investigaciones pero, sobre todo, el inicio de las comparaciones sistemáticas de la información producida a ambos lados de la Cortina de Hierro después de 1989 han destruido esta imagen y la han sustituido por la de un complejo mosaico de culturas. Así, el descubrimiento e investigación de los espectaculares sitios prehistóricos en las playas del lago Ushki en la Península de Kamchatka, por parte del equipo de Nikolai Dikov, nos inducen a pensar que la ocupación más antigua de Beringia Occidental corresponde a grupos humanos con una tecnología lítica que carece

³⁷ Para una revisión y exposición sintética de los trabajos de Mochanov y para una crítica a la definición muy amplia y genérica de la “cultura *Dyuktai*” (en otras transliteraciones del alfabeto cirílico puede escribirse *Diuktai*) en términos cronológicos y tipológicos (que sugiere que en su amplísima extensión se oculta la complejidad y diversidad de las particularidades locales e históricas) ver el ensayo de Seonbok Yi y Geoffrey Clark, “The ‘*Dyuktai Culture*’ and New World Origins”, en *Current Anthropology*, vol. 26, núm. 1, Febrero de 1985, pp. 1-13.

completamente de micro-navajas y núcleos de cuña (es decir, que no guarda una relación evidente con la cultura Dyuktai) y que, por el contrario, se orientaba a la producción de bellos bifaciales pedunculados y lanceolados, raspadores y buriles, a partir de núcleos subprismáticos de navajas o núcleos de lascas poco preparados. Esta industria lítica ha sido especialmente documentada en la superficie de ocupación más antigua (i.e. *cultural layer VII*) del sitio Ushki-1, un espectacular sitio que contiene una compleja sucesión de superficies creadas por distintas y reiteradas ocupaciones humanas que fueron selladas y conservadas, intercaladamente, por sedimentos lacustres y por estratos vulcano-sedimentarios.³⁸

La “superficie cultural VII” de Ushki-1 consiste en un área amplia excavada (~300m²) que exhibe la compleja estructuración espacial de los restos de varias habitaciones cuyos contornos han sido inferidos por los patrones de distribución de los densos restos de fogones, los desechos de talla, los residuos faunísticos y botánicos, y otros indicios más sutiles, como la concentración de delgados apisonados de polvo de ocre rojo. Además, estas trazas de ocre permitieron identificar lo que parece ser un entierro humano donde los restos óseos han desaparecido casi en su totalidad pero donde se conserva una profusión de bellas cuentas de piedra. En conjunto, la imagen que surge es la de un campamento semi-permanente, en las riveras del lago, de cazadores-

³⁸ Toda la información y la discusión que sigue sobre los sitios prehistóricos del lago Ushki, investigados por el equipo de Nikolai Dikov, se basa en la excelente, completa y minuciosa síntesis de la prehistoria de Beringia Occidental (i.e. de la Cordillera Verjoyansk en Siberia hasta las costas asiáticas del mar de Behring) de Ted Goebel y Sergei B. Slobodin, “The Colonization of Western Beringia: Technology, Ecology and Adaptations”, en *Ice Age Peoples of North America...*, antes citado, pp. 104-155. Para una bien informada discusión de las características tecno-tipológicas particulares de las industrias líticas de Beringia Occidental y de sus posibles relaciones con la tradición de micro-navajas y núcleos de cuña de la cultura Dyuktai ver el ensayo de Sergei B. Slobodin, “Western Beringia at the End of the Ice Age”, en *Arctic Anthropology*, vol. 38, núm. 2, «Between Two Worlds: Late Pleistocene Cultural and Technological Diversity in Eastern Beringia», 2001, pp. 31-47.

recolectores con una sofisticada cosmovisión religiosa que daba un tratamiento especial a sus muertos.

El promedio de las fechas radiométricas convencionales (i.e., no calibradas) otorga una antigüedad de alrededor de 11, 000 años AP a esta “superficie cultural VII” de Ushki-1³⁹ y la coloca alrededor de un milenio antes del primer testimonio seguro de la presencia de la tradición de micro-navajas y núcleos de cuña que, coincidentemente, se encuentra en la “superficie cultural VI” del mismo sitio con una fecha promedio de 10, 350 años AP.⁴⁰ Una superficie excavada de casi el doble de tamaño que la anterior, que exhibe una densidad y complejidad mayores de ocupación con varias habitaciones semi-subterráneas, una abundante cosecha de restos faunísticos que sugiere el aprovechamiento no sólo de grandes mamíferos como el bisonte estepario

³⁹ La datación de la “superficie cultural VII” de Ushki-1 ha sido objeto de importantes controversias debido a que las fechas originalmente reportadas por Dikov le otorgaban una antigüedad promedio de $13,980 \pm 146$ años AP (cf. T. Goebel y S. B. Slobodin, “The Colonization of Western Beringia...”, antes citado, pp. 130-131); es decir, casi 3 mil años más vieja, y la convertían en la ocupación más antigua y anómala (por la ausencia de la industria de micro-navajas) de Beringia, por ende el candidato más prometedor para ser el ancestro de la cultura Clovis.

En el año 2000 Ted Goebel, Michael R. Waters y Margarita Dikova organizaron una expedición para re-excavar los sitios del lago Ushki e intentar precisar y resolver los problemas crono-tipológicos. Las excavaciones (concentradas en los sitios Ushki-1 y 5) confirmaron la secuencia estratigráfica y la separación e integridad tecno-tipológica de los conjuntos artefactuales; no obstante, una serie de más de 15 fechas radiométricas concordantes contradijeron la datación original de la “superficie cultural VII”, mostrando que era mucho más joven de lo estimado. Las nuevas fechas la colocan entre $11, 330 \pm 50$ y $10, 675 \pm 75$ años AP; es decir, un promedio de $11, 000 \pm 30$ años AP. Con ello, es decir, siendo medio milenio más joven que Clovis, se pierde la candidatura de ancestro y se oscurece la posibilidad de encontrar los orígenes de Clovis en el Paleolítico Superior de Beringia. Cf. de los tres autores mencionados “The Archaeology of Ushki Lake, Kamchatka, and the Pleistocene Peopling of the Americas”, en *Science*, Nueva Serie, vol. 301, núm. 5632, Julio de 2003, pp. 501-505.

⁴⁰ En este caso, la nueva datación concuerda con la original y la coloca entre $11, 130 \pm 100$ y $10, 040 \pm 130$ años AP; es decir, un promedio de $10, 350 \pm 30$ años AP (*ibid*).

(*Bison priscus*) y el caballo (*Equus caballus*) sino también de pequeños mamíferos como el lemming (*Lemmus*), aves y peces; y lo que parece ser un entierro del fiel compañero de los cazadores: el perro doméstico (*Canis familiaris*).

Como sea, estos nuevos datos parecen indicar, primero, que la llamada “tradición” o “cultura” Dyuktai no se extendió a Beringia Occidental sino hasta hace alrededor de 10, 350 años, segundo, que la tradición local de micro-navajas exhibió sus particularidades que ponen en duda una relación de filiación directa y, tercero, que coexistió con al menos otra tradición diferente, la de bifaciales del nivel VII de Ushki-1, que parece más antigua y sin vínculos claros con tradición alguna del noreste asiático. Por lo demás, este nuevo patrón parece coincidir con el registro arqueológico revelado en Beringia Oriental, en los valles centrales de Alaska al sur de Brooks Range y a ambas vertientes del Alaska Range, donde existen varias industrias líticas locales de micro-navajas y núcleos de cuña, genéricamente agrupadas en el llamado *Complejo Denali* (por la montaña Denali en Brooks Range donde se encuentran los sitios modelo), cuya antigüedad parece remontarse no más allá de 10, 700 años AP (en el *Component II* del sitio de Dry Creek, valle del río Nenana); y donde además existen varias industrias, aparentemente más antiguas, sin micro-navajas pero con bellos bifaciales, raspadores y otros artefactos en lasca que se ubicarían entre 11, 700 (*Cultural Zone 4*, sitio Broken Mammoth, valle del río Tenana) y 11, 100 años AP (*Component I* del sitio Dry Creek), colectivamente conocidas como el *Complejo Nenana* (por el río en cuyo valle se encuentran los sitios modelo).⁴¹

Da tal suerte, la prehistoria de Beringia, como la entendemos hoy en día, nos pone ante un complejo y dinámico mosaico cultural, cuya antigüedad

⁴¹ La discusión sobre la prehistoria de Alaska en Beringia Oriental (i.e., de las costas americanas del mar de Behring hasta las montañas Mackenzie en el Territorio del Yukón) se basa en la contraparte de la síntesis de Goebel y Slobodin sobre la prehistoria de Beringia Occidental: Thomas D. Hamilton y Ted Goebel, “Late Pleistocene Peopling of Alaska”, en *Ice Age Peoples of North America...*, antes citado, pp. 156-199.

se remonta al menos hasta hace 11,700 años, es decir, escasamente 2 siglos antes que Clovis, y se extiende hasta ser estrictamente contemporáneo con dicho horizonte cultural; pero que no mantiene vínculos claros con él, más allá de algunas posibles semejanzas tecno-tipológicas entre Clovis y el Complejo Nenana.⁴² Sobre todo, ningún indicio contundente de la tecnología de fabricación de los bifaciales acanalados de Clovis ha sido hallado en Beringia ni al sur ni al oeste de Brooks Range (es decir, en clara vinculación asiática).

Finalmente, esta imagen del mosaico cultural anterior y contemporáneo a Clovis se refuerza con la increíble diversidad regional y temporal que en las últimas décadas se ha definido al interior del horizonte/cultura Clovis. Sin pretender incurrir en la imposible tarea de reseñar siquiera dicha diversidad,⁴³ sólo diremos que conforme se aclaran los problemas de integridad contextual y cronológica su distribución temporal parece indicar un patrón de desplazamiento del sur hacia el norte. Es decir, contrario a las expectativas del *Clovis-First model*, al menos en Norteamérica, los sitios Clovis más antiguos se encuentran en las regiones meridionales y los más recientes en las regiones septentrionales. Todo ello parece culminar con la definición de un complejo artefactual con intensas reminiscencias del complejo Agate Basin (un complejo tecno-tipológico posterior y aparentemente “derivado” de Clovis en las Altas Planicies de Estados Unidos) en el sitio de la Mesa, en el valle del arroyo Iteriak al pie de la vertiente norte de Brooks Range (Alaska), con fechas radiométricas de ~10,200-9,900 años AP.

⁴² Sugeridas por una comparación de primera mano de ambos complejos artefactuales realizada por Ted Goebel, W. R. Powers y N. H. Bigelow; ver *ibid.*, pp. 181-182.

⁴³ Para tan titánica labor sólo remito al conjunto de los ensayos producidos durante el First World Summit del Center for the Study of the First Americans en la Universidad de Maine en 1989, reunidos, complementados y actualizados gracias a la labor editorial de Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire en el volumen *Ice Age Peoples of North America...* ya varias veces citado; pues ellos contienen una bien lograda síntesis de todas las regiones de la prehistoria paleoamericana en lo que actualmente son los territorios de Canadá y los Estados Unidos.

¿Qué significado tiene este último descubrimiento? De ser acertadas las afinidades tecno-tipológicas, el sitio de la Mesa apoyaría la idea de que, en lugar de tener su origen en Beringia o algún otro lugar del noreste asiático, la tradición de bifaciales acanalados que define el horizonte cultural Clovis habría surgido hace más de 11,500 años en América en algún lugar al sur de las fronteras meridionales de la masa glacial Laurentina; y que con la desaparición de los glaciares, ella habría penetrado en lo profundo del septentrión hasta las regiones árticas de Alaska donde se habría encontrado y se habría visto en la necesidad de convivir con las ya existentes encarnaciones contemporáneas de la llamada tradición Paleoártica (especialmente los complejos Nenana y Denali).⁴⁴

Sumario

Al concluir nuestro apresurado y somero vuelo sobre el paisaje de la prehistoria mundial contemporánea, hemos alcanzado a atisbar los contornos generales de lo que, a mi parecer, son algunos de sus accidentes y configuraciones topográficas fundamentales; aunque, naturalmente, hemos tenido que pasar de lado por la abrumadora mayoría de ellos y, lamentablemente, dado el carácter general que impone una revisión “a vuelo de pájaro”, nos hemos tenido que abstener de los placeres y los detalles que sólo brinda la minuciosa exploración directa, es decir, a pie, del terreno. No obstante, hemos llegado a un punto en el que es posible reiterar el argumento inicial de este capítulo, esto es, que la imagen actual de la prehistoria se despliega como un imponente, complejo y perturbador “paisaje” (en el sentido de representación) de las múltiples y

⁴⁴ Ver, sin embargo, la interesante discusión de Michael Clayton Wilson y James A. Burns sobre la plausibilidad del argumento original que explica las semejanzas tecno-tipológicas entre el sitio de la Mesa y Agate Basin a partir de una relación histórica inversa a la aquí considerada; es decir, que el complejo artefactual de Agate Basin tiene su origen en Alaska. “Searching for the Earliest Canadians: Wide Corridors, Narrow Doorways, Small Windows”, en *ibid*, especialmente pp. 228-231.

particulares vías que han tomado la evolución biológica y cultural de la humanidad en su conjunto, dentro de las regiones del espacio-tiempo que se extienden más allá de la memoria escrita.

La prehistoria tiene el potencial de *perturbar* cualquier intento de construir una imagen homogénea y hegemónica de la historia universal, es decir, cualquier intento de imponer alguna configuración histórico-social que transitoriamente haya adoptado algún sector de la humanidad (sea ésta civilización, raza, cultura, religión, utopía o lo que sea) como el *fundamento*, el *destino* o el *sentido* de la historia de todos los pueblos en todos los tiempos. Y ello en virtud de que, a contrapelo y en dirección al resquebrajamiento de la función de apología de la ideología del progreso que desde el siglo XIX la prehistoria ha desempeñado a través de la fabricación de pruebas de la excepcionalidad y universalidad de la *vía* de la civilización occidental, la ventana epistémica abierta por la prehistoria nos permite vislumbrar el hecho de que en toda su insondable duración geológica la historia humana está caracterizada por la diversidad y la no-linealidad o destino abierto de sus múltiples vías.

El flujo de la historia parece entonces consistir en el violento y complejo entrecruzamiento o enmarañamiento de las efímeras y diferentes mareas u olas en las que de continuo se atomiza y estabiliza la proteica sustancia del género humano. Primero, la cascada de los proyectos alternativos de humanidad creados por las distintas especies de homínidos, después el meandro de las múltiples tradiciones prehistóricas locales y los vaivenes de sus trayectorias históricas particulares. La construcción y el sentido de una historia verdaderamente universal o cosmopolita parece entonces consistir en aprender a reconocer y apreciar esta diversidad en *sí misma*, en los detalles únicos de cada una de sus singulares individuaciones. Buscar lo universal que se actualiza en lo particular, o el cosmos que crea la caótica diversidad de los mundos.

Así, de entre todas estas individuaciones, vemos cómo la indomable singularidad y diferencia de la prehistoria de las Américas, en su terco carácter anómalo y bizarro, nos aleja de la imagen de la historia como un río, con varias bifurcaciones y ramificaciones secundarias, es cierto; pero que, no obstante, se encontraría dominado por una corriente principal que emana del Viejo Mundo en la forma de la civilización occidental. Hace más de 12, 500 años el extremo austral de las Américas, la Tierra del Fuego, estaba habitada ya por seres humanos anatómicamente modernos, como elocuentemente atestigua el sitio prehistórico de Monte Verde; otros oscuros y perturbadores indicios nos inducen a pensar que otras partes del continente ya estaban habitadas desde entonces y que la duración de estas ocupaciones se hunde en la profundidad del tiempo geológico más allá de los límites que convencionalmente estamos dispuestos a aceptar.⁴⁵

⁴⁵ Al respecto, de entre la confusa y controversial marejada de información y discusiones sobre la prehistoria de las Américas más allá de Clovis, cabe mencionar dos notas. Primero, debajo del componente II de Monte Verde existen exiguos indicios de otra ocupación (un conjunto de presuntos artefactos de piedra) que parece remontarse hasta hace 33, 000 años. ver James M. Adovasio y D. R. Pedler, "Monte Verde and the Antiquity of Humankind in the Americas, en *Antiquity*, vol. 71, núm. 273, Septiembre de 1997, pp. 573-580.

Segundo, las investigaciones de Yuri Mochanov en Siberia Central han sacado a la luz el controversial y perturbador sitio de Diring Yuriakh en la terraza superior del río Lena en Yakutia. Se trata de una extensa (y presunta) superficie de ocupación sobre una interfaz de erosión de la terraza, sepultada por sedimentos eólicos, compuesta por posibles restos artefactuales que muestran patrones de distribución espacial y la posibilidad de reconstituir la "secuencia operacional" (*chaîne opératoire*) de producción de los "artefactos" (*unifacial shoppers*, en este caso). La datación por termoluminiscencia de los componentes fino-cristalinos de los sedimentos que subyacen y cubren la (presunta) superficie ocupacional le han asignado un *terminus post quem* de 370, 000 años AP y un *terminus ante quem* de 240, 000 años AP. Ello la coloca en el rango temporal del Paleolítico Inferior y lanza la escandalosa cuestión de la posibilidad de que homínidos pre-modernos (e.g. *Homo erectus*) hayan tenido la capacidad de habitar las regiones árticas. De ser así ¿no podría el poblamiento original de las Américas remontarse al llamado Paleolítico Inferior? Ver, Michael R. Waters, Steven L. Forman y James M. Pierson, "Diring Yuriakh: A Lower Paleolithic Site in Central Siberia", en *Science*, vol. 275, núm. 5304, Febrero de 1997, pp. 1281-1284.

¿Será que para explicar la Revolución cultural que representa el repentino, espectacular y (virtualmente) continental origen y extensión del horizonte Clovis, entendido en su sentido más amplio, no tenemos que invocar una prolongación, accesoria y tardía, del Paleolítico Superior euroasiático a las “vírgenes” tierras americanas?,⁴⁶ es decir, ¿será que el horizonte Clovis es un producto cultural *endógeno* de la singular naturaleza americana?⁴⁷ De ser así, el espectáculo de evolución cultural que exhibe la prehistoria de las Américas, desde las tradiciones paleoamericanas hasta las civilizaciones andinas, tropicales, mesoamericanas y los pueblos cazadores-recolectores históricos es un producto del continente americano totalmente independiente y desconectado desde su origen de las macro-dinámicas históricas del Viejo Mundo que; sin embargo, ostenta desconcertantes reminiscencias y paralelismos con ellas.

⁴⁶ El horizonte cultural Clovis puede ser la respuesta, la transformación tecnológica radical y masiva, a los dramáticos cambios climáticos del final del Pleistoceno, la difusión o evolución paralela de una nueva tecnología en poblaciones ya existentes a lo largo de todo el continente. Ver Robson Bonnichsen y Alan L. Schneider, “Breaking the Impasse on the Peopling of the Americas”, en *Ice Age Peoples of North America...*, antes citado, especialmente pp. 507-508.

⁴⁷ Es esencial enfatizar esta cuestión debido a que una de las secuelas del reconocimiento de la prehistoria americana más allá de Clovis ha llevado a la revitalización de la hipótesis de los orígenes de la cultura Clovis en una de las tradiciones del Paleolítico Superior europeo, en este caso el Solutrense ibérico; y a que, en ciertas ocasiones, la disputa sobre la conexión Clovis-Solutré parece estar reconduciendo a una nueva polarización que ignora la alternativa de los orígenes *endógenos* y busca ancestros en el Viejo Mundo: si no es Iberia, ¿entonces Beringia? En estas cuestiones, dado el estado del arte, ¿no deberíamos estar concentrando nuestra mirada arqueológica en el Sur del Nuevo Mundo? Esta cuestión rebasa los límites de la presente investigación así que sólo diré que el episodio más reciente de la disputa se concentra en la reciente aparición del libro de Dennis J. Stanford y Bruce A. Bradley, *Across Atlantic Ice. The Origin of America's Clovis Culture*, Berkeley, University of California Press, 2012. Para una de las ofensivas más contundentes de la posición contraria ver Lawrence Guy Straus, David J. Meltzer y Ted Goebel, “Ice Age Atlantis? Exploring the Solutrean-Clovis ‘Connection’”, en *World Archaeology*, vol. 37, núm. 4, «Debates in “World Archaeology”», Diciembre de 2005, pp. 507-532.

Una vez más, el descubrimiento del Nuevo Mundo, en este caso el de la prehistoria de las Américas apreciada y entendida en *sí misma*, como hace más de siglo y medio para Charles Darwin y más de dos siglos para Alexander von Humboldt lo fue la comprensión y valoración de la naturaleza americana en *sí misma*, nos lleva al borde de la imagen de un cosmos cuya unidad es la diversidad y cuya norma es la transgresión.

Pero, este perturbador (¿o prometedor?) panorama es apenas la débil y obscura imagen que, con dificultad, deja entrever el resquebrajamiento de la función de apología de la ideología del progreso que a lo largo de toda su historia ha tenido que desempeñar la prehistoria. Fijemos ahora en esta apología, por un momento, nuestra mirada para intentar entender su carácter.

CAPÍTULO 2. El siglo XIX, la prehistoria como apología del progreso

Impossible, après avoir visité les galeries de l'histoire du travail du Wurtemberg, de la Hongrie, de la Suisse, de l'Espagne, du Danemark, de la Suède et Norvège [sic], de la Russie, de l'Italie, de Rome même, de l'Angleterre, et surtout de la France, de mettre en doute la grande loi du progrès de l'humanité.

On voit l'industrie débiter par des instruments de pierre, simplement taillés à éclats, si primitifs, si rudimentaires, qu'ils sont de beaucoup inférieurs à tout ce que nous trouvons de nos jours chez les peuples sauvages les plus arriérés [...]

Pierre taillée à éclats, pierre polie, bronze, fer, sont autant de grandes étapes qu'a traversées l'humanité tout entière pour arriver à notre civilisation.

GABRIEL DE MORTILLET, *Promenades préhistoriques à l'Exposition Universelle*, 1867, pp. 184-185.

Liminar

El establecimiento de la gran antigüedad humana en 1859, como culminación y desenlace de una serie de discusiones suscitadas a lo largo del siglo sobre los orígenes y las historias natural y antigua de la humanidad, constituye el impulso intelectual esencial que acabaría de definir los contornos de la nueva sub-disciplina de la prehistoria. En las décadas que siguieron a este acontecimiento, una multitud de rápidos y espectaculares descubrimientos así como una seria reapreciación de otros tantos negados por las miradas científicas anteriores, profundizaron y complejizaron, por un lado, la incipiente imagen de los tiempos prehistóricos construida por los anticuarios y naturalistas escandinavos firmemente sobre la base del sistema de las tres edades;⁴⁸ por otro, dieron sustancia empírica a los argumentos sobre los

⁴⁸ De acuerdo con Trigger el proceso de construcción de la prehistoria en el siglo XIX fue impulsado por dos momentos sucesivos pero autónomos de elaboración epistemológica. El primero, fue la construcción del sistema de las tres edades por parte de la comunidad intelectual

orígenes naturales y la evolución biológica de la humanidad con la legitimación de los controversiales descubrimientos del hombre fósil.⁴⁹

Rápidamente, el trabajo conjunto de hombres de letras y de ciencia de los más diversos antecedentes pero con un interés común en la historia antigua

nórdica centrada en las figuras de Christian Jürgensen Thomsen, Sven Nilsson, Johannes Japetus Steenstrup y Jens J. A. Worsaae durante las décadas de 1820-1850; un sistema de caracterización tipológica y cronología relativa basado en el análisis, comparación y clasificación de *hallazgos cerrados* que, por primera vez, permitió el estudio de la historia de la antigüedad independientemente del recurso a las fuentes escritas. El segundo, al cual dedicamos nuestra atención en el presente apartado, fue la construcción de la arqueología del paleolítico, especialmente en Francia e Inglaterra, después de 1859. Cf. Bruce G. Trigger, “The Beginnings of Prehistoric Archaeology” en *A History of Archaeological Thought*, 2ª ed., antes citado, pp. 121-165. Acerca de las especificidades del sistema de las tres edades y su lugar fundamental en la historia de la arqueología ver de Bo Gräslund, “The Background to C. J. Thomsen’s Three Age System” y de Judith Rodden, “The Development of the Three Age System: Archaeology’s First Paradigm”, ambos en *Towards a History of Archaeology*, editado por Glyn Daniel, Londres, Thames and Hudson, 1981, pp. 45-50 y 51-68, respectivamente. Para la historia de la arqueología del paleolítico (i.e., la *préhistoire* propiamente dicha) ver el clásico libro de Donald K. Grayson, *The Establishment of Human Antiquity*, antes citado, y para una visión más particularizada y concentrada en el hexágono francés el libro de Marc Groenen, *Pour une histoire de la préhistoire. Le paléolithique*, Grenoble, Éditions Jérôme Millon, 1994.

⁴⁹ Precisamente, un episodio esencial en la historia de la paleontología humana (la “cara” o subcampo propiamente biológico de la prehistoria) fueron las polémicas suscitadas por el descubrimiento del famoso cráneo de Neandertal en la Prusia renana en 1856, ya que, en sí mismo y antes de la muerte de Charles Darwin, constituyó el único elemento empírico autorizado que apoyaba el argumento de los orígenes evolutivos de la especie humana a partir de un ancestro común con los otros primates. Naturalmente, el cráneo de Neandertal llevó a la reapreciación de descubrimientos previamente negados, como las cuidadosas excavaciones del hombre fósil en las cavernas de Liège (Bélgica) por parte de Philippe-Charles Schmerling durante la década de 1830, y a la realización de nuevos descubrimientos, especialmente los restos del “hombre de Spy” (Namur, Bélgica) en 1887, que confirmaban el *status* de especie del “hombre de neandertal”, y el del famoso *Pithecanthropus* u “hombre de Java” en 1891, que finalmente aportaba el tan añorado “eslabón perdido”. Ver el “sumario histórico” en la clásica (y todavía útil) síntesis del decano de la paleontología humana, Marcellin Boule, *Les hommes fossiles* (en mi caso cito la edición actualizada por Henri V. Vallois y traducida por Michael Bullock, *Fossil Men*, Nueva York, The Dryden Press, 1957).

de sus naciones europeas, comenzó a delinear una imagen compleja e inédita de los tiempos que se encuentran más allá de la época de los romanos y más allá de los primitivos usos del bronce: la Edad de la Piedra, más que un bloque homogéneo y monolítico, comenzó a exhibir la diversidad de sus manifestaciones regionales y locales, y el dinamismo de las transformaciones de sus largas y numerosas épocas. Así, por ejemplo, el sensacional descubrimiento de las llamadas “villas lacustres” o palafitos (*Pfahlbauten*) en los márgenes desecados de los lagos alpinos de Europa central, con su milagrosa preservación de todas las minucias del utillaje perecedero de sus habitantes prehistóricos, presentó al público ilustrado de Europa y el mundo una verdadera “instantánea” de la vida íntima y cotidiana de “los lacustres” que abría la posibilidad de hacer una verdadera (paleo-) etnografía de estas sociedades humanas de la Europa del Neolítico radicalmente diferentes a la sociedad industrial contemporánea.⁵⁰ Y, por otro lado, las investigaciones paleontológicas y geológicas en los abrigos rocosos del suroeste de Francia por parte de hombres de ciencia como Édouard Lartet, junto con el análisis y clasificación tecno-tipológica de sus conjuntos artefactuales sintetizado por Gabriel de Mortillet, sirvieron para aumentar la resolución temporal de la comprensión del Paleolítico hasta subdividirlo en varias “edades” o “épocas” que pintaban el cuadro del cambio y la evolución tecnológica en el trasfondo de los tremendas transformaciones climático-ambientales ritmadas por los vaivenes de las glaciaciones.⁵¹

⁵⁰ Acerca del inicio de las investigaciones sobre los *Pfahlbauten*, el inicio de la “arqueología lacustre”, en la Europa Alpina y especialmente en Suiza a mediados del siglo XIX, con una cuidadosa atención a las repercusiones que el “mito de los lacustres” tuvo en los espíritus románticos y nacionalistas de la época y el papel que en ello desempeñó el prehistoriador Édouard Desor, ver de nuevo la excelente biografía intelectual realizada por Marc-Antoine Kaeser, *L'univers du Préhistorien...*, antes citada, especialmente pp. 229-251 y 291-312.

⁵¹ Lartet y de Mortillet son reconocidos como los fundadores de la moderna periodización del Paleolítico en Europa occidental y, por ello, aparecen virtualmente en todas las historias de la

De tal modo, desde la primera década que siguió al establecimiento de la antigüedad humana en 1859 el naciente campo epistémico de la prehistoria exhibió su potencial de ser un instrumento para acceder a la diversidad de las formas de vida humana más allá de la memoria escrita y contraponerlas al discurso hegemónico que intentaba imponer una vía única del progreso universal; de tal suerte, no existía indicio alguno de una necesidad inherente a la prehistoria de llegar a ser un componente apologético, parte y parcela, de la ideología del progreso. De hecho, como argumentó el historiador del pensamiento arqueológico Bruce Trigger, en este momento fundacional la naciente prehistoria contenía el germen de las tres perspectivas teóricas generales que en su conflictiva coexistencia han marcado el carácter y el rumbo de la historia de la arqueología prehistórica hasta nuestros días: la perspectiva *evolucionista*, interesada en la comprensión de los procesos generales de evolución de las sociedades humanas, la perspectiva *histórico-cultural*, ocupada en la delineación de individuaciones culturales regionales y trayectorias históricas particulares, y la perspectiva *funcional-procesual*, consagrada a la elucidación de las estructuras que regulan el funcionamiento y el cambio de formaciones sociales concretas.⁵²

Si esto es así, si desde el principio la prehistoria contenía una multiplicidad de perspectivas posibles y complementarias, ¿cómo se explica que la perspectiva evolucionista haya sido la primera en realizarse, que se haya convertido en un componente integral de la ideología del progreso y que, en esta forma, haya ejercido una influencia hegemónica en el carácter y la historia de la disciplina en su conjunto? En este segundo capítulo revisaremos las líneas

prehistoria. Aparte de las referencias dadas en las notas anteriores de este apartado, ver sus entradas correspondientes en la *Encyclopedia of Archaeology. The Great Archaeologists*, editada por Tim Murray, 2 vols., Santa Barbara, California, ABC-CLIO, 1999 (para de Mortillet), y en el *Dictionnaire biographique d'archéologie, 1798-1945*, de Ève Gran-Aymerich, París, CNRS Éditions, 2001 (para ambos).

⁵² Bruce G. Trigger, *A History of Archaeological Thought*, 2ª ed., antes citado, pp. 136-138 y 532-538.

generales que intentan esbozar la respuesta a estas cuestiones y en el capítulo siguiente (i.e., el capítulo 3) nos concentraremos en una pregunta accesoria, que es, ¿qué lugar ocupó, o qué papel desempeñó el Nuevo Mundo, las Américas, en el proceso de construcción de la disciplina de la prehistoria en el siglo XIX? La respuesta a esta última pregunta es de especial importancia para nuestra investigación, ya que ella define el contexto epistemológico e histórico general en el que se llevó a cabo la construcción de la prehistoria en las naciones americanas incluyendo, naturalmente, a la nación mexicana.

El Zeitgeist decimonónico

La forma real, efectiva, que la prehistoria tomó en su institucionalización originaria, después de 1859 en Europa occidental, no fue ni el resultado de una necesidad inherente a ella ni el veleidoso efecto de las circunstancias o las conjuras de unos cuantos intelectos excepcionales; la figura real de la prehistoria en su primera institucionalización fue el producto del diálogo complejo y conflictivo entre, de un lado, los procesos socio-históricos esenciales que definieron el sentido o el “espíritu de la época”, el *Zeitgeist*, y del otro, las acciones concretas que individual y colectivamente realizaron los actores de su institucionalización para negociar la realización de sus proyectos en contra del imparable flujo de las estructuras históricas. Exploremos ambos factores de la ecuación.

En primer lugar, si nos preguntamos cuál es el sentido histórico profundo y esencial del siglo XIX, es decir, cuáles fueron las contradicciones o los problemas históricos fundamentales que colectivamente tuvieron que enfrentar los individuos de la época, cuya solución ocupó sus vidas e intelectos y por ende definió el carácter de su tiempo, podemos decir, siguiendo a Immanuel Wallerstein, que el siglo XIX fue el siglo que tuvo que vérselas y

lidiar con los efectos y las consecuencias globales de la Revolución Francesa.⁵³ Entendida como una revolución total de las estructuras culturales tradicionales de la civilización occidental del Antiguo Régimen, realizada como respuesta a las grandes transformaciones sociales que la construcción y la existencia de una economía-mundo capitalista habían producido entre los siglos XVI y XVIII; y como tentativa fallida de universalización de los beneficios espirituales de la Ilustración y de realización de las promesas de abundancia, riqueza y bienestar terrenal ilimitados del progreso científico-tecnológico, la Revolución Francesa dio origen a las dos tendencias contradictorias que han desgarrado la historia de los tiempos modernos.

Por un lado, el surgimiento de una movilización popular de escala planetaria que sistemática y conscientemente pugna por la destrucción de las jerarquías y los privilegios tradicionales y su sustitución por un régimen inédito de democratización radical de las bondades intelectuales y materiales de la modernidad; es decir, el origen de los llamados movimientos *antisistémicos*. Por el otro, la posibilidad de llevar a su desarrollo pleno y perfecto a la economía-mundo capitalista, a través de una reconfiguración global de la sociedad que perfeccionara y perpetuara el funcionamiento de la tecnología del capital, con su producción y acumulación ilimitadas de riqueza para unos cuantos en detrimento de las mayorías.

Del choque de estas tendencias el siglo XIX vio nacer un Nuevo Régimen acechado y confrontado perpetuamente por la “cuestión social” planteada por la demanda radical de democratización de las llamadas “clases peligrosas” que, no obstante, consiguió llevar a la cúspide de su desarrollo a la economía-mundo capitalista con Europa occidental como centro hegemónico de un sistema (virtualmente) de alcances planetarios. Así, bajo la égida de

⁵³ Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System IV. Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, The University of California Press, 2011. Para la contextualización general del sentido del siglo XIX histórico ver, también, la “Introducción general” de nuestra presente investigación.

Europa la reconfiguración decimonónica del mundo se fundó en cuatro pilares: 1) la construcción de un sistema de valores culturales compartidos que conciben el cambio social como un proceso normal que no debe ser realizado de manera radical y violenta sino de manera racional y progresiva a través de una serie de reformas planeadas y llevadas a cabo por un grupo de ciudadanos eminentes elegidos democráticamente y en quienes reside (temporalmente) la soberanía popular; i.e. la llamada *geocultura* liberal, 2) la construcción del sistema de Estados-Nación modernos que, por un lado, confina el ejercicio de la soberanía popular dentro de los límites de la nación en cuya nueva identidad se disuelven todos los vínculos tradicionales y se funda el patriotismo y el acrecentamiento de la riqueza nacional y que, por otro, asegura la jerarquía de las naciones dentro de un sistema interestatal internacional, 3) la construcción del concepto moderno de ciudadanía como un sistema clasificatorio que distingue a los “ciudadanos activos” (i.e. con pleno uso de la soberanía) de los “ciudadanos pasivos” (i.e. excluidos del ejercicio de la misma) a partir de la naturalización de viejas y nuevas categorías binarias de inclusión/exclusión, y 4) la construcción de las ciencias sociales como cosmovisión legitimadora y como instrumento de ingeniería social para dar solución racional a la “cuestión social”.

La confección de la sub-disciplina de la prehistoria fue, es cierto, un componente menor del proceso general de construcción de las ciencias sociales durante la segunda mitad del siglo XIX; no obstante, como tal, al igual que las disciplinas mayores de la ciencia social (e.g. economía o sociología), su destino estuvo íntimamente ligado a la solución de las grandes cuestiones histórico-sociales del siglo, en la construcción de los cuatro pilares del Nuevo Régimen. Concretamente, su posición de ciencia marginal-liminar en la frontera entre la historia de la vida (con su afinidad a las nuevas ciencias de la paleontología y la geología) y la historia humana (con su parentesco con las nascentes disciplinas de la historia y la antropología) la facultaba, en el primer caso, para

desempeñar un papel importante en la elucidación de la naturaleza y funcionamiento del cambio social, a través del estudio y la ilustración de los orígenes primitivos de la humanidad y su progreso hasta la civilización industrial contemporánea; y en el segundo caso, para consagrarse a la construcción de las nuevas identidades nacionales e historias patrias así como, más en general, a la delineación de la identidad moderna de la civilización occidental por oposición al mundo no-occidental e incivilizado (i.e., los así llamados “bárbaros” y “primitivos”). El carácter que tomó la actualización de este doble potencial epistemológico, en una u otra dirección, dependió de las acciones y elecciones de los actores de su institucionalización.

La construcción de la prehistoria en la Europa decimonónica

Si, en un segundo momento de nuestro argumento, nos preguntamos cuál fue el conjunto de circunstancias y acciones concretas que definieron el perfil de la prehistoria en su institucionalización original, podemos decir, siguiendo al historiador de la arqueología Marc-Antoine Kaeser, que una parte fundamental de la respuesta tiene su base en las “raíces internacionales” o “cosmopolitas” de la disciplina, en las acciones organizadoras de sus promotores a favor de esta inclinación internacionalista.⁵⁴ Si bien es cierto que, desde un inicio, las profundas connotaciones evolucionistas del sistema de las tres edades y el origen en las ciencias de la tierra del método estratigráfico de la prehistoria exhibieron tanto la afinidad que la nueva disciplina tenía con los métodos inductivos y universalistas de la ciencia natural, así como su gran atractivo para con los nuevos promotores de las doctrinas del progreso secular de la

⁵⁴ Marc-Antoine Kaeser, “On the International Roots of Prehistory”, en *Antiquity*, vol. 76, núm. 291, Marzo de 2002, pp. 170-177. Para un desarrollo más particularizado y minucioso de esta misma tesis, que rastrea en fuentes documentales inéditas (e.g. epistolarios) el papel protagónico que dos individuos (i.e., Gabriel de Mortillet y Édouard Désor) tuvieron en el proceso, ver el capítulo “L'épanouissement du préhistorien”, en la biografía histórica del mismo autor, *L'univers du préhistorien...*, antes citada, pp. 291-356.

humanidad (y un poco más tarde para los promotores del transformismo en las ciencias naturales), lo cual en principio parecía plantear la promesa de popularidad y apoyo de sendos sectores de la comunidad científica, el hecho es que los iniciadores de la prehistoria llegaron como una minoría de *amateurs* a un campo saturado y con una añeja tradición: la *historia de la antigüedad*.

En la Europa decimonónica la historia de la antigüedad era un campo del saber con una tradición intelectual que se remontaba al menos al Renacimiento, que comprendía el estudio de las tradiciones escritas y los monumentos, artefactos y vestigios materiales que se remitían a los primeros tiempos históricos, anteriores al Imperio Romano, con el doble objetivo de reconstituir, por un lado, las raíces y la genealogía de las distintas naciones europeas y, por otro, el origen de la cultura o civilización occidental en su conjunto a partir de la civilización helénica clásica. Por ende, en términos generales se dividía en el estudio de las antigüedades nacionales y en el de la antigüedad clásica greco-romana. Más allá de sus orígenes intelectuales en el humanismo renacentista y su existencia como tradición marginal del saber,⁵⁵ las dos vertientes de la historia de la antigüedad experimentaron su gran impulso hacia la institucionalización después de la Revolución Francesa: de un lado, con la creación de asociaciones locales, provinciales y en algunos casos nacionales de anticuarios, sobre todo en los países de la Europa nórdica que carecían de importantes vestigios de la ocupación romana y, por el contrario, importantes testimonios del pasado pre-romano (e.g. celtas, germanos,

⁵⁵ Para la historia del *anticuarismo* europeo desde una amplia perspectiva comparativa que lo analiza como parte constitutiva de la relación general de los seres humanos con el pasado y que por ello no se limita al periodo que va del Renacimiento al surgimiento de la prehistoria, sino que lo interpreta en conjunto con las prácticas del *anticuarismo* en la Edad Media, la antigüedad Greco Romana y la antigüedad del Oriente próximo y lejano, ver el interesante libro de Alain Schnapp, *La conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*, París, Éditions Carré, 1993.

etcétera);⁵⁶ del otro, con la construcción de instituciones mayoritariamente de carácter nacional y en casos especiales internacional para el estudio de la antigüedad clásica *in situ*, como las distintas “Escuelas” europeas en Atenas y Roma o el internacional *Instituto di Corrispondenza Archeologica*.⁵⁷

El punto es que para cuando la prehistoria comenzó a definirse como un campo marginal del saber después del establecimiento de la antigüedad humana en 1859, i.e. (ya lo hemos visto) como la dimensión espacio-temporal de las manifestaciones humanas que se encuentran más allá de la memoria literaria y como la sub-disciplina científica que se ocupa de ellas a partir del estudio de los restos de la cultura material, ya existía, a todo lo largo y ancho de Europa, una densa y robusta red de instituciones intelectuales que monopolizaban y se repartían el estudio de la historia de la antigüedad. Una red que, más allá de las especificidades locales y los conflictos entre comunidades y tradiciones divergentes, se veía unificada en un nivel epistemológico esencial

⁵⁶ Ver los capítulos correspondientes en Bruce G. Trigger, *A History of Archaeological Thought*, 2ª ed. Antes citado.

⁵⁷ El *Instituto di Corrispondenza Archeologica* (*Institut für archäologische Korrespondenz*) fundado en Roma en 1829 con el patrocinio del príncipe heredero de Prusia gracias al cabildeo del embajador prusiano en Roma C. J. Bunsen y el arqueólogo y filólogo germano Eduard Gerhard, representa la cristalización de las aspiraciones neo-humanistas de la Europa de después de las guerras napoleónicas por tener un espacio de cooperación internacional para el estudio e incremento sistemático de las inscripciones y monumentos que contribuyera al conocimiento positivo de la antigüedad clásica, como componente empírico esencial del nuevo modelo de formación humanista-filológica de la alta cultura europea representada especialmente por el modelo de la *Bildung* de la Prusia de los tiempos de las reformas culturales de Wilhelm von Humboldt. Durante su historia, que se extiende hasta su transformación en el imperial *Deutsches Archäologisches Institut* con la unificación alemana en la década de 1870, fue un lugar de (tensa) cooperación entre los clasicistas de las principales naciones europeas (Inglaterra, Francia, el mundo de las provincias italianas y la esfera germánica) y de progresivo y apabullante dominio, dentro del campo de los estudios clásicos, de la “ciencia de la antigüedad” germana (*Altertumswissenschaft*) de núcleo epistemológico filológico e historicista. Ver la excelente historia de la hegemonía del filhelenismo en las prácticas y las instituciones culturales en la historia moderna de Alemania, de Suzanne L. Marchand, *Down from Olympus. Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1996.

por una perspectiva que privilegiaba el estudio de las tradiciones literarias, la exégesis, la filología y la hermenéutica, como vías de acceso al pasado a las cuales se subordinaba la comprensión de los objetos, monumentos y vestigios de la cultura material; cuya máxima y más prestigiosa expresión fue representada por la “ciencia de la antigüedad” germana, la *Altertumswissenschaft*.⁵⁸ La prehistoria tuvo que luchar para abrirse un espacio dentro de esta apretada e intrincada red.

Ahora bien, de todas las naciones europeas de la segunda mitad del siglo XIX fue en Francia donde la prehistoria logró abrirse (con dificultad) tal espacio para echar las raíces institucionales relativamente más estables y alcanzar su máximo florecimiento intelectual, ¿cómo se explica esto? Sin ofrecer una respuesta completa, podemos mencionar al menos tres factores que nos ayudan a entender la importancia del hexágono francés en los orígenes de la disciplina, que son: 1) la excepcional riqueza de sus yacimientos prehistóricos, 2) un ambiente intelectual propicio para las nuevas disciplinas que promovían el conocimiento positivo y progresista y 3) las hábiles maniobras organizativas de la comunidad intelectual fundadora, que supieron sacar provecho de los otros factores.

De entrada, ahora sabemos que la mayor parte de Inglaterra, los países escandinavos y el norte de Alemania se encontraban bajo la monumental extensión de los glaciares durante la Era de Hielo y que por ende estas regiones extremo-septentrionales carecen casi por completo de vestigios de la ocupación humana que se remontan a los tiempos paleolíticos. Al contrario, las regiones meridionales que en tiempos de las glaciaciones fueron “periglaciares” o que en general se encontraban al sur de la masa glaciaria poseen ricos vestigios de la ocupación humana que se remontan hasta el Paleolítico Inferior. Especialmente, las formaciones sedimentarias del suroeste de Francia y del noreste de la península ibérica han ofrecido siempre excelente refugio para la

⁵⁸ *Ibid.*

habitación animal y humana, en sus abundantes grutas y abrigos rocosos, y han sido el lugar propicio para la formación y conservación de milenarias capas que testimonian la inter-estratificación de sucesivas y extensas ocupaciones humanas.⁵⁹

Naturalmente, el contar con estos excepcionales archivos (pre-) históricos, en sus grutas, abrigos rocosos, y sitios de *plein air* convertía a Francia en el lugar idóneo, dentro de Europa, para emprender el estudio de la antigüedad más remota, los tiempos prehistóricos que se extienden mucho más allá de los primeros testimonios escritos sobre la Galia de la época de los romanos. No obstante, para entonces, como hemos visto, el estudio de la historia de la antigüedad estaba concentrado en una red de instituciones con una perspectiva que subordinaba la comprensión de los vestigios materiales a la interpretación de tradiciones escritas y ello representaba un pronunciado sesgo epistemológico que inhibía el desarrollo de los sofisticados procesos de estratigrafía geológica necesarios para el aprovechamiento de los mencionados archivos prehistóricos. Concretamente, en la Francia del Segundo Imperio (1852-1870) la infraestructura para el estudio de la historia de la antigüedad se encontraba dividida, por un lado, en varias tentativas por federar la multitud de asociaciones locales de anticuarios en una institución profesional y centralizada, que culminaron con la creación de la *Commission de topographie des Gaules* en 1858, y por otro, con una centralización efectiva del estudio de la antigüedad ultramarina y colonial en la *Académie des inscriptions et belles-*

⁵⁹ James R. Sackett es quien ha señalado enfáticamente el papel protagónico de la excepcional geología del hexágono (no sólo los abrigos rocosos, sino también las terrazas aluviales y los depósitos de *plein air*) en los orígenes y la preponderancia de la prehistoria francesa, ver “Human Antiquity and the Old Stone Age: The Nineteenth Century Background to Paleoanthropology”, en *Evolutionary Anthropology*, vol. 9, núm. 1, 2000, pp. 37-49. Para una visión “interna” de la geología de los abrigos rocosos de una de las regiones clásicas de la prehistoria francesa, i.e. el Périgord, ver Henri Laville, Jean-Philippe Rigaud y James R. Sackett, *Rockshelters of the Perigord. Geological Stratigraphy and Archaeological Succession*, Nueva York, Academic Press, 1980.

lettres, con un claro dominio de una perspectiva clasicista; sobre todo desde que dicha institución tomó el control y se encargó de la reorganización y modernización científica de la *École d'Athènes* en 1850.⁶⁰

Paralelamente, las dos décadas que siguieron a la publicación de *On the origin of Species* en 1859 fueron los años de las intensas polémicas sobre las tesis de Darwin y de la aceptación final de una versión depurada de sus implicaciones más radicales (i.e. la historicidad abierta del mecanismo de la selección natural) de la idea de la evolución por parte de la vanguardia científica de Inglaterra y Francia. Una versión de la evolución que daba cabida a la finalidad, la linealidad y el diseño inteligente como motores de la evolución y que se sustentaba y legitimaba empíricamente en los grandes descubrimientos paleontológicos del momento y en las monumentales reconstrucciones de los árboles genealógicos de la vida en la tierra, que pintaban la historia del progreso de la vida como un ascenso continuo y prediseñado desde los protozoarios hasta su culminación en el surgimiento de la especie humana.⁶¹ En este contexto, naturalmente, las nuevas ciencias de la geología y la paleontología se ganaron un lugar privilegiado dentro de las ciencias naturales que ejerció una gran influencia y fascinación entre los sectores progresistas de las clases dirigentes, quienes en esos momentos se ocupaban en la reforma de la sociedad y la solución de los problemas sociales fundados en la creencia de la naturalidad e inevitabilidad del progreso, puesto que ambas ciencias aportaban, presuntamente, la prueba positiva de que el progreso era una “ley universal”.

Finalmente, dado este par de circunstancias de la historia intelectual de la Europa y, concretamente, de la Francia de la segunda mitad del siglo

⁶⁰ Ver Ève Gran-Aymerich, *Naissance de l'archéologie moderne, 1798-1945*, Paris CNRS Éditions, 1998.

⁶¹ Ver Peter J. Bowler, *Evolution. The History of an Idea*, edición del 25º aniversario, Berkeley, University of California Press, 2009; especialmente el capítulo “The Reception of Darwin’s Theory”, pp. 177-223.

XIX, es posible interpretar las vías hacia la institucionalización que efectivamente eligieron los fundadores de la prehistoria como una doble estrategia de diferenciación/identificación. Pues, primero, para escapar del dominio que las instituciones existentes de la historia de la antigüedad ejercían en las escalas local, regional, nacional y ultramarina-colonial ellos optaron por la neutralidad y autonomía relativas que ofrecía el *internacionalismo*. Así, entre 1865 y 1867 los promotores transalpinos de la nueva perspectiva prehistórica lograron construir el *Congrès international d'anthropologie et de archéologie préhistoriques*; una institución que, emulando el espíritu internacionalista de la confederación helvética, logró unificar a la multitud de hombres de ciencia favorables a la nueva disciplina, dispersos en varias de las naciones europeas, en una sola comunidad intelectual internacional que escapaba de la autoridad de las instituciones nacionales ya existentes al fundar su autonomía e identidad en la ascendencia de su comité internacional.⁶² El Congreso logró su reconocimiento y legitimación ante el *establishment* intelectual durante su espectacular participación en la Exposición Universal de París de 1867 y desde ahí se convirtió en el escaparate que promovió la construcción de bases institucionales precarias pero (a su escala sub-disciplinar) relativamente sólidas de la prehistoria a escala nacional.⁶³

⁶² El Congreso fue fundado gracias a las maniobras de Gabriel de Mortillet durante la reunión extraordinaria de la Sociedad Italiana de Ciencias naturales en la Spezia en 1865, su primera reunión se realizó en Neuchâtel al año siguiente y la segunda en París en 1867 donde adoptó el nombre de *Congrès international d'anthropologie et d'archéologie préhistoriques*. Ver “Les Congrès internationaux de préhistoire”, en Marc-Antoine Kaeser, *L'univers du préhistorien...* antes citado, pp. 341-352.

⁶³ Para el papel fundamental del Congreso en la ulterior construcción de la prehistoria a escala nacional ver Marc-Antoine Kaeser, “On the International Roots of Prehistory”, antes citado. Concretamente, en Francia el Congreso contribuyó a la consolidación del proyecto de la comunidad intelectual agrupada en torno a la revista de Gabriel de Mortillet, *Materiaux pour servir à l'histoire positive et philosophique de l'homme*, y a la reorientación hacia la arqueología prehistórica del *Musée des antiquités nationales* en Saint-Germain-en-Laye, con la entrada de de

Segundo, para lograr la legitimación y el desarrollo de su perspectiva original de estudio de la historia humana a través de los restos de la cultura material, los fundadores de la prehistoria eligieron emular e identificarse con los modelos de científicidad desplegados por las prestigiosas ciencias de la geología y la paleontología. Así, en la vehemente multiplicación de las excavaciones de los yacimientos prehistóricos de Europa y especialmente de Francia, que acompañó y siguió a la consolidación de la sub-disciplina de la prehistoria, los nuevos investigadores garantizaron la objetividad de su proceder y el carácter positivo de sus interpretaciones al hacer suyos el lenguaje y los útiles metodológicos y epistemológicos de ambas ciencias naturales y transferirlos a la esfera de la historia humana.⁶⁴

Concretamente, dos útiles metodológicos pasaron a conformar el núcleo epistemológico de la nueva disciplina: la *estratigrafía* y el principio clasificatorio del *fossile directeur*. La primera, a partir de la inferencia retrospectiva del carácter y el orden de deposición de los estratos geológicos, hizo posible el control de la dimensión temporal en la historia humana más allá del recurso a los sistemas cronológicos fundados en la escritura, al diferenciar y asignar los restos de la cultura material a sus posiciones relativas dentro de la secuencia estratigráfica global. El segundo, proveniente de la anatomía comparada, con su búsqueda de indicios de semejanzas marginales pero significativas entre las formas de vida actual y los restos fósiles de las formas extintas para intentar reconstituir, a partir de exiguos vestigios como un diente o una huella, los minuciosos detalles y el carácter general de los organismos

Mortillet en dicha institución en 1868. Ver Ève Gran-Aymerich, *Naissance de l'archéologie moderne...*, antes citado.

⁶⁴ Para una visión sintética de esta historia de la construcción metodológica y epistemológica de la prehistoria, de la mano de la geología y la paleontología, ver el artículo de James R. Sackett, "From de Mortillet to Bordes: A Century of French Palaeolithic Research", en *Towards a History of Archaeology...*, antes citado, pp. 85-99. Para una visión detallada y pormenorizada, ver el libro de Marc Groenen, *Pour une histoire de la préhistoire...*, antes citado.

vivientes de las eras geológicas pasadas, transferido a las ciencias sociales, hizo posible la reconstitución y clasificación de las formas de vida humana del pasado, a partir del análisis tipológico de los exiguos restos de su industria.⁶⁵

Desenlace

Recapitulando, tenemos: primero, que al establecimiento de la antigüedad humana y la publicación de *On the Origin of Species* en 1859 siguió un impulso para consolidar y culminar el proceso de construcción de una nueva perspectiva de estudio de la historia humana más allá de la memoria literaria a través de los restos de la cultura material, iniciado con la elaboración del sistema de las tres edades. Segundo, que este impulso se hizo sentir dentro de las circunstancias intelectuales específicas de la Europa decimonónica que, a este respecto, estaban caracterizadas, por un lado, por el dominio del estudio de la historia de la antigüedad por una tradición de marcado sesgo clasicista y anticuarista-nacionalista, por otro, por el prestigio de las progresistas ciencias de la geología y la paleontología. Tercero, que, dadas estas circunstancias, los fundadores de la prehistoria elaboraron una doble estrategia de construcción disciplinaria basada, de un lado, en el alejamiento y diferenciación del sesgo clasicista y la institucionalidad nacionalista de la historia de la antigüedad, en

⁶⁵ En su interesante ensayo sobre el parentesco epistemológico existente entre los métodos de representación de las series de semejanzas de una población dada en los retratos compuestos de Francis Galton y los “árboles genealógicos” de la filología y la paleontología, Carlo Ginzburg señala, de paso, el íntimo parentesco epistemológico que relaciona al método clasificatorio basado en el *fossile directeur*, con el método de la crítica textual fundado en el *Leitfehler*, el “error convergente” o “director”. Ambos (en alemán *fossile directeur* es *Leitfossilien*) se sirven de la búsqueda de semejanzas entre indicios anómalos y marginales dentro de series de estructuras anatómicas, de un lado, y series de versiones textuales, del otro, con la intención de reconstituir las distintas formas originales de cada uno de los eslabones y su posición en la secuencia del árbol filogenético global de la serie. Ver “Semejanzas de familia y árboles de familia: dos metáforas cognoscitivas”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, año 4, núm. 7, Septiembre de 2006-Febrero de 2007, pp. 17-36 (publicado originalmente en *Critical Inquiry*, núm. 30, primavera de 2004).

la construcción de una disciplina internacionalista, del otro, en el acercamiento e identificación con la geología y la paleontología al fundar la epistemología de la prehistoria en la estratigrafía y el principio del *fossile directeur*. Cuarto, que dados sus privilegiados recursos en yacimientos prehistóricos, su clima intelectual favorable y la preponderancia de sus instituciones culturales (que ofrecían el espacio para una nueva sub-disciplina científica marginal) Francia se convirtió en la nación europea donde la nueva disciplina alcanzó su mayor florecimiento.

Las consecuencias de la adopción de dicha estrategia doble de construcción disciplinar han sido fundamentales y definitorias de la trayectoria general que ha tomado la prehistoria a lo largo de toda su historia; naturalmente, sus efectos globales pueden caracterizarse también como *dobles*. En primer lugar, el alejamiento y diferenciación con respecto a la historia de la antigüedad terminó por convertirse en enajenación o alienación radicales del núcleo epistemológico humanista de la historia. Al trazar la artificial frontera disciplinar entre la historia y la pre-historia esta última abandonó el fundamental recurso metodológico que brindan la filología y la hermenéutica en la interpretación de los “documentos prehistóricos” y, asimismo, privilegió un enfoque universalista concentrado en la reconstrucción de las líneas generales y los macro-procesos de evolución de la especie humana en detrimento de la reconstitución de las particularidades culturales y las trayectorias históricas locales y divergentes. Con ello, la prehistoria inhibió (temporalmente) su potencial de desempeñar un papel protagónico en la construcción de los nacionalismos como uno de los pilares del Nuevo Régimen centrista liberal y la elaboración de una perspectiva arqueológica general concentrada en la reconstrucción de los orígenes y el devenir de las identidades

de las naciones modernas en los tiempos prehistóricos, la llamada perspectiva *histórico-cultural*.⁶⁶

En segundo lugar, el acercamiento e identificación con la paleontología y la geología acabaron convirtiéndose en un compromiso con las doctrinas del evolucionismo progresista pregonadas en tiempos de la discusión y aceptación expurgada de las tesis de Darwin (i.e. las dos décadas que siguieron a la publicación de *On the Origin of Species*). Si bien es cierto que el nacimiento reciente de la sub-disciplina imponía como una necesidad y una condición epistemológica para su desarrollo la construcción de una periodización general de los tiempos prehistóricos que sirviera como columna vertebral para fundar y orientar la ulterior exploración de las particularidades y las divergencias locales, el hecho es que el núcleo de la comunidad internacional de prehistoriadores, concentrado en torno a la figura de Gabriel de Mortillet, optó por hacer de esta dedicación a la cuestión cronológica la actividad *exclusiva* y *definitoria* de la práctica científica de la prehistoria del momento.

Más allá de los matices regionales del folklore y, en general, de la ambigua obscuridad mitológica que envuelve a las tradiciones (orales o

⁶⁶ Al contrario, el *fin de siècle* fue la coyuntura histórica que cobijó la gestación de la susodicha perspectiva *histórico-cultural*, desde la monumental síntesis de la prehistoria europea de Oscar Montelius, que mostraba ya su compleja regionalización y sus ramificaciones divergentes, hasta la invención, por parte de Gustaf Kossina, de un concepto de “cultura arqueológica” que identificaba fatal y tiránicamente los conjuntos artefactuales específicos de un tiempo y región particulares con una identidad étnico-lingüístico determinada (*Kultur-gruppen*). Después de la Gran Guerra (1914-1919), con la exacerbación de los nacionalismos, esta perspectiva se convirtió en un instrumento esencial para la construcción de la historia patria y la identidad nacional, lo cual la elevó al status de perspectiva hegemónica de la arqueología prehistórica y la llevó a protagonizar la construcción de la disciplina a nivel mundial en los nuevos Estados-Nación del periodo de entre-guerras. Ver “Culture-Historical Archaeology”, en Bruce G. Trigger, *A History of Archaeological Thought*, 2ª ed., antes citado, pp. 211-313; así como la “Introducción general” de nuestra presente investigación.

escritas) sobre la antigüedad más remota y los primeros tiempos, el método estratigráfico parecía permitir exhumar y ordenar los vestigios materiales y positivos, los *fósiles*, que (en cierto sentido y pretendidamente) “demostraban” la trayectoria general de progreso que (supuestamente) había seguido la industria humana en su conjunto y, de la mano de ella, el progreso material y espiritual de la especie humana. De tal modo, la prehistoria parecía aportar la pieza final para extender la desacralización de la Revolución científica a la historia humana: ella no era el producto de una discontinuidad sobrenatural; sino el efecto del funcionamiento continuo de una “ley universal del progreso”, supuestamente imbuida en la materia que atravesaba y unía los mundos inorgánico, orgánico y humano.

Asimismo, la presunta “universalidad” de esta “ley”, parecía hacer posible que, al igual que la paleontología, la prehistoria recurriese a los remanentes de las formas de vida humana del pasado, en este caso las sociedades despectivamente conceptualizadas como “desterradas” y desamparadas” en los “confines del mundo”, verdaderos “*fósiles* vivientes”, para reconstruir a través de la anatomía comparada todas las particularidades de los (supuestos) estadios primitivos del progreso humano. De tal modo, a través de este uso analógico de los pueblos de cazadores-recolectores, junto con los pescadores, pastores y agricultores del mundo no europeo, extraños pero contemporáneos y vinculados a la civilización industrial de Occidente, la prehistoria aportó su contingente para operar, de la mano de la antropología victoriana, la fundamental transformación epistemológica del *salvaje* al *primitivo*. Es decir, la mutación de la optimista visión ilustrada que explicaba el estado de precariedad y abyección con respecto al entorno natural en el que, presuntamente, se encontraban los pueblos iletrados de los confines inhóspitos del mundo, ajenos y alejados de las “altas” culturas de Oriente y Occidente, como una condición de “degeneración” o “caída en la barbarie”, de regresión a la condición original o *salvaje* del género humano, de la cual podían escapar y

redimirse a través de una evangelización y educación bien intencionada y gestionada por las “sabias” políticas coloniales de los países civilizados; y la sustitución de esta visión por aquella fatalista de finales del siglo XIX que explicaba esta misma (y supuesta) “condición abyecta” como un mal congénito de una “sub-especie” del género humano creada en su adaptación a la periferia del mundo y, por tanto, imposible de redimir y únicamente objeto de curiosidad, disciplina y eventual desaparición. Los llamados pueblos *primitivos*, como “callejones sin salida” evolutivos.⁶⁷

Fue así, finalmente, como en sus orígenes la disciplina de la prehistoria definió tanto una ética científica que la emparentaba con las ciencias naturales y la enajenaba de la hermenéutica y la filología, así como una perspectiva universalista-evolucionista que la comprometía de lleno con la construcción y justificación de la doctrina del progreso universal; componente epistemológico fundamental de la *geocultura* centrista-liberal que excluía toda consideración de las diferencias y singularidades de los tiempos prehistóricos en *sí mismos*, y no como prólogo de una narración que ponía a la civilización industrial de la Europa occidental decimonónica como culminación y destino del progreso del universo.

La nueva sub-disciplina de la prehistoria hizo su presentación triunfal (por así decirlo, a la escala de su situación marginal), dentro del mundo de la cultura europea, durante la Exposición Universal de París de 1867. Como

⁶⁷ Sobre el papel de la prehistoria en la construcción de la imagen moderna del “primitivo” como categoría esencialmente biológico-racial (más que histórico-cultural), de la mano de su estrecha vinculación con la biología y la paleontología decimonónicas, ver el agudo ensayo de Peter J. Bowler, “From ‘Savage’ to ‘Primitive:’ Victorian Evolutionism and the Interpretation of Marginalized Peoples”, en *Antiquity*, vol. 66, núm. 252, Septiembre de 1992, pp. 721-729. Para el cuadro histórico general de la construcción de la antropología victoriana, de su complejo vínculo con el pensamiento evolucionista desde antes de Darwin, sus interrelaciones con el contexto cultural de la Inglaterra en plena hegemonía mundial, y de la incidencia de todo esto en la construcción de la imagen moderna, racista y euro-centrada de los pueblos primitivos, ver la clásica obra de George W. Stocking Jr., *Victorian Anthropology*, Nueva York, The Free Press, 1987.

vimos, dicha exposición no sólo fue el marco de la realización del *Congrès international d'anthropologie et d'archéologie préhistoriques*; sino que su *Galerie de l'histoire du travail* fue el escaparate para exhibir los objetos prehistóricos provenientes de las excavaciones realizadas por toda Europa, reunidos por primera vez y organizados en una serie abstracta que representaba los estadios sucesivos que (supuestamente) había atravesado el progreso continuo de la técnica en el mundo occidental. Un progreso técnico que, visto desde una perspectiva comparada con los objetos y los artefactos del mundo no occidental, de las “civilizaciones orientales” y los “pueblos primitivos”, exhibidos en las secciones *folklóricas* y *coloniales* de la Exposición, presumía revelarse como verdaderamente “universal” y como demostración material de las (tan mentadas como artificiales) “excepcionalidad” y “superioridad” de la civilización occidental.⁶⁸

La Europa decimonónica construyó una visión de la historia universal que incluía a todos los pueblos y civilizaciones conocidas del mundo no occidental; al hacer esto los sumergió de lleno en una historicidad, dinámica, (cuasi-) secular y evolutiva que, no obstante, negaba sus particularidades y diferencias pues los subordinaba a una trayectoria trascendental y unitaria, la del (presuntamente) “verdadero” y “único” progreso universal, el de la *civilización occidental*. En el camino, además de implicar un proceso de conceptualización histórica o temporal, la construcción de esta visión de la

⁶⁸ Para un testimonio de “primera mano” de la celebración de esta función apologética del progreso desempeñada por la prehistoria, ver la detallada, intensa y comprometida explicación de las salas de la *Galerie de l'histoire du travail* de la voz de uno de sus principales organizadores: Gabriel de Mortillet, *Promenades préhistoriques à l'Exposition Universelle*, París, C. Reinwald, Libraire-Éditeur, 1867 (el ejemplar que consulté ha sido digitalizado por la *Bibliothèque Nationale de France* –BNF– y se encuentra en línea en su página electrónica: <http://gallica.bnf.fr/>; consultado en diciembre de 2010). Para la significación de esta *Galerie* en el contexto de las exhibiciones prehistóricas de la última triada de exposiciones parisinas del siglo XIX ver (de nuevo) el interesante ensayo de Nils Müller-Scheessel, “Fair Prehistory: Archaeological Exhibits at French *Expositions Universelles*”, en *Antiquity*, vol. 75, núm. 288, Junio de 2001, pp. 391-401.

historia universal involucró un proceso de conceptualización sincrónico-espacial: el de la comparación de las similitudes y diferencias entre los grupos humanos, y su jerarquización, en la definición de las identidades modernas de todos los pueblos del mundo. Las diferencias, lo extraño, de “los otros”, los pueblos primitivos y las civilizaciones orientales, frente y en relación subordinada a la Europa hegemónica; pero también lo propio, lo único y especial de “nosotros”, la identidad de Europa como civilización aparte y por sobre el resto del mundo.

Además de participar en la apología del progreso la prehistoria coadyuvó en la difícil y conflictiva construcción de las identidades modernas de los pueblos del mundo. Pasemos, finalmente, a revisar algunas de las peculiaridades que a este respecto caracterizan la tensa relación física e ideal entre Europa y uno de los más extraños pero entrañables mundos no occidentales: el “Nuevo Mundo”, las Américas.

CAPÍTULO 3. La disputa del Nuevo Mundo

Apenas se hallará en la historia un problema de más difícil resolución, que el del origen de la población del Nuevo Mundo, ni sobre el cual reine mayor variedad de opiniones.

FRANCISCO SAVERIO CLAVIGERO, *Historia antigua de Megico*, 1826, tomo II, p. 197.

1. En su obra clásica sobre el *orientalismo* Edward Said⁶⁹ argumentó que a partir del inicio de la integración colonial del “Oriente” por parte de “Occidente” (simbolizada en la expedición Napoleónica a Egipto) se suscitó, en el seno de la cultura occidental, todo un proceso de modernización del lenguaje, los conceptos, las figuras retóricas, los tropos literarios, los métodos hermenéuticos y filológicos y, en sí, todo el utillaje mental utilizado por los sabios de Europa para pensar a “los otros” del Oriente. Aunque varios de estos útiles y herramientas tenían su origen en los esfuerzos por pensar desde Europa las siempre complejas e inestables relaciones del sub-continente Europeo con las otras dos terceras partes del Viejo Mundo (i.e., África y Asia), desde el Renacimiento pero también durante la Edad Media y en algunos casos desde la Antigüedad; el hecho es que la inédita situación de integración económica y geopolítica que habría de acarrear la segunda y más grande expansión de la economía-mundo capitalista, desde el final del siglo XVIII y a lo largo del XIX,⁷⁰ vendría a alterar y a imponer un sesgo característico a los esfuerzos por pensar al Oriente desde Occidente.

⁶⁹ *Orientalism*, Edición del 25° aniversario con un nuevo prefacio, Nueva York, Vintage Books, 2003 (1ª ed. de 1978).

⁷⁰ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, traducción de Jesús Albores, México, Siglo Veintiuno Editores, 1998 (edición original, Nueva York, Academic Press, 1989).

Por primera vez Europa salía del anonimato, de la penumbra o los márgenes de la historia de la civilización en el Viejo Mundo, protagonizada hasta entonces por una intrincada convivencia y sucesión de civilizaciones orientales, para convertirse en el motor civilizatorio de un Viejo Mundo dominado, directa o indirectamente, por los vastos imperios coloniales de las naciones de Europa Occidental. A partir de la expedición de Napoleón a Egipto, nos argumenta Said, el *saber* sobre el Oriente quedó íntimamente vinculado al *poder* ejercido sobre él. Una densa y compleja *formación discursiva*, asentada en una majestuosa institucionalidad cultural, el *orientalismo* como una de las disciplinas fundamentales del humanismo decimonónico, surgió para concentrar, homogeneizar y disciplinar los discursos sobre el Oriente; aportando un conjunto de imágenes prediseñadas, de estereotipos y lugares literarios comunes que garantizaran la producción de representaciones del Oriente útiles para Occidente: el Oriente “exótico”, “sensual” e “irracional”, el “despotismo” y el “anquilosamiento” histórico de sus imperios, etcétera.

Nunca antes el Oriente había estado tan estrechamente ligado a Occidente hasta formar una sola y la misma civilización; paradójicamente, para garantizar la posición subordinada del primero ante el segundo el orientalismo tuvo que inventar, simultáneamente, la irreductible diferencia del uno frente a la orgullosa identidad del otro. En última instancia, la tesis de Said llega hasta decir que el orientalismo, entendido como *formación discursiva*, es uno de los factores culturales fundamentales que han definido el rumbo de la historia de las relaciones ideales entre la parte occidental y la parte oriental del Viejo Mundo hasta nuestros días, siempre con ese nocivo sesgo que pervierte las especificidades, diferencias e identidades reales de los diversos mundos orientales y los sacrifica por la imagen, el simulacro, del Oriente útil para Occidente. Naturalmente, en las más de tres décadas que nos separan de la publicación original de la obra de Said una multitud de pacientes e inteligentes investigaciones han matizado la radicalidad de sus tesis; mostrando, por

ejemplo, la esencial diversidad que existe al interior del orientalismo (como las peculiaridades del orientalismo alemán, por ejemplo); o los intersticios discursivos que abren la posibilidad de crear un verdadero diálogo multicultural o de utilizar el saber crítico sobre el Oriente como fundamento de un contra-discurso a la hegemonía de Occidente.⁷¹

No obstante estos matices necesarios, la tesis de Said se mantiene en esencia y el orientalismo es uno de los principales factores intelectuales que configuran la estructura y la trayectoria de las distintas sub-disciplinas del saber “orientalizante”, especialmente, en lo que a nosotros concierne aquellas que tienen que ver con la historia antigua de las civilizaciones orientales (como la egiptología o la asiriología), su arqueología y su prehistoria.⁷² Como sea, llamo la atención sobre el papel del orientalismo en la mediación y configuración de las relaciones ideales entre estas dos partes del Viejo Mundo para introducir una pregunta: en la relación ideal entre Europa y aquella inesperada “cuarta parte del mundo” en el hemisferio occidental, es decir, las Américas, ¿existirá una *formación discursiva* análoga al orientalismo que medie y configure las representaciones del Nuevo Mundo hechas desde el Viejo; de tal suerte que tenga que ser considerada como un polo magnético que tiende a configurar la estructura y atraer las trayectorias de los saberes sobre América, especialmente, en lo que a nosotros concierne, los saberes sobre la

⁷¹ Sobre el caso excepcional (resaltado ya por el mismo Said) del orientalismo alemán (*Orientalistik*) ver el interesante y muy erudito libro de Suzanne L. Marchand, *German Orientalism in the Age of Empire. Religion, Race, and Scholarship*, Nueva York, German Historical Institute (Washington, D.C.) y Cambridge University Press, 2009. Además, el libro contiene una bibliografía actualizada de la historia del orientalismo después de Said y está encaminado a testimoniar sus matices internos, la posibilidad del diálogo multicultural y de su uso contra-discursivo (como ejemplo de esto último la autora destaca la polémica obra de Martin Bernal, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, de 1991).

⁷² Para el caso francés ver, de nuevo, Ève Gran-Aymerich, *Naissance de l'archéologie moderne, 1798-1945*, París CNRS Éditions, 1998.

antigüedad y los orígenes de los americanos? La respuesta es, creo, afirmativa; pero con marcadas peculiaridades.⁷³

2. *La disputa del Nuevo Mundo*, la monumental obra del historiador italiano Antonello Gerbi,⁷⁴ rastrea las abigarradas y pluriseculares vicisitudes de una

⁷³ La problematización de la historia de las relaciones ideales entre Europa y América alcanzó un punto crítico de elaboración en la obra de Edmundo O' Gorman sobre el proceso de la *invención de américa* en el seno de la cultura Occidental renacentista. En esta obra importante de la historia intelectual del México de mediados del siglo XX, O' Gorman desarrolló el argumento de que el encuentro accidental, inesperado e impredecible de los dos Mundos representó un desafío esencial para el pensamiento Europeo en el que debía expandir los límites de su cosmovisión para dar cabida a esta imposible “cuarta parte del mundo”, pero el cual terminó convirtiéndose en un trastorno completo de esta visión del mundo inaugurando la posibilidad de que ella llegara a ser, algún día, de verdaderos alcances y significación universal. El proceso de la invención de américa es por ello inseparable de la Revolución científica y el Renacimiento; pero también del inicio de la expansión material y planetaria de la economía-mundo europea. De tal forma, O' Gorman nos especifica el contexto y la matriz intelectual en los que surge la historia de las representaciones de América desde Europa y con ello nos da varias pistas sobre el contexto polémico más general en el que se desarrollará nuestra presente discusión. Ver, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, («Lecturas mexicanas», 63), México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

No obstante, esta gran obra es víctima de un funesto sesgo eurocéntrico, que casi anula la significación original de su tesis. Al final de su texto, O' Gorman termina por ignorar y eliminar el valor y la originalidad del Nuevo Mundo, de sus peculiares diferencias en sí mismas; pues plantea que estas diferencias, este “ser *sui generis*” quedó esencialmente cancelado con su incorporación material y espiritual a Europa, y que, desde ese momento, su devenir, su sentido histórico, depende de la realización en América de otra Europa, el único “programa” civilizatorio “con verdadera posibilidad de congregarse a todos los pueblos de la Tierra bajo el signo de la libertad” (p. 159).

Para una crítica y contraste del argumento de O' Gorman frente a la original e importante tesis de la reinención barroca de Europa en América de Bolívar Echeverría, ver el agudo análisis de Carlos Illades en *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Océano, 2011; especialmente el apartado “De la invención de América a la reinención de Europa”, pp. 142-150.

polémica intelectual que ha involucrado a una multitud de escritores de ambos lados del Atlántico (entre ellos algunos de sus más célebres pensadores) y que versa sobre el sentido y el valor de las relaciones ideales entre los dos mundos. ¿Qué semejanzas vinculan al Nuevo con el Viejo Mundo?, ¿qué diferencias lo separan?, ¿acaso las diferencias americanas lo hacen tan extraño a aquel, de suerte que podamos considerar su naturaleza como esencialmente “inferior”, “degradada” o “inmadura” con respecto a la naturaleza “paradigmática” del Viejo Mundo?

La disputa comenzó en la segunda mitad del siglo XVIII cuando un “autor menor”, Cornelius de Pauw, partiendo de los importantes trabajos comparativos de Buffon sobre la naturaleza de ambos mundos, sistematizó y sacó a la luz pública la tesis de la inferioridad de la naturaleza americana como producto de una fatal degeneración causada por la reciente emergencia de las tierras americanas de una catastrófica anegación continental (un segundo diluvio, local, americano). La “calumnia de de Pauw” suscitó de inmediato una serie de “apologías americanas” de la pluma de patrióticos hombres de letras a todo lo largo de las colonias de Norte y Sudamérica, o desde su exilio europeo. La disputa sobrevivió y cambió de tono con las Revoluciones del Mundo atlántico y, ya en la primera mitad del siglo XIX, alcanzó su cúspide, su asíntota, en dos de los más importantes ensayos de la historia del pensamiento occidental moderno por integrar definitivamente a América en una visión unitaria del cosmos: el uno, tendiente a trascender los límites de una visión estática, teológica y euro-centrada de la naturaleza en la construcción de una imagen dinámica y verdaderamente cosmopolita, marca el linaje que va de Alexander von Humboldt a Charles Darwin; el otro, tendiente a conservar la

⁷⁴ *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, traducción de Antonio Alatorre, 2ª ed. corregida y aumentada, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (publicado originalmente en 1955).

centralidad trascendental del Viejo Mundo, caracteriza las filosofías de la naturaleza y de la historia de Hegel.

Al igual que Said, la tesis de Gerbi plantea que la serie de violentos y acalorados intercambios que constituyeron la ronda inicial de la disputa del Nuevo Mundo (de de Pauw a Hegel) conformaron el crisol donde se forjó un sistema de conceptos, figuras retóricas, *topoi* literarios y poéticos, reglas metodológicas, cánones epistemológicos y tradiciones interpretativas..., una verdadera gramática de *larga duración* que ha reglamentado, subrepticamente, la producción de discursos estereotipados sobre las relaciones ideales entre Europa y América al menos hasta la primera mitad del siglo XX y, quizás, hasta nuestros días.

No obstante, a diferencia de Said, Gerbi no plantea una radical interrelación entre el saber sobre América y el poder que Europa ejerce sobre ella. A todo lo largo de su obra Gerbi es detalladamente atento a las sutiles y ambiguas mutaciones de sentido en la historia de la polémica (por ejemplo, después de las Revoluciones americanas, cuando el estigma de la reciente emergencia de las aguas se transformó en la promesa augural de la juventud⁷⁵) y, sobre todo, logra aprehender las peculiaridades que distinguen a la *disputa*, de un lado, del *orientalismo*, del otro: la primera no llegó a institucionalizarse como una red de disciplinas académicas simbióticamente ligadas a la administración colonial; al contrario, las Revoluciones de independencia acabaron por atomizar y dispersar la disputa dentro de los múltiples contextos de la construcción de las modernas naciones americanas.⁷⁶

Como sea, en lo que a nosotros concierne, el juego de reglamentaciones discursivas que la disputa ha impuesto en las representaciones de América desde Europa dejó una profunda huella en las investigaciones que, desde la una o desde la otra, se hicieron sobre la antigüedad y los orígenes de los americanos, configurando en gran medida el

⁷⁵ *Ibid.*, p. 697.

⁷⁶ Ver el último capítulo en *ibid.* "Desvanecimiento y actualidad de la disputa".

estado de las cosas en la segunda mitad del siglo XIX, cuando comenzó la construcción del campo epistémico de la prehistoria en las Américas.

3. El problema del origen y la naturaleza de los americanos, entendiendo por “los americanos”: los *nativos* americanos, los “indios” o habitantes humanos propios y exclusivos del continente, es un problema tan antiguo e indisolublemente ligado al problema de la naturaleza del Nuevo Mundo, del carácter y sentido de las nuevas e inesperadas tierras encontradas más allá del océano.⁷⁷ Ambos aparecieron en el horizonte intelectual europeo justo en el momento crucial del ensanchamiento de su mundo físico y espiritual más allá de las fronteras tradicionales de la Europa peninsular, cristiana y mediterránea, en el alba de los tiempos modernos y el arranque de la expansión planetaria de la economía-mundo capitalista;⁷⁸ y ambos pasaron inmediatamente a ser detonantes y componentes esenciales de la revolución del pensamiento occidental en el Renacimiento y la Revolución científica, propiamente dicha.

Básicamente, el problema del Nuevo Mundo se presentó como el problema de la racionalización de la alteridad: ¿cómo confrontar la abrupta,

⁷⁷ Ver, Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, traducción de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1978 (1ª ed., Milán-Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1975). Dada la identidad del tema, Gerbi dialogó (al menos literariamente, a través de esta obra) con O' Gorman, criticando los primeros esbozos de su tesis sobre la invención de América, realizados en la década de 1950. En esencia, Gerbi criticó la idea (de O' Gorman) de que Europa no estaba preparada para enfrentar el desafío planteado por el Nuevo Mundo y que habría evitado el problema de las diferencias reduciéndolas a una artificiosa identidad. En este sentido, este libro es una erudita exploración de las creativas maneras en que la Europa renacentista enfrentó el problema de las diferencias, algunas de ellas esbozando el camino hacia una verdadera convivencia multicultural; con lo cual, esta obra refuta y hace inoperante cualquier interpretación histórica reduccionista de los primeros intentos (i.e., de los siglos XV-XVII) por pensar las Américas desde Europa.

⁷⁸ Ver, Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, traducción de Antonio Resines, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979 (edición original, Nueva York, Academic Press, 1974).

inesperada, casi imprevisible e improbable realidad de todo un Nuevo Mundo que, más allá de unos cuantos excepcionales y esporádicos contactos, había permanecido ignorado tanto por antiguos como modernos?, ¿cómo conciliar su realidad con la acabada y venerable visión cristiana del mundo que veía al *orbis terrarum*, la “isla de la tierra”, con sus tres masas de tierra continentales (Europa, Asia y África) como el hogar otorgado por Dios a los hombres en las regiones sublunares del universo para servir de escenario al drama terrenal de la redención después de la caída?, ¿cómo conciliarlo, sobre todo, si, desde el inicio, este mundo nuevo se reveló no sólo como “nuevo” en sentido físico, es decir, como unas nuevas tierras pobladas por exuberantes y extrañas creaturas, sino como un nuevo mundo en sentido moral o humano, habitado por una desconcertante diversidad de pueblos?⁷⁹ Considerado en su esencia esquemática, como problema intelectual, la solución implicaba la comparación de lo propio con lo ajeno, para desembocar en dos posibles resultados analíticamente separables: de un lado, la búsqueda de las *semejanzas*, la identificación de lo exótico con lo local, que familiariza, domestica, incluye lo extraño como un componente más de la acostumbrada visión del mundo; un caso peculiar hasta ahora no considerado pero que no excluye la regla. Por el otro, la perturbadora constatación de las *diferencias*, de que lo ajeno existe como un mundo aparte más allá del nuestro y de nuestra cosmovisión y que, por ende, destruye toda pretensión de validez universal de nuestros esquemas, postulando, al mismo tiempo, la cuestión de las posibles relaciones entre estos dos mundos y, en última instancia, la de una posible comunidad que recupere “la unidad perdida”,⁸⁰ que restaure al cosmos en su unidad.

Sin embargo, el problema se complica cuando, como en el caso de Europa y América, por debajo de la mera dimensión intelectual de

⁷⁹ Sobre las dimensiones naturales y morales, o humanas, del desafío que representó el Nuevo Mundo en el horizonte del pensamiento Occidental ver “El proceso de la invención de América”, en Edmundo O’ Gorman, *La invención de América...*, antes citado, pp. 77-136.

⁸⁰ Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas...*, antes citado, p. 20.

racionalización de la alteridad se opera un proceso histórico sin precedentes de conquista física y espiritual de todo un mundo. Cuando lo exótico se mantiene a una distancia segura de lo nuestro, resultan esencialmente indiferentes e inofensivas las racionalizaciones que el uno o el otro se hagan de su opuesto; pero cuando existe un vínculo que entrañable y subterráneamente los une desde la dimensión de la civilización material en una relación de dominio y subordinación de los otros por nosotros, entonces el mero problema intelectual se satura de una carga moral y política: no sólo racionalizar desde nuestra cosmovisión lo extraño, sino racionalizar la violencia, la usurpación, el dominio que ejercemos sobre él. Una visceral tendencia hacia la cualificación de las diferencias como inferioridad surge, entonces, para intentar frustrar cualquier intento de un verdadero diálogo intercultural.

Siguiendo la sutil intuición de Antonello Gerbi⁸¹ podemos decir que esta contradicción básica que el problema de América plantea al mundo intelectual europeo entre, por un lado, la posibilidad de ampliar los horizontes del pensamiento occidental en un verdadero sentido cosmopolita y, por el otro, el impulso conservador para negar las diferencias y afirmar dogmáticamente el parroquialismo propio, es el origen de la disputa del Nuevo Mundo como una de las principales fuerzas que han influido en la historia de las relaciones ideales entre los dos mundos. Aunque, naturalmente, la tesis de Gerbi es tan sólo una herramienta epistemológica, una reducción y abstracción analítica, que nos ayuda a orientarnos dentro del exuberante bosque de la historia intelectual de las relaciones entre América y Europa, cuya complejidad empírica es tan rica e inusitada como lo ha demostrado el mismo Gerbi al escribir todo un libro que documenta las creativas maneras en que los primeros historiadores de la naturaleza americana imaginaron sus diferencias abriendo varios caminos, entre ellos aquel que desembocó en la obra de Buffon.

⁸¹ *Ibid.*

Como sea, esta contradicción básica nos ayuda a entender el sentido general de los modos y los medios que adoptaron las pesquisas sobre la naturaleza y los orígenes de los americanos, en el pensamiento occidental hasta finales del siglo XVIII.⁸²

4. El problema de la naturaleza y los orígenes de los americanos fue enmarcado, desde sus comienzos y en forma análoga a la de los pueblos ajenos a la cristiandad del Viejo Mundo (los pueblos “paganos”) en el cuadro de las tareas por reconciliar su existencia contemporánea, sus maneras, sus costumbres, sus lenguas, pero también su pasado, sus tradiciones mítico-históricas, con la trama de la historia sagrada: con el mito y el relato bíblico de los orígenes. En términos metodológicos, esta demanda central de reconciliación con la tradición cristiana implicó la adopción de una perspectiva comparatista que subordinaba la determinación del sentido de las observaciones empíricas, la significación oculta de las semejanzas y diferencias buscadas en el presente y el pasado de los pueblos americanos, a la lectura e interpretación del *corpus textual maestro*: el canon de toda una tradición humanista cristiana en construcción que conjuntaba, los textos bíblicos,

⁸² El mismo ambiente de efervescencia intelectual que a mediados del siglo XX llevó a la gestación de *La invención de América*, de O’ Gorman, también llevó al nacimiento de *Los grandes momentos del indigenismo*, de Luis Villoro. Impregnado y movido por el espíritu del grupo *Hiperión* y su proyecto de construir una filosofía de lo propio mexicano, esta obra constituye uno de los ensayos filosóficos contemporáneos más importantes para intentar interpretar el sentido global de la historia de las imágenes que sobre el indio se ha construido el pensamiento occidental, desde la conquista y hasta la primera mitad del siglo XX. A pesar de las limitaciones y la parcialidad de su muestra, su tesis general sigue siendo un instrumento esencial para entender los rumbos que ha tomado el problema de los orígenes y la naturaleza de los indios: se trata de la historia de una “conciencia falsa”; de la historia de la negación de lo indígena en sí mismo y su sustitución por su simulacro útil a Occidente, paralelamente a la historia secular de la lucha por la autonomía y la liberación de los pueblos indígenas de su condición subalterna. Ver *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 3ª ed. («Cuadernos de la gaceta» 90), México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y El Colegio Nacional, 1996 (1ª ed. El Colegio de México, 1950).

escolásticos y patrísticos con aquellos resucitados y expurgados de la antigüedad clásica.⁸³

Al mismo tiempo, todo el abundante material americano del que se nutrió esta naciente tradición del humanismo cristiano vino a agregarse al material, ya considerable, existente sobre los pueblos “paganos” del cercano y del lejano Oriente; y, en conjunto, ambos fueron acrecentándose exorbitantemente en los siglos venideros de conquista y expansión europea (i.e., entre los siglos XVI-XVIII). Como ha argumentado el historiador de la ciencia Paolo Rossi en su importante historia de los “mecanismos de defensa” elaborados por el pensamiento occidental para intentar contener la construcción de una visión secular y materialista de la historia de la tierra y de las naciones,⁸⁴ este rico acervo comparativo de historia natural y humana (en el vocabulario actual diríamos de astronomía, geografía física, geología, geografía zoológica y botánica, historia, antropología, lingüística y etnografía) constituyó la principal y desafiante fuente empírica de elaboración de los intentos de reconciliación de la historia de las naciones paganas y la historia sagrada de la cristiandad, sometidos a una tensión epistemológica esencial.

Al tiempo que se aumentaban y sofisticaban los métodos del saber filológico de las lenguas americanas y orientales así como aquellos de la crítica interna de los textos bíblicos, se hacía más claro e inminente el peligro de la

⁸³ Suzanne L. Marchand ha enfatizado el papel esencial que esta tradición *humanista cristiana* desempeñó en la construcción epistemológica e institucional, tanto de la erudición filológica en los estudios clásicos de la *Altertumswissenschaft*, como en los estudios bíblicos de la tradición cristiana-protestante, y en el estudio de los textos orientales en la construcción de la *Orientalistik* germana. Muchas de sus tesis nos ayudan a comprender el papel de la tradición del humanismo cristiano en su contraparte católica. Ver “Orientalism and the Longue Durée” en su libro *German Orientalism...*, antes citado, pp. 1-52.

⁸⁴ Paolo Rossi, *The Dark Abyss of Time. The History of the Earth and the History of Nations from Hooke to Vico*, traducción de Lydia G. Cochrane, Chicago, The University of Chicago Press, 1984 (publicado originalmente como, *I segni del tempo. Storia della terra e storia delle nazioni da Hooke a Vico*, Milán, Giangiaco Feltrinelli Editore, 1979).

desacralización y relativización de la tradición europea-cristiana. Expresado de la manera más esquemática y sintética, dos paradójicas salidas se ofrecían a todo intento de conciliación:⁸⁵ si, por un lado, se intentaban identificar elementos de la estructura y la trama de las narraciones de las historias paganas con sus homólogos en los relatos bíblicos, ello implicaba hacerlos equivalentes; ambos sometidos a las mismas reglas de la crítica y con iguales pretensiones de verosimilitud o falsedad en tanto que saberes revelados. Si, por el contrario, se intentaban diferenciar y separar esencialmente; la historia sagrada, como un relato de validez universal, quedaba relegada a la dimensión trascendental de una tradición conservada exclusivamente por el pueblo elegido, mientras que las historias paganas y junto con ellas la historia secular de Europa se convertían en historias locales construidas por los hombres en su difícil ascenso desde la caída en la barbarie después de la expulsión del Edén y el diluvio, o peor aún, por “hombres”, o más bien falsos hombres, criaturas semi-bestiales, semi-humanas, de antes de Adam.

Los peligros de la relativización de la historia sagrada entre las historias paganas o el de su abstracción en una dimensión trascendental dependiente de la dimensión de las múltiples y locales historias profanas, fueron los dos temibles horizontes que tuvieron que vislumbrar y confrontar, y que intentaron esquivar los pensadores desafiados por el exuberante material comparativo de los mundos no occidentales y ocupados en el imposible intento de reconciliarlo con la historia sagrada de su tradición cristiana, entre los siglos XVI-XVIII. Felizmente, Rossi ha documentado satisfactoriamente la compleja y ambigua historia de estas paradójicas tentativas de reconciliación en la que, en no pocas ocasiones, rayando los límites extremos de la ironía, los más piadosos y ortodoxos intentos de combatir las impías y materialistas tesis de un Epicuro (resucitado), un Descartes, un Spinoza o un Hobbes, acababan transmutándose en las más heterodoxas y profanadoras tesis que pavimentaban el camino para el avance de sus contrarios. Como sea, el erudito trabajo de

⁸⁵ *Ibid.*, p. 152.

Rossi nos exenta de la ardua (pero siempre interesante) tarea de revisar directamente los detalles de esta historia en sus fuentes y, con ello, nos autoriza a precisar dos argumentos.

Primero, que en la primera mitad del siglo XVIII esta contradictoria historia de tentativas de reconciliación llegó a un punto crítico que preparó un viraje: La *Scienza Nuova* de Giambattista Vico, pensada como síntesis y culminación del problema en tanto que victoria de la reconciliación y apología cristiana, pasó paradójicamente, como es bien sabido, a representar el fundamento de la construcción de la moderna filosofía de la historia: la visión de la historia de los hombres como un drama exclusivamente secular, profano y mundano (i.e., sin recurso a la intervención divina), *la historia hecha por los hombres*, en su ascenso, por sus propios medios, de la barbarie a la civilización (sin olvidar claro, que a este punto de partida feral se había llegado por degeneración después de la segunda caída). Segundo, que el material comparativo americano, y especialmente aquel relacionado con el problema de la naturaleza y el origen de los americanos, ha ocupado siempre un papel protagónico tanto en las elaboraciones en el sentido de esta nueva visión secular de la historia, como en aquellas, conservadoras, orientadas a la apología y el ensalzamiento de la tradición cristiana; las cuales sobrevivieron al embate materialista en los siglos XVIII-XIX y se extienden hasta nuestros días.

5. La historiografía sobre el problema de la naturaleza y los orígenes de los americanos también ha sido revisada abundante y adecuadamente.⁸⁶ Sin

⁸⁶ Aquí me contentaré con mencionar el trabajo clásico que, por así decirlo, fundó la historiografía moderna sobre el tema, el libro de Lee Eldridge Huddleston, *Origins of the American Indians. European Concepts, 1492-1729*, («Latin American Monograph», núm. II), Austin, Institute of Latin American Studies, The University of Texas Press, 1967; que, sirviéndose de la extraordinaria “Latin American Collection” de la Universidad de Texas, se concentra en el análisis y la contextualización de las primeras obras de sistematización sobre el problema de los orígenes de los indios, de Fray Joseph de Acosta y Fray Gregorio García. Y el libro de Benjamin Keen, *The Aztec*

pretender agregar algo nuevo (tarea muy difícil), acá sólo reiteramos que, más allá de sus peculiaridades y detalles internos y locales, las elaboraciones intelectuales sobre la naturaleza y los orígenes de los indios siempre y en última instancia están relacionadas, de manera esencial, con el problema mayor de extender el pensamiento occidental más allá de sus parroquiales límites etnocéntricos en un verdadero sentido cosmopolita o de reafirmarlo artificiosa y dogmáticamente por sobre la pluralidad multicultural, real, del mundo.

Así comprendemos la ambigua y contradictoria atmósfera que envuelve y caracteriza al completo abanico de las interpretaciones sobre los orígenes y la naturaleza de los primeros americanos. Tanto en el extremo heterodoxo y materialista que va de Paracelso y, especialmente, la tesis de los *pre-Adamitas* de Isaac La Peyrère, originalmente elaborada como un intento de conciliación armoniosa de paganos y cristianos heterodoxos con las ortodoxias romanas y protestantes; pero que trágica y paradójicamente terminó convirtiéndose en el ancestro intelectual del poligenismo (Norte) Americano de mediados del siglo XIX.⁸⁷ Como en el extremo ortodoxo y místico de los píos intentos de reconciliación de las tradiciones de los indios con la historia sagrada, desde las primeras sistematizaciones de fray Ioseph de Acosta y fray Gregorio García⁸⁸ hasta la magistral síntesis de Clavijero; intentos que muchas

Image in Western Thought, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1971; el cual, aunque más circunscrito temáticamente, da una cobertura temporal más amplia (del siglo XVI al XX) y ofrece un tesoro de referencias bibliográficas.

⁸⁷ Sobre las polémicas tesis de Paracelso en relación a los orígenes americanos (la descendencia de “otro Adam”) ver, Alain Schnapp, “Du refus de l’histoire naturelle de l’homme”, en *La conquête du passé...*, ya antes citado, pp. 267-332. Sobre los *pre-Adamitas* de Isaac La Peyrère y las vicisitudes de su genealogía intelectual, ver el libro de Richard H. Popkin, *Isaac La Peyrère (1596-1676). His Life, Work and Influence*, («Brill’s studies in intellectual history», núm. 1), Leiden, Países Bajos, E. J., Brill, 1987.

⁸⁸ Ver el libro de Lee Eldridge Huddleston, *Origins of the American Indians...*, ya citado. Se trata de la *Historia Natural y Moral de las Indias*, del padre Acosta, publicada originalmente en 1590, y del *Origen de los Indios del Nuevo Mundo, e Indias Occidentales*, de fray Gregorio García, impresa originalmente en 1607.

veces terminaron por realizar complejas reelaboraciones de la doctrina cristiana que prefiguran el relativismo cultural y el multiculturalismo.⁸⁹

Entre los siglos XVI y XVIII estas elaboraciones y discusiones intelectuales sobre los orígenes y el carácter de los americanos sirvieron como fermento de la gestación de varios de los temas, los conceptos, las figuras literarias, las analogías recurrentes entre civilizaciones y los métodos de crítica textual e historia comparada que llegaron a cuajar en el sistema discursivo que desde finales del siglo XVIII pasó a conformar la disputa del Nuevo Mundo. El dilema del paso interoceánico de las creaturas terrestres y los pueblos de las regiones templadas y equinocciales; la búsqueda de genealogías y rutas migratorias que extendieran las raíces de las tradiciones americanas hasta la dispersión de las lenguas en Babel o hasta emparentarlas con alguno de los descendientes de Noé, a partir de semejanzas de costumbres, lenguas o historias; la defensa del concepto de una pureza y nobleza esencial de las civilizaciones americanas basada en su presunta proximidad a una religión natural-universal y su alejamiento de los vicios de la decadente Europa, frente a la tesis contraria de un congénito carácter bárbaro de las mismas, basado en sus regímenes despóticos y oscurantistas, sus religiones sanguinarias e idólatras y en última instancia, en su alejamiento y desconocimiento del evangelio; de

⁸⁹ En el otro extremo del mundo, en el lejano Oriente, muchos de los trabajos de los misioneros de la Compañía de Jesús también participaron en estas reelaboraciones que prefiguran brillantemente el relativismo cultural y un verdadero diálogo multicultural; como atestiguan los documentos de sus trabajos compilados y editados en los múltiples volúmenes de las *Letres édifiantes et curieuses* de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Al respecto, ver los luminosos ensayos de Bolívar Echeverría, “La Compañía de Jesús y la primera modernidad de la América Latina”, en *La modernidad de lo barroco*, 2ª ed. México, Ediciones Era, 2000 (1ª ed., coedición Universidad Nacional Autónoma de México, 1998), pp. 57-82; y de Carlo Ginzburg, “Alien Voices: The Dialogic Element in Early Modern Jesuit Historiography”, en *History, Rhetoric, and Proof*, («The Menahem Stern Jerusalem Lectures»), Hanover, New Hampshire, University Press of New England/Brandeis University Press/Historical Society of Israel, 1999, pp. 71-91.

ahí, como corolario, el desamparo religioso de todo un mundo y la misión civilizatoria de Europa.

A finales del siglo XVIII la disputa del Nuevo Mundo tuvo un papel protagónico en la definición de los nuevos términos que las discusiones sobre los orígenes y el carácter de los indios habrían de adoptar a lo largo del siglo XIX, a través de las obras de Clavijero y Humboldt; dos obras fraguadas en el corazón de la disputa.

6. Las tesis elaboradas por Francisco Javier Clavijero y por Alexander von Humboldt en torno a las cuestiones de los orígenes y la naturaleza de los indios americanos simbolizan, en gran medida, la culminación sintética de los arduos trabajos y las duras y controversiales disertaciones que sobre la materia se desarrollaron a lo largo de los tres siglos anteriores; pero, al mismo tiempo, representan una fundamental ruptura con la tradición, que introdujo un radical viraje en el sentido que tomaron estas investigaciones y que las condujo a un nuevo terreno epistemológico que, en su configuración topográfica esencial, constituye la base sobre la cual se fundó el moderno edificio de la arqueología prehistórica. Dos elaboraciones intelectuales esenciales constituyen el origen de este viraje: la intuición de la gran antigüedad de los pueblos originarios de América, extendida más allá de la memoria escrita; y el abordaje de las historias de los pueblos americanos desde una perspectiva comparada y secular de la historia universal, que los conceptualiza como instancias particulares (únicas y concretas) de actualización de la marcha progresiva y general de las naciones que integran al género humano, en su ascenso de la barbarie a la civilización.

Como es bien sabido, desde su exilio en Bolonia, después de la expulsión de la Compañía de Jesús de la Nueva España en 1767, Clavijero preparó su monumental *Storia Antica del Messico*, aparecida originalmente en

1780.⁹⁰ En esencia, se trataba del más grande compendio hasta entonces producido sobre la historia natural y moral del “imperio Megicano” y de su peculiar mansión en el universo, i.e., el “Pais de Anahuac”. Como se lee en el Prefacio, la obra está basada en la augusta erudición de su autor, obtenida en las bibliotecas de los conventos novohispanos y en no pocas bibliotecas europeas, así como en su experiencia de toda una vida (36 años) pasada entre sus naturales, conviviendo y aprendiendo sus lenguas y costumbres; y su origen inmediato se encuentra en el celo patriótico, piadoso e intelectual de su autor por defender la verdad de la naturaleza de la tierra y la población de su patria perdida y, en general, de sus compatriotas en todo el hemisferio occidental, americano, contra los errores de célebres naturalistas y las calumnias de impíos filósofos de la vieja Europa. Así, como complemento de la *Historia*, propiamente dicha, la obra contiene una serie de largas y eruditas *Disertaciones*, donde el autor arremete puntualmente contra las tesis de los detractores de América; especialmente, el Conde de Buffon y Cornelius de Pauw. La amplia perspectiva de comparación inter-continental que adopta, así como la desafiante voluntad con la que privilegia la experiencia directa y la crítica empática de la naturaleza y las fuentes indígenas *en sí mismas* definen su proceder y nos explican en gran medida el porqué de la profunda huella dejada en sus sucesores.

⁹⁰ D. Francesco Saverio Clavigero, *Storia Antica del Messico cavata da migliori storici spagnuoli, e da manoscritti, e dalle pitture antiche degl' Indiani*, Cesana, 1780, 4 vols. Con varias traducciones. En lo que sigue me sirvo de la traducción y primera edición en castellano: Francisco Saverio Clavigero, *Historia Antigua de Megico: Sacada de los Mejores Historiadores Españoles, y de los Manuscritos, y de las Pinturas Antiguas de los Indios; Dividida en Diez Libros: Adornada con Mapas y Estampas, E Ilustrada con Disertaciones sobre la Tierra, los Animales, y los Habitantes de Megico*, traducción de José Joaquín Mora, Londres, R. Ackermann, 1826, 2 tomos (los ejemplares que consulté se encuentran en la BNM y en la BIM). Cito conservando la ortografía del original.

De acuerdo con mi lectura, en términos epistemológicos, Clavijero fundó la determinación de la veracidad de una tesis o argumento en el juicio discriminatorio que aportaba la conciliación de tres fuentes disímiles de autoridad, contrastación empírica y coherencia lógica, esto es: la “autoridad divina”, las “tradiciones humanas” y la “razón”.⁹¹ Estamos ante un caso concreto de ensayo de reconciliación de la tradición cristiana con las nuevas y ampliadas experiencias naturales y humanas producidas por la Revolución científica; como causas inmediatas de su origen podemos invocar, claro está, la rigurosa formación religiosa de nuestro autor (miembro de la Compañía de Jesús), pero también, la profunda corriente oculta y subterránea del comercio clandestino de libros que desde el siglo XVI tenía al tanto a los hombres de ciencia del mundo iberoamericano de los adelantos más radicales y heterodoxos de la ciencia Europea,⁹² y, por supuesto, la experiencia vital de Clavijero en las tierras americanas. No obstante, es una causa lejana, en la que media la distancia del océano Atlántico, la que define y articula el carácter peculiar del ensayo de nuestro autor: su participación en la disputa del Nuevo Mundo, contra Buffon y de Pauw, lo hicieron adoptar una actitud especial frente a la naturaleza y las “tradiciones humanas”, en este caso, de los indígenas del Nuevo Mundo.⁹³

⁹¹ “Tal es mi opinion acerca de la poblacion de America. Sometola al juicio de los hombres sabios, y Cristianos: no empero al de los filósofos incredulos, y caprichosos, que ni respetan la autoridad divina, ni se curan de las tradiciones humanas, ni hacen caso de la razon.” (*Historia antigua de Megico...*, tomo II, Disertación I, p. 223)

⁹² Al respecto, ver el bello libro de Elías Trabulse, *Los orígenes de la ciencia moderna en México (1630-1680)*, («Breviarios», 526), México, Fondo de Cultura Económica, 1994; así como su “Introducción” a la monumental *Historia de la ciencia en México*, México, Consejo Nacional de la Ciencia y Tecnología/Fondo de Cultura Económica, 1983-1985, 5 vols.

⁹³ Tanto Villoro como Gerbi han enfatizado el papel definitorio que el contexto polémico en el que se escribió la obra de Clavijero tuvo, tanto en la determinación de su metodología comparativa, como (ya lo veremos más adelante) en la delineación de su relativismo cultural. Ver los capítulos correspondientes en *Los grandes momentos del indigenismo...* y *La disputa del Nuevo Mundo...* ya antes citados.

Al defender a la naturaleza y a los habitantes indígenas de América de las “errores” de Buffon y de las “calumnias” de de Pauw, Clavijero confrontó la realidad empírica americana como un hecho concreto y peculiar, pero cuya extraña peculiaridad no desbordaba los límites del mundo, entendido como realización del plan divino; sino que los extendía y los transformaba para incluir y comprender las infinitas variaciones que manifiesta la creatividad divina. En el pensamiento de Clavijero, el caso americano no es la imposible instancia de la degeneración de una parte de la actualización del plan divino en la creación; es una instancia concreta y singular equivalente a la infinidad de instancias, igual de concretas y singulares, por debajo de las cuales el intelecto ha de buscar la unidad secreta y trascendental del diseño del creador. Al hacer esta identificación, esta *equivalencia* de las instancias concretas y singulares de la realidad empírica, Clavijero dio paso a la relativización y secularización de la tradición cristiana. Veamos cómo procedió.

Partiendo de la aceptación de la verdad esencial y trascendental de la historia sagrada, de la idea del mundo como creación y como drama con una trama prediseñada, Clavijero estuvo dispuesto a ir más allá de la fe, de la aceptación ciega y dogmática del saber revelado, para someter a todos los rigores de la crítica a sus fuentes, los textos de la tradición cristiana; apoyado en la certeza incommovible de que, en última instancia, la crítica científica y humanista habría de revelar una correspondencia entre la trama de la historia sagrada y la realidad empírica, en este caso, de la historia secular de las naciones. De tal suerte, Clavijero no reparó en despojar a los textos de la historia sagrada de su autoridad dogmática y los puso al lado, (casi) en igualdad de circunstancias, de los textos de las demás tradiciones humanas; en este caso, las tradiciones de los pueblos americanos y, especialmente, las naciones del Anáhuac.

Enseguida, después de este acto esencial de relativización de la tradición cristiana al hacerla (esencialmente) equivalente a las demás

tradiciones humanas, Clavijero procedió a utilizar los instrumentos de la crítica y la razón para buscar la verdad trascendental que, por debajo de las peculiaridades y diferencias de los diversos textos, revela al mundo en su unidad cósmica prediseñada. Las cosas de este mundo tienen sus reglas y sus razones adecuadas a su naturaleza, y es sólo con base a estas reglas y razones mundanas que se juzgará la veracidad de un saber sobre ellas (i.e. de un saber secular por oposición a un saber revelado). De esta forma, la verdad de los hechos narrados en las distintas tradiciones será juzgada de acuerdo al grado de correspondencia que ellos guarden con el orden y las razones de las cosas naturales y humanas, sin interrumpirlos ni transgredirlos. Así, finalmente, la historia humana deviene “la historia hecha por los hombres”, explicada por causas y razones humanas, seculares y mundanas, sin recurso a intervenciones esporádicas y milagrosas de la divinidad.

Fue a través de este procedimiento epistemológico de conciliación de la “autoridad divina”, las “tradiciones humanas” y la “razón”, de esta “balanza epistémica” (para utilizar una metáfora), que Clavijero pesó, midió y tasó sus argumentos (y los de sus contrarios) acerca de la naturaleza de América y los americanos. De todas las conclusiones a las que llegó, concentrémonos ahora en aquellas sobre los orígenes y el carácter general de los indios; porque en gran medida su peso influyó, directa o indirectamente, en las discusiones que al respecto siguieron a lo largo del siglo XIX. Primero, Clavijero, llegó a la reiteración de la tesis del origen de los pueblos o linajes americanos en los sobrevivientes de la gran catástrofe universal del Diluvio: los descendientes de Noé. No obstante, él no llegó a esta conclusión a partir de la aceptación ciega y dogmática (i.e. *a priori*) del relato bíblico; al contrario, él llegó a esta reiteración únicamente *después* de haberlo sometido radicalmente a la crítica y *después* de haberle encontrado (según él), inesperadamente, su comprobación en la naturaleza y las tradiciones americanas.

Queriendo Dios hacer respetar su justicia por la posteridad de Noe, y confundir la incredulidad de los mortales, dispuso que además de la autoridad de la Biblia, y

de los cuerpos marinos que en gran cantidad se hallan en los montes, como otros tantos monumentos irrefragables del diluvio, se conservase la memoria de aquel espantoso, y general castigo entre las naciones americanas.⁹⁴

Naturalmente, esta reiteración de la tesis diluviana transformaba esencial y paradójicamente el sentido original del relato bíblico. Porque, por un lado, los “cuerpos marinos” y la “memoria” de las “naciones americanas” extendían su validez hacia el mundo físico y moral de las Américas, con tendencia a universalizarlo; pero al mismo tiempo lo relativizaban haciéndolo equivalente y dependiente a la verdad de la física y las tradiciones paganas. El estudio de la naturaleza y los pobladores de América en sí mismos adquiriría entonces prioridad como medio para intentar recuperar la universalidad del saber fundado en la tradición cristiana.

Segundo; precisamente, del complejo y detallado estudio de las tradiciones de las naciones americanas, del difícil conocimiento de sus lenguas, la comprensión desde adentro del sentido humano de sus costumbres e instituciones (diríamos, en el lenguaje moderno de la antropología, el estudio de sus estructuras sociales desde una perspectiva *emic*), la crítica y contrastación de sus fuentes diversas y, en general, del estudio de sus historias desde el punto de vista de la historia comparada de la civilización, Clavijero llegó a la conclusión de que, aunque provenientes de un origen común a todos los pueblos del Viejo Mundo, los linajes ancestrales de las naciones indígenas americanas se separaron y aislaron del tronco original desde la más remota antigüedad. Unos tiempos que se perdían más allá de la memoria escrita y se teñían de una fabulosa obscuridad, y que desde entonces estos pueblos ancestrales de las naciones americanas habían experimentado un proceso autónomo, y único en su diversificación, de construcción de la civilización.

⁹⁴ *Historia antigua de Megico...*, tomo II, Disertación I, pp. 199-200.

La razón principal de esta conclusión es que la diversidad actual de los pueblos americanos no permitía hallar un sistema de semejanzas de lenguas y costumbres que estableciera su filiación con algún pueblo contemporáneo del Viejo Mundo; hasta ahora sólo se habían construido vanas hipótesis y sistemas fundados en superficiales y esporádicas analogías.⁹⁵ Además, la convergencia de las tradiciones en cuanto a los orígenes, pero el desconocimiento mutuo, en los textos antiguos de ambos Mundos, de los hechos principales de las historias seculares de los dos hemisferios, constituía la principal prueba documental del aislamiento de los americanos desde el inicio de la historia secular de las naciones, en Babel y la dispersión de las lenguas.

Porque las naciones del Nuevo Mundo que vivían en sociedad, y especialmente las de Méjico, conservaban en sus pinturas, y tradiciones la memoria de la creación del mundo, del diluvio, de la Torre de Babel, de la confusión de las lenguas, y de la dispersión de las gentes, aunque alterada con algunas fábulas, y no tenían noticia de los sucesos ocurridos después en Asia, África y Europa...⁹⁶

Así, como corolario final, tenemos que la elucidación de los orígenes de las naciones americanas era un problema que se encontraba más allá de la historia; más allá de la comparación de las tradiciones conservadas en la memoria escrita, o de aquella de las lenguas, usos y costumbres de los pueblos contemporáneos de ambos hemisferios: “¿Quiénes fueron los pobladores de América? [...] *no traen su origen de los pueblos que existen actualmente en el Antiguo Mundo* [...] pues si los Americanos descendiesen de aquellos pueblos, se hallaría alguna traza de estos en sus lenguas, por muy antigua que fuese su separación...”⁹⁷

⁹⁵ “La causa de tantas, y tan extravagantes opiniones ha sido el error común que para creer a una nación originaria de otra, solo basta hallar alguna afinidad en las voces de sus lenguas, o alguna semejanza en sus ritos, usos y costumbres.” (*ibid.*, p. 204)

⁹⁶ *Ibid.*, p. 201.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 207, cursivas en el original.

Si los Americanos provienen, como yo creo, de diversas familias esparcidas despues de la confusion de las lenguas, y separadas desde entonces de las otras que poblaron el antiguo continente, en vano se fatigarán los escritores en buscar su origen en las lenguas, y usos de los pueblos Asiaticos. No dudo que, en virtud de lo que dicen los libros santos, habiendose multiplicado suficientemente la posteridad de Noe, mandase Dios espresamente que se separasen las familias, y que cada una se fuese a poblar el pais que se le habia señalado.⁹⁸

En Clavijero tenemos una suerte de intuición de los tiempos pre-históricos y, como complemento, de la gran antigüedad de los americanos.

7. Como inteligentemente ha argumentado Antonello Gerbi,⁹⁹ la monumental obra americana de Alexander von Humboldt representa uno de los momentos críticos en la historia de las relaciones ideales entre Europa y América. Con Humboldt se dio el paso decisivo en la incorporación de la naturaleza y la humanidad americanas dentro de la ciencia europea; no como meras curiosidades exóticas domesticadas, sino como desafiantes casos empíricos particulares, cuyas extrañas y peculiares diferencias demandaban un estudio directo, atento, crítico y exhaustivo de su ser, si lo que se buscaba era extender los límites del saber occidental hasta incluir la multiplicidad real de una naturaleza ampliada, fragmentada y redescubierta, y revelar, con ello, el orden secreto que reintegra la unidad y armonía del cosmos. Una dialéctica esencial entre lo universal y lo singular, entre lo mismo y lo otro, entre el cosmos y el caos, funcionó como el motor epistemológico que dinamizó el proyecto científico de Humboldt; asimismo, de acuerdo con la tesis de Ottmar Ette, sus actitudes y sus agendas culturales y políticas encontraron su impulso en la misma dinámica. ¿Cuál era el origen de esta dialéctica?, según Ette la respuesta

⁹⁸ *Ibid.*, p. 208.

⁹⁹ Ver el capítulo VII: “Hegel y sus contemporáneos”, de *La disputa del Nuevo Mundo...*, ya muchas veces citada; especialmente p. 514 y siguientes.

se encuentra en la adopción, radical y consciente, de una *perspectiva cosmopolita*.¹⁰⁰

A todo lo largo de sus itinerarios biográfico e intelectual, nos dice Ette, se puede percibir una constante: Humboldt se consagró al estudio atento, detallado y empírico de las particularidades *en sí* mismas pero no *por sí* mismas. Humboldt se dedicó a afirmar y valorar las diferencias de un mundo infinitamente complejo y múltiple, pero no para separar y segregar sino para mostrar que se trataba de un mundo compuesto por muchos mundos. Múltiples e irreductibles diferencias poblaban el mundo, eran sus “ciudadanos”; y en su coexistencia, su vida en sociedad, le daban un orden, una civilidad y, con ello, actualizaban el “cosmos”. Humboldt, el noble y ávido viajero conocedor de los países de Europa y de gran parte de las regiones equinocciales de las Américas fue un verdadero “ciudadano del mundo”, un *cosmopolita*, y como tal intentó sacar a la ciencia europea de su parroquialismo y dotarla de un verdadero carácter universal. Por ello, la esencia de la ciencia humboldtiana puede definirse como el estudio empírico y comparado de las diferencias fragmentarias para intentar restablecer la unidad y el orden perdido y subyacente. Veamos cómo esta perspectiva cosmopolita incidió en el problema del origen y la naturaleza de los americanos.

El punto de partida de Humboldt fue la constatación de las peculiares diferencias de la naturaleza americana en relación a la naturaleza propia, la naturaleza del Viejo Mundo como paradigma. Enseguida, la mirada científica se fijó en el análisis de estas peculiaridades, pero no abandonada a la mera curiosidad, sino guiada por un intenso espíritu de comparación: ¿por qué la naturaleza americana difiere de la del Viejo Mundo?, ¿es esta diferencia esencial e irreductible o en realidad existen semejanzas más profundas? Guiada por este espíritu comparatista una segunda mirada, atenta a las conexiones

¹⁰⁰ Ottmar Ette, “The Scientist as Weltbürger: Alexander von Humboldt and the Beginning of Cosmopolitics”, en *Northeastern Naturalist*, vol. 8, Special Issue 1: “Alexander von Humboldt’s Natural History Legacy and Its Relevance for Today”, 2001, pp. 157-182.

sutiles, descubría sorprendentes y enigmáticas semejanzas entre las naturalezas de ambos mundos, que exigían explicación: estas semejanzas de fondo ¿debían explicarse como “semejanzas de familia”?, es decir, ¿existía una relación de filiación genealógica entre los fenómenos naturales de ambos mundos de tal suerte que históricamente uno proviene del otro?, o por el contrario ¿debían explicarse como semejanzas estructurales?, es decir, que los fenómenos naturales de ambos mundos eran el producto concreto y fragmentario de las mismas fuerzas o leyes cósmicas y por ello, aunque siempre irreductiblemente peculiares (por los accidentes de situación y momento), ¿eran funcionalmente análogos por ser el producto de un mismo sistema de fuerzas?

En el lenguaje moderno de la biología, la disyuntiva explicativa que se presentaba era aquella entre la *homología*, i.e. semejanzas genéticas o de origen, y la *analogía*, i.e. semejanzas funcionales o estructurales.¹⁰¹ Dado el estado de las ciencias empíricas, Humboldt prudentemente consideró que el problema del origen se encontraba más allá de los límites de la ciencia y se concentró en la elaboración de su imagen de la naturaleza como un orden, un cosmos, que sólo existía y se actualizaba en la multiplicidad concreta y

¹⁰¹ Carlo Ginzburg ha explorado ya, de manera brillante, el sutil parentesco epistemológico que vincula a la homología y la analogía como formas de representación de las semejanzas en una serie. Ambas definen el carácter y el espectro de variación dentro de una población dada (de lo idéntico a lo anómalo), pero la primera representa este espectro en la dimensión temporal, como un desarrollo o un proceso histórico (“presentación histórica” de una serie de semejanzas, como en un árbol genealógico), mientras que la segunda lo representa en la dimensión espacial, como una forma o estructura (“presentación perspicua” *–übersichtliche Darstellung*, siguiendo a Wittgenstein, de un conjunto de semejanzas, como en la construcción de un retrato compuesto para definir un tipo racial). Ver, de nuevo,

“Semejanzas de familia y árboles de familia: dos metáforas cognoscitivas”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, año 4, núm. 7, Septiembre de 2006-Febrero de 2007, pp. 17-36; así como un desarrollo más profundo de estas cuestiones en el contexto de la relación general entre morfología e historia, en la “Introducción” a *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, traducción de Alberto Clavería Ibáñez, Barcelona, Muchnik Editores, 1991 (edición original de 1986).

fragmentaria. De tal forma, Humboldt rompió con la imagen de la naturaleza como un cuadro con casilleros inmutables y prediseñados desde la eternidad, del Viejo y el Nuevo Mundos como dos especies naturales estáticas e irreconciliables, y dio paso a una visión compleja y dinámica de la naturaleza.¹⁰²

Ahora bien, dejando de lado la ciencia natural y pasando a revisar las maneras en que Humboldt abordó el problema de las poblaciones humanas del Nuevo Mundo, tenemos de nuevo la guía de esta perspectiva comparada. Pero en los asuntos humanos, los objetos de la comparación no son sólo los atributos físicos (biológicos) de la especie, sino las lenguas, las costumbres y las tradiciones. Así, de un proceso sistemático de comparación de los aspectos raciales, lingüísticos, sociales, míticos e históricos de los pueblos y civilizaciones por él conocidos en el Nuevo Mundo con varios de sus congéneres en Europa, África, pero especialmente en Asia, surgieron de nuevo enigmáticas semejanzas por debajo de las vistosas e inmediatas diferencias.

On est surpris de trouver, vers la fin du quinzième siècle, dans un monde que nous appelons nouveau, ces institutions antiques, ces idées religieuses, ces formes d'édifices qui semblent remonter, en Asie, à la première aurore de la civilisation. Il en est des traits caractéristiques des nations comme de la structure intérieure des végétaux répandus sur la surface du globe. Partout se manifeste l'empreinte d'un type primitif malgré les différences que produisent la nature des climats, celle du sol et la réunion de plusieurs causes accidentelles.¹⁰³

¹⁰² En este sentido, siguiendo a Foucault, Humboldt se encontraba construyendo su vía original para romper con la visión de la naturaleza, como un “cuadro con casilleros inmutables y prediseñados desde la eternidad”, propia de la *épistème* clásica; y, entonces, él estaba ensayando una vía epistemológica *sui generis* de construcción del saber moderno. Al respecto, ver el fundamental libro de Michel Foucault, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, (col. «Bibliothèque des Sciences Humaines»), París, Éditions Gallimard, 1966 (reimpresión de 1969).

¹⁰³ Alexander von Humboldt, *Vues des Cordillères, et Monumens des Peuples Indigènes de l'Amérique*; par Al. de Humboldt. Avec 19 Planches dont Plusieurs Coloriées, París, N. Maze, Libraire (Imprimerie de Smith), 1816, in-8°, 2 tomos (me sirvo de los ejemplares conservados en la

En Humboldt la perspectiva secular y comparada de la historia de la civilización, esbozada ya en Clavijero, adquiere su forma nítida, completa y acabada, y se separa por completo del intento de reconciliación de la historia sagrada con las historias profanas de las naciones. No existe un esquema trascendental, prediseñado (como en el relato bíblico) que explique la diversidad y las trayectorias de las naciones; ambos, la estructura y la historia de los pueblos del mundo, son problemas empíricos y abiertos que han de resolverse por medio de la crítica comparatista. En virtud de ello, y emulando la anatomía comparada aplicada a la historia natural, Humboldt fue más allá de la comparación de atributos aislados y esporádicos, y privilegió la comparación morfológica de sistemas raciales, lingüísticos, cosmogónicos, religiosos, políticos y sociales. El resultado fue la revelación de dos enigmáticas series de semejanzas sistemáticas, una que vinculaba a todos los pueblos americanos entre ellos mismos, la otra que vinculaba a estos con los pueblos del sureste asiático. Y ambas series replantearon el problema de la explicación: ¿se trataba de semejanzas por analogía o por homología? Veamos la tentativa de respuesta que ensayó Humboldt.

Primero, de nuevo la prudencia científica: los datos empíricos disponibles, esto es la observación de los atributos y las costumbres contemporáneas (los datos etnográficos en el lenguaje actual), así como la lectura e interpretación de las tradiciones orales y escritas, no permitían abordar el problema de los orígenes; es decir, el de la construcción de una genealogía histórica precisa de los pueblos americanos. Por lo tanto, el problema de los orígenes americanos se encontraba más allá de los límites de la ciencia histórica: "...le problème de la première population de l'Amérique n'est pas plus du ressort de l'histoire, que les questions sur l'origine des plantes

BIM; así como de su cotejo con la edición original *in folio* digitalizada por la BNF). Tomo primero, p. 8. Cito conservando la ortografía del original.

et des animaux et sur la distribution des germes organiques ne sont du ressort des sciences naturelles.”¹⁰⁴

Segundo, no obstante, la primera serie sistemática de analogías (sobre todo raciales y lingüísticas) parecía autorizar una afirmación fundamental sobre la naturaleza de los pueblos indígenas de América: (casi) todos ellos podían pertenecer y derivar de una sola y original *raza americana*. Comunidad biológica: “Les nations de l’Amérique, à l’exception de celles qui avoisinent le cercle polaire, forment une seule race caractérisée par la conformation du crâne, par la couleur de la peau, par l’extrême rareté de la barbe et par des chevaux plats et lisses.”¹⁰⁵ Y comunidad intelectual:

La plupart des langues américaines, même celles dont les groupes diffèrent entre eux comme les langues d’origine germanique, celtique, et slave, offrent une certaine analogie dans l’ensemble de leur organisation, par exemple, dans la complication des formes grammaticales, dans les modifications que subit le verbe selon la nature de son régime et dans la multiplicité de particules additives (*affixa* et *suffixa*). Cette tendance uniforme des idiomes annonce, sinon une communauté d’origine, du moins une analogie extrême dans les dispositions intellectuels des peuples américaines depuis le Groenland jusques aux terres magellaniques.¹⁰⁶

Tercero, la segunda serie de semejanzas que, según Humboldt, vinculaba los sistemas cosmogónicos y religiosos de varias de las civilizaciones americanas (especialmente las naciones del Anáhuac, de la península de Yucatán y de los Andes) con aquellos de los pueblos asiáticos que practicaban “la religión de Buddha” (especialmente aquellos ambiguamente llamados “Tártaros”), planteó el mayor dilema: las semejanzas no eran tan claras y sistemáticas como para hablar de homologías, de una derivación de los pueblos americanos de la Tartaria histórica; pero tampoco eran tan genéricas como para hablar de meras analogías, suertes de arquetipos mitológicos; más bien las semejanzas eran

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 20.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 21.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 26-27.

sutiles. Como solución Humboldt propuso dos instancias de comunicación histórica efectiva, que produjeron y guiaron las homologías, dentro de una historia general de desarrollos esencialmente autónomos e independientes. En la obscuridad de los tiempos que se extienden más allá de la memoria escrita, un linaje de los ancestros de los pueblos asiáticos se separó para pasar al Nuevo Mundo; desde entonces, en su aislamiento, ha construido su vía original en el camino hacia la civilización:

Malgré ces rapports frappans entre les peuples du nouveau continent et les tribus tartares qui ont adopté la religion de Bouddah, je crois reconnaître, dans la mythologie des Américains, dans le style de leurs peintures, dans leurs langues, et surtout dans leur conformation extérieure, les descendans d'une race d'hommes qui, séparée de bonne heure du reste de l'espèce humaine, a suivi, pendant une longue série de siècles, une route particulière dans le développement de ses facultés intellectuelles et dans sa tendance vers la civilisation.¹⁰⁷

La segunda instancia de comunicación histórica efectiva, que reorientó momentáneamente las trayectorias peculiares de las civilizaciones americanas en el sentido de la homología con la religión budista, habría sido, de acuerdo con Humboldt, una irrupción de sacerdotes de Buddha en los tiempos históricos; como atestiguarían las tradiciones de la llegada desde el norte de los civilizadores y dadores de leyes; como el Quetzalcóatl de los Toltecas en el Anáhuac. Como sea, Humboldt planteó una analogía esencial subyacente a todas las trayectorias históricas particulares de los pueblos del mundo; en tanto que ellas son instancias peculiares de realización del progreso del género humano; es decir, de la historia universal o cosmopolita.

En Humboldt no sólo tenemos la intuición de los tiempos prehistóricos y de la gran antigüedad de los americanos; sino que en sus obras históricas tenemos el despliegue completo de una perspectiva secular y

¹⁰⁷ *Ibid.*, Planche XIII, p. 242.

comparada de la historia humana que aporta los instrumentos metodológicos e interpretativos para emprender la escritura de la historia profana de las naciones desde sus remotos y oscuros orígenes en la “barbarie” hasta su ascenso a la “civilización”, siempre desde un punto de vista cosmopolita: aquel del concierto universal de las naciones en su marcha hacia el progreso. Concretamente, en cuanto a la cuestión de la historia americana, esta perspectiva cosmopolita definió, por primera vez de manera sistemática, el esquema general de la hipótesis de los orígenes prehistóricos y asiáticos de los americanos;¹⁰⁸ un esquema que, en sus contornos esenciales se mantiene en algunos de los argumentos lanzados hasta nuestros días para explicar el origen de los primeros americanos.¹⁰⁹ Además dicha perspectiva también definió varios de los temas recurrentes así como varias de las prácticas comparatistas que configuraron el oficio de la historia antigua de los pueblos americanos a todo lo largo del siglo XIX.

8. Las obras de Clavijero y Humboldt representan uno de los momentos claves en la historia de las relaciones ideales entre Europa y América, en virtud de que ellas simbolizan la culminación de gran parte de las discusiones sobre la naturaleza y el origen del Nuevo Mundo y de sus habitantes, y, simultáneamente, una ruptura con la tradición del humanismo cristiano que

¹⁰⁸ Esa es la tesis que defiende Michael Anthony Wadyko en su disertación doctoral; i.e., que en Humboldt tenemos la primera formulación moderna y sistemática de la “Bering Strait Theory”. Un argumento muy fuerte que falta precisar en los detalles. Como sea, Wadyko funda su argumento en un análisis de la función como “marco de referencia” de las tesis de Humboldt en varias de las discusiones que directa o indirectamente, a lo largo del siglo XIX en Estados Unidos, se relacionaron con el problema del origen de los americanos: como la búsqueda de las tribus perdidas de Israel, la filología de las lenguas de los nativos americanos y el debate sobre los Mound-Builders. Ver “Alexander von Humboldt and Nineteenth-Century Ideas on the Origins of American Indians”, disertación doctoral inédita, Morgantown, Virginia, Department of History, West Virginia University, 2000. Agradezco a la arqueóloga española María López la comunicación, trasatlántica y electrónica, de la referencia.

¹⁰⁹ Al respecto, ver el primer capítulo de la presente investigación.

tendía a imponer una (re) conciliación, de los datos empíricos de la ciencia natural y de las historias seculares de las naciones, con las fuentes canónicas de la historia sagrada, como condición epistemológica de veracidad y producción de sentido. Con el viraje que impulsaron hacia el estudio de la naturaleza y la historia del Nuevo Mundo desde una perspectiva *secular, comparada* y *cosmopolita* influyeron fuertemente en el rumbo que en estas cuestiones tomaron las investigaciones de sus sucesores; tanto las de sus emuladores como aquellas de sus detractores. Pues al operar la desacralización y relativización de los textos de la historia sagrada de la tradición cristiana, al hacerlos esencialmente equivalentes a los textos de las múltiples tradiciones de las historias profanas de los pueblos del mundo, y al imponer la correspondencia de las tramas narrativas con el orden o las razones propias de las cosas naturales y humanas como juez epistemológico de la veracidad, ellos realizaron una transformación irreversible de las reglas del juego en la ciencia y la historia.

Dejando de lado su influencia en la ciencia natural (pues en este momento no nos concierne directamente) se puede decir que en adelante, a todo lo largo del siglo XIX, quien quisiera ocuparse seriamente de la abundante información contemporánea y del copioso material histórico existente sobre los pueblos indígenas de América, ya fuera para escribir su historia y apropiársela como prólogo o historia antigua en la trama de las historias modernas de las nacientes naciones americanas, o para escribir su historia y apropiársela como justificación y apología de su (supuesto) “retraso” y su (de nuevo, supuesta) “condición abyecta” ante el “irrefrenable” progreso de la civilización industrial de Occidente, o incluso para escribir su historia e intentar reconciliarla con alguna de las advocaciones del cristianismo modernizado, para mencionar tres de las funciones posibles de la historia de los indios americanos; quien quisiera ocuparse de estos asuntos, tendría que enfrentarse a las difíciles tareas de una ardua formación en la crítica filológica y la historia comparada.

Después de Clavijero y Humboldt la escritura de la historia de los pueblos indígenas de América tuvo que hacerse a través de un profundo estudio de ellos *en sí mismos*. Con un conocimiento íntimo de sus lenguas, sus costumbres y su cosmovisión, para intentar construir una imagen de ellos como un sistema social; una configuración coherente y única de instituciones sociales con una trayectoria histórica particular. Y al mismo tiempo, con un conocimiento profundo de la estructura y la historia de los pueblos del resto del mundo, o al menos de aquellos, Occidentales, que (por la hegemonía de Occidente, se suponía) habían marcado la pauta de la historia de la civilización. Ambos conocimientos filológico-históricos, de la historia indígena y de la historia del Viejo Mundo, para realizar la comparación de los pueblos indígenas y darles su justo lugar dentro de la trama de la historia universal.

Sin embargo, por muy significativo que haya sido el viraje impuesto por Clavijero y Humboldt, y de hecho lo fue como hemos visto, sus obras no destruyeron la disputa del Nuevo Mundo, sólo contribuyeron a su trastorno y su reconfiguración global: en la historia en sentido cosmopolita de Humboldt y Clavijero es ahora la historia secular de la civilización occidental la que desempeña el papel protagónico de *paradigma* universal. Así, vistas desde esta otra perspectiva, las obras de nuestros autores también aportaron varios de los estereotipos y los prejuicios contra los pueblos indígenas de América que alimentaron la disputa del Nuevo Mundo en las nuevas circunstancias de la construcción de la hegemonía de Occidente en el mundo, y en particular, de la construcción de los nacionalismos americanos, a todo lo largo del siglo XIX.

Como sea, hay que matizar nuestro argumento y hay que afirmar, con respecto a Clavijero, que el contexto polémico en el que se fraguó su obra tuvo mucho que ver en su adopción de un radical relativismo cultural que apuntaba a la construcción de una verdadera convivencia multicultural. Clavijero aceptó la caracterización de la religión de los mexicanos como “bárbara” y “sanguinaria” y como esencialmente “errónea”, por estar construida en el “desamparo” y en el desconocimiento del Evangelio; sin embargo, él neutralizó

estas “desventajosas fallas” (a los ojos de la Europa cristiana) relativizándolas al equipararlas con la religión de la antigüedad clásica greco-romana. Ambas resultan llenas de “errores” y “superstición”, pero no se trata de un mal congénito, sino de un mal pasajero, producto de su antigüedad, su estado “pueril” y su “falta de ilustración” en aquellos tiempos lejanos; un mal pasajero que se podía corregir a través de una “dosis mayor de instrucción” e ilustración.¹¹⁰

La religion, la politica, y la economia, son los tres elementos que forman principalmente el caracter de una nacion, y sin conocerles es imposible tener una idea exacta del genio, de las inclinaciones, y de la ilustracion que la distinguen. La religion de los Megicanos [...] era un tejido de errores, y de ritos supersticiosos y crueles. Semejantes flaquezas del espíritu humano son inseparables de un sistema religioso que tiene su origen en el capricho o en el miedo, como lo vemos en las naciones mas cultas de la antigüedad. Si se compara [...] la religion de los Megicanos con la de los Griegos y Romanos, se hallará que esta es mas supersticiosa y ridicula, y aquella mas barbara y sanguinaria.¹¹¹

¹¹⁰ “...la unica ventaja que les llevan [a los Indios] los Europeos, es la de haber recibido mayor dosis de instruccion.” (*Historia Antigua de Megico...*, tomo II, Disertación V, p. 337)

Lo mismo pasa, en Clavijero, con el estado actual de los indios: todas las “deficiencias” con las que se les caracteriza (debilidad, estupidez, ebriedad, pereza... etcétera) no son un mal congénito sino el producto de su condición social: ser una clase subalterna (*ibid.* y pp. 345-346). No obstante, su opinión sobre el “tipo humano” de los negros de África, el “mas opuesto a la idea general que tenemos de belleza” (*ibid.*, p.316), parecería apuntar a todo menos al multiculturalismo; sin embargo, quizás también en el pensamiento de Clavijero esta situación podría haberse solucionado con una “mayor dosis de instrucción”.

¹¹¹ *Ibid.*, tomo I, Libro Sexto, p. 223. Como sea, Luis Villoro ha mostrado, de manera más o menos contundente, los problemas congénitos que tenderían a limitar el relativismo y el multiculturalismo en el indigenismo de Clavijero. Por más empática que sea su elevación del pueblo Mexica al *status* de “ejemplo clásico”, los valores universales que representa no emanan de su ser en sí mismo; sino que son una proyección de los ideales y valores de la conciencia universalista y criolla representada por Clavijero. En la imagen viva y digna de emulación que pintó el criollo, el indio permanecería, en última instancia, como una muda e inerte “materia opaca”. Ver “Lo indígena como realidad

En el caso de Humboldt, al contrario, el valor paradigmático de la civilización occidental, en la trama de la historia universal, es claro y contundente. Según él, por una serie de causas misteriosas, que constituirían un problema abierto y esencial en la historia comparada de la civilización, sólo en la Grecia clásica, de entre todas las civilizaciones (entonces) conocidas de la antigüedad, se habría despertado el “espíritu de la libertad individual”, como germen prometedor del progreso material y espiritual de la humanidad. Sólo en *Hellas* este “germen de la libertad” habría fecundado la construcción de instituciones sociales y espirituales que (siempre según la interpretación de Humboldt) tenderían hacia la realización de los “ideales universales” de la *justicia*, en las instituciones políticas de la democracia, la *belleza*, en el cultivo de las artes, y la *verdad*, en el ejercicio de las ciencias y la filosofía. Así, a guisa de ejemplo, reflexionando sobre la presunta excepcionalidad del “genio de los griegos” (tan cara al eurocentrismo de los siglos venideros), el único pueblo del mundo que (según él) en sus artes había podido representar los “ideales universales” de la belleza, Humboldt escribió:

...je n'entreprendrai pas de prononcer sur les causes secrètes par lesquelles le germe des beaux-arts ne s'est développé que sur une très-petite partie du globe. Combien de nations de l'ancien continent ont vécu sous un climat analogue à celui de la Grèce, entourées de tout ce qui peut émouvoir l'imagination, sans s'élever au sentiment de la beauté des formes, sentiment qui n'a présidé aux arts que là où ils ont été fécondés par le génie des Grecs !¹¹²

El resto de las civilizaciones antiguas conocidas en el Viejo Mundo (continuando con su argumento), por muy elevadas y refinadas que hayan llegado a ser sus culturas, parecerían, entonces, compartir un “fallo común”

específica que me libera de la ‘instancia’ ajena (primer aspecto)”, en *Los grandes momentos del indigenismo...* antes citado, pp. 153-163.

¹¹² *Vues des Cordillères...*, tomo primero, p. 47.

que habría impedido su desarrollo completo a la par de los Griegos. El difícil “despertar del espíritu de la libertad individual” no se había producido y, en su lugar (siempre, según Humboldt), reinaba una “indiferenciación de las masas” que con su pesada inercia habría mantenido y promovido el despotismo en la política, el “mal gusto”, la “fealdad” y lo “grotesco” en las artes, y la “superstición” en la ciencia y la religión. A los ojos de Humboldt, en virtud de este pesado y estorbo lastre, apenas habrían merecido llamarse civilizaciones verdaderas, eran más bien civilizaciones “heridas” o “pervertidas”, eran más bien (en palabras de nuestro autor) civilizaciones *semi-bárbaras*. En última instancia, su análisis de las civilizaciones americanas lo llevó a postular lo que él creía representar una verdad de fondo: a un nivel profundo, esencial y general, las civilizaciones americanas compartirían el estigma de las “despóticas”, “grotescas” y “supersticiosas” civilizaciones orientales.

La théocratie péruvienne étoit moins oppressive sans doute que le gouvernement des rois mexicains, mais l'un et l'autre ont contribué à donner aux monumens, au culte et à la mythologie des deux peuples montagnards, cet aspect morne et sombre qui contraste avec les arts et les douces fictions des peuples de la Grèce.¹¹³

Como corolario de esta diferenciación y separación esencial de la civilización de Occidente de las del resto del mundo, tenemos que, para

¹¹³ *Ibid.*, p. 42. Ver también su caracterización última del régimen político de los Mexicas que dio paso a una generalización:

Enchaînée par le despotisme et la barbarie des institutions sociales, sans liberté dans les actions les plus indifférentes de la vie domestique, la nation entière étoit élevée dans une uniformité d'habitudes et de superstitions. Les mêmes causes ont produit les mêmes effets dans l'ancienne Égypte, dans l'Inde, en Chine, au Mexique et au Pérou, partout où les hommes ne présentoient que des masses animées d'une même volonté, partout où les lois, la religion et les usages ont contrarié le perfectionnement et le bonheur individuel. (*Ibid.*, Planche XIII, pp. 222-223)

Humboldt, el estudio de éstas, orientales y americanas, por medio de la observación de sus costumbres, el aprendizaje de sus lenguas, y el estudio de sus monumentos materiales y escritos, no podía llegar nunca a ser la búsqueda de ejemplos paradigmáticos de progresos materiales y espirituales que tendieran hacia los ideales universales de lo justo, lo bello y lo verdadero. Sólo Occidente, con sus supuestas raíces en la civilización de la Grecia clásica, tenía el privilegio, dentro del género humano entero, de representar el paradigma del progreso universal; en virtud de fundarse en la actualización del espíritu de la libertad individual, según la interpretación de nuestro autor, como hemos visto. De tal suerte, las obras materiales, los monumentos y artefactos elaborados por las civilizaciones “semi-bárbaras” no podrían nunca aspirar a ser tenidas y consideradas como obras de arte; serían sólo “monumentos históricos”, objetos de curiosidad erudita pero no de contemplación y apreciación estética.¹¹⁴

Finalmente, (siempre según Humboldt) a pesar de esta presunta falta de valor paradigmático, estos “monumentos históricos” mantendrían un valor esencial e irremplazable para el pensamiento Occidental: ellos serían los testimonios a través de los cuales el pensamiento de Occidente accedería a la multiplicidad de actualizaciones fragmentarias que, en su conjunto, y como complemento o contraparte inseparable de la guía paradigmática de Occidente, conformarían la marcha de la historia universal o cosmopolita. La historia cosmopolita de Humboldt, entonces, tenía un eje constituido por la historia secular de la actualización de la libertad que supuestamente había caracterizado a la civilización occidental desde la antigüedad clásica; un eje que articulaba y subordinaba las ramificaciones y los fragmentos de todas las otras historias no-Occidentales. “Les recherches sur les monumens élevés par des nations à demi-barbares, ont encore une autre intérêt qu’on pourrait nommer psychologique :

¹¹⁴ “Les monumens des peuples qui ne sont point parvenus à un haut degré de culture intellectuelle, ou qui, soit par des causes religieuses et politiques, soit par la nature de leur organisation, ont paru moins sensibles à la beauté des formes, ne peuvent être considérés que comme des monumens historiques.” (*Ibid.*, p. 44)

elles offrent à nos yeux le tableau de la marche uniforme et progressive de l'esprit humain."¹¹⁵

9. La larga, dinámica, compleja y en muchos sentidos ambigua tradición de la historia antigua de las naciones indígenas de América que, como vimos, tiene su origen en el Renacimiento y alcanza su coronación en el Siglo de las luces, en las obras de Clavijero y Humboldt, constituye un componente esencial de la disputa del Nuevo Mundo, esa conflictiva formación discursiva que en los últimos tres siglos ha sido una de las principales fuerzas que ha modulado la historia de las cambiantes relaciones intelectuales entre Europa y América. Ambas, la tradición de historia de antigua en el trasfondo general de la disputa, fundaron el repertorio intelectual o, en general, el *utillaje mental*, a partir del cual los hombres del siglo XIX emprendieron la escritura y la construcción disciplinar de la historia antigua de las nuevas naciones americanas. Sin embargo, a diferencia de sus ancestros intelectuales, el contexto decimonónico, el estado general de las cosas en las Américas después de las Revoluciones atlánticas, les presentó dos nuevos desafíos que fueron: el problema indio y la precariedad de los modernos Estados-Nación en la periferia de la economía-mundo capitalista.

Básicamente, el primer desafío se presentó como el problema de ¿qué hacer con las múltiples y abundantes poblaciones indígenas de las Américas ahora que se emprendían los diversos proyectos de construcción de nuevos Estados-Nación y nuevas nacionalidades y nacionalismos en lo que otrora fueran las colonias europeas en América?, ¿qué lugar deberían ocupar dentro del Estado, en sus nuevas categorías de identidad y ciudadanía?, o de hecho ¿tenían realmente cabida dentro de ellas?, si no era así ¿qué hacer con estos *parias* ajenos y extraños a la nación y la modernidad? El tema de la más remota antigüedad y el origen, dentro del campo de estudios de la historia

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 46.

antigua, explorado en las Américas, implicaba serias y difíciles peculiaridades que lo diferenciaban de su estudio en Europa y su mundo colonial transoceánico. Acá, en las Américas, implicaba vérselas con los orígenes y la antigüedad de unas poblaciones ajenas a la propia tradición histórica y cultural, no como en Europa donde uno lidiaba con la antigüedad de su propia tradición; y, al mismo tiempo, implicaba la necesidad de apropiarse ese pasado ajeno para legitimar la recreación mestiza de la civilización occidental en América,¹¹⁶ no como en el mundo colonial europeo, donde la diferencia y la separación del colonizador y los pueblos colonizados se habían mantenido, esencialmente.

Dadas estas circunstancias, el estudio crítico de la antigüedad y los orígenes de las naciones indígenas de América dentro del proyecto de escribir sus historias *en sí mismas*, como partes singulares y equivalentes a todas las historias particulares que conforman la historia universal o cosmopolita, aparte del desafío de la relativización cultural de la tradición Occidental que planteaba en términos estrictamente intelectuales, se teñía de los colores de un desafío político. Considerar a los indígenas del Nuevo Mundo en sí, en toda su singularidad, como parte natural del cosmos, implica, entre otras cosas, *respetarlos*, tratarlos como iguales, con todos sus derechos y obligaciones. Escribir su historia como una historia equivalente a todas las historias y consubstancial a la historia cosmopolita, junto con el reconocimiento completo de su ciudadanía implicaba, en última instancia, acabar con su estado subalterno respecto a la civilización Occidental. Por ello, a partir de entonces, la escritura de su historia ha estado tensionada por el dilema de reconocer o negar el valor de su historia en sí misma, de su equivalencia a la historia de Occidente y a todas las historias particulares de los pueblos del mundo.

¹¹⁶ Sobre esta especificidad de la recreación barroca de la civilización occidental en América, que toma en cuenta y parte del completo y radical despliegue de las peculiaridades americanas *en sí mismas*, ver el conjunto de desafiantes y sagaces ensayos de Bolívar Echeverría, en su libro *La modernidad de lo barroco*, ya antes citado.

El segundo desafío se presentó como el problema de la construcción de una disciplina de la historia antigua de las Américas con bases institucionales sólidas y robustas dentro de la infraestructura cultural de los nuevos Estados-Nación, y con un lenguaje y una estructura de sociabilidad intelectual estable y autónoma que permitiera la existencia y la reproducción de una comunidad intelectual criolla y, por ende, de la construcción y desarrollo de unas tradiciones americanas de historia de la antigüedad relativamente fuertes en relación con sus análogas europeas. A diferencia, por ejemplo, de la construcción de la *Altertumswissenschaft*, la “ciencia de la antigüedad”, que logró una sólida institucionalización por su integración simbiótica al proyecto de reforma cultural neo-humanista de los estados germánicos y que, de hecho, alcanzó un papel protagónico en el mundo de la cultura europea mucho más allá de los estrictos límites de los estudios de la antigüedad clásica,¹¹⁷ en las nuevas naciones americanas, a excepción de los Estados Unidos que muy pronto alcanzaron la robustez de sus instituciones intelectuales, la precariedad congénita del Estado hizo que la labor de la construcción disciplinar recayera en gran medida en la fuerza y la fortuna de prominentes figuras intelectuales y sus pequeñas e íntimas comunidades intelectuales. En un siglo de gran inestabilidad política como lo fue el siglo XIX, muchas veces los violentos vaivenes de la política decidieron la buena o la mala fortuna de tal o cual proyecto intelectual, y en general, la precariedad, la incertidumbre y la inestabilidad caracterizaron más la vida intelectual de este lado del Atlántico.

Los elementos generales del escenario decimonónico donde tuvo lugar el drama de la construcción del campo epistémico de la prehistoria en las Américas están colocados. Pasemos a ver cómo se desarrolló en aquel querido personaje de la nación mexicana.

¹¹⁷ Ver, de nuevo, el libro de Suzanne L. Marchand, *Down from Olympus...* ya antes citado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Siglas y abreviaturas

- **BIM**, Biblioteca “Ernesto de la Torre Villar”, del Instituto de Investigaciones “Dr. José María Luis Mora”.
- **BNAH**, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia “Dr. Eusebio Dávalos Hurtado”.
- **BNF**, Bibliothèque Nationale de France, portal electrónico, <http://gallica.bnf.fr/>.
- **BNM**, Biblioteca Nacional de México.

Fuentes primarias

- ALAMÁN, Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vols., México, Imprenta de J. M. Lara, 1849-1852 (**BNAH**).
- CLAVIGERO, Francisco Saverio, *Historia Antigua de Megico: Sacada de los Mejores Historiadores Españoles, y de los Manuscritos, y de las Pinturas Antiguas de los Indios; Dividida en Diez Libros: Adornada con Mapas y Estampas, E Ilustrada con Disertaciones sobre la Tierra, los Animales, y los Habitantes de Megico*, traducción de José Joaquín Mora, Londres, R. Ackermann, 1826, 2 tomos (**BNM** y **BIM**).
- de MORTILLET, Gabriel, *Promenades préhistoriques à l'Exposition Universelle*, París, C. Reinwald, Libraire-Éditeur, 1867 (**BNF**, edición

digital en línea en: <http://gallica.bnf.fr/>; consultado en diciembre de 2010).

- von HUMBOLDT, Alexander, *Vues des Cordillères, et Monumens des Peuples Indigènes de l'Amérique*, París, F. Schoell (Imprimerie de J. H. Stone), 1810, *in-folio*. (BNF, edición digital en línea en: <http://gallica.bnf.fr/>; consultado en marzo de 2011).
- von HUMBOLDT, Alexander, *Vues des Cordillères, et Monumens des Peuples Indigènes de l'Amérique ; par Al. de Humboldt. Avec 19 Planches dont Plusieurs Coloriées*, París, N. Maze, Libraire (Imprimerie de Smith), 1816, *in-8°*, 2 tomos (BIM).
- RAMÍREZ, José Fernando, *Obras históricas III. Época moderna*, edición de Ernesto de la Torre Villar, México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Estudios y otras fuentes

- ADOVASIO, James M. y D. R. Pedler, “Monte Verde and the Antiquity of Humankind in the Americas”, en *Antiquity*, vol. 71, núm. 273, Septiembre de 1997, pp. 573-580.
- ADOVASIO, James M., et al., “No Vestige of a Beginning nor Prospect for an End: Two Decades of Debate on Meadowcroft Rockshelter”, en *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, editado por Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005, pp. 416-431.

- AGUIRRE Rojas Carlos Antonio, *Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema-mundo capitalista (Estudio y entrevista)*, México, Ediciones Era, 2003.
- AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio, “La longue durée: *in illo tempore et nunc*”, en *Fernand Braudel et les Sciences Humaines*, traducción de Steven Johansson y François Minaudier, París, L’Harmattan, 2004, anexo 2, pp. 211-247 (publicado originalmente en *Segundas Jornadas Braudelianas. Historia y Ciencias Sociales*, México, Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, pp. 29-56).
- AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio, “La revolución mundial de 1968. Cuatro décadas después”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, año 6, núm., 11, Septiembre 2008-Febrero 2009, pp. 51-58.
- AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio, “1968: la gran ruptura”, en *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, 2ª ed. actualizada, México, Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales, Instituto Politécnico Nacional, 2010, pp. 45-51.
- AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio, *Les leçons politiques du néozapatisme mexicain. Commander en obéissant*, traducción de Nils Solari, París, L’Harmattan, 2010.
- AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio, *Antimanual del buen rebelde. Guía de la contrapolítica para subalternos, anticapitalistas y antisistémicos*, México, Contrahistorias. La otra mirada de Clío, 2013.
- AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio, “El significado del Neozapatismo Mexicano dentro de los Movimientos Antisistémicos actuales”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, Segunda Serie, año 11, núm. 22, Marzo-Agosto, 2014, pp. 57-78.
- ARDELEAN, Ciprian Florin, “Archaeology of Early Human Occupations and the Pleistocene-Holocene Transition in the Zacatecas Desert, Northern Mexico”, Tesis para obtener el PhD en Arqueología,

University of Exeter, College of Humanities, Department of Archaeology, 2013.

- BATE Petersen, Luis Felipe y Alejandro Terrazas, “Apuntes sobre las investigaciones prehistóricas en México y América”, en *El Hombre temprano en América y sus implicaciones en el poblamiento de la cuenca de México. Primer Simposio Internacional*, («Colección científica» núm. 500), coordinado por José Concepción Jiménez López, et al., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006, pp. 23-48.
- BENJAMIN, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, traducción y presentación de Bolívar Echeverría, México, Contrahistorias. La otra mirada de Clío, 2005.
- BINFORD, Lewis R., “Post-Pleistocene adaptations”, en *New Perspectives in Archaeology*, editado por Sally R. Binford y Lewis R. Binford, Chicago, Illinois, Aldine, 1968, pp. 313-341.
- BINFORD, Lewis R., “Behavioral Archaeology and the ‘Pompeii Premise’”, en *Working at Archaeology*, Nueva York, Academic Press, 1983, parte IV, capítulo 18, pp. 229-241 (publicado originalmente en *Journal of Anthropological Research*, vol. 37, núm. 3, 1981, pp. 195-208).
- BOLDURIAN, Anthony T. y John L. Cotter, *Clovis Revisited. New Perspectives on Paleoindian Adaptations from Blackwater Draw, New Mexico*, («University Museum Monograph» 103), Philadelphia, The University Museum, University of Pennsylvania, 1999.
- BONNICHSEN, Robson y Alan L. Schneider, “Breaking the Impasse on the Peopling of the Americas”, en *Ice Age Peoples of North America...* 2ª ed., 2005, pp. 497-519.

- BONNICHSEN, Robson y Karen L. Turnmire, “An Introduction to the Peopling of the Americas”, en *Ice Age Peoples of North America...* 2ª ed., 2005, pp. 1-26.
- BONNICHSEN, Robson y Karen L. Turnmire (eds.), *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005.
- BORDES, François, *Le Paléolithique dans le monde* (col. «L’Univers des Connaissances»), París, Hachette, 1968.
- BOULE, Marcellin, *Fossil Men*, edición actualizada por Henri V. Vallois y traducida por Michael Bullock, Nueva York, The Dryden Press, 1957 (publicado originalmente como *Les hommes fossiles. Éléments de paléontologie humaine*, París, Masson et Cie., 1920).
- BOWLER, Peter J., “From ‘Savage’ to ‘Primitive:’ Victorian Evolutionism and the Interpretation of Marginalized Peoples”, en *Antiquity*, vol. 66, núm. 252, Septiembre de 1992, pp. 721-729.
- BOWLER, Peter J., *Evolution. The History of an Idea*, Edición del 25º aniversario, con un Nuevo Prefacio, Berkeley, University of California Press, 2009.
- BRAUDEL, Fernand, “Histoire et Sciences sociales: La longue durée”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, año 13, núm., 4, 1958, pp. 725-753.
- BUVE, Raymond, “Caciquismo, un principio de ejercicio del poder durante varios siglos”, en *Relaciones*, vol. XXIV, n.º. 96, otoño 2003.
- DARWIN, Charles, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, Londres, John Murray, 1859 (Edición original digitalizada en *Darwin Online* (<http://darwin-online.org.uk/>); consultado en mayo de 2011).

- DARWIN, Charles, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, 2 vols., Londres, John Murray, 1871 (Edición original digitalizada en *Darwin Online* (<http://darwin-online.org.uk/>); consultado en mayo de 2011).
- DELANNOY, Jean-Jacques, et al., “The Social Construction of Caves and Rockshelters: Chauvet Cave (France) and Nawarla Gabarnmang (Australia)”, en *Antiquity*, vol. 87, núm. 335, Marzo de 2013, pp. 12-29.
- DIETRICH, Oliver, et al., “The Role of Cult and Feasting in the Emergence of Neolithic Communities. New Evidence from Göbekli Tepe, South-Eastern Turkey”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 333, Septiembre de 2012, pp. 674-695.
- DILLEHAY, Thomas D., *The Settlement of the Americas. A New Prehistory*, Nueva York, Basic Books, 2000.
- DILLEHAY, Thomas D., et al., “Monte Verde: Seaweed, Food, Medicine, and the Peopling of South America”, en *Science*, vol. 320, núm. 5877, Mayo de 2008, pp. 784-786.
- DOSSE, François, *Histoire du structuralisme, I. Le champ du signe, 1945-1966; II. Le chant du cygne, 1967 à nos jours*, París, Éditions La Découverte, 1992.
- DOSSE, François, *La marche des idées. Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle*, París, Éditions La Découverte, 2003.
- DOSSE, François, *Gilles Deleuze et Félix Guattari. Biographie croisée*, París, Éditions La Découverte, 2007.
- ECHEVERRÍA, Bolívar, “La Compañía de Jesús y la primera modernidad de la América Latina”, en *La modernidad de lo barroco*, 2ª ed., 2000, pp. 57-82.

- ECHEVERRÍA, Bolívar. *La modernidad de lo barroco*, 2ª ed., México, Ediciones Era, 2000 (1ª ed., coedición Universidad Nacional Autónoma de México, 1998).
- ECHEVERRÍA, Bolívar, *Discurso crítico y modernidad. Ensayos escogidos*, (col. «Clásicos de la Historia Crítica»), Bogotá, Ediciones desde abajo, 2011.
- ETTE, Ottmar, “The Scientist as Weltbürger: Alexander von Humboldt and the Beginning of Cosmopolitics”, en *Northeastern Naturalist*, vol. 8, Special Issue 1: “Alexander von Humboldt’s Natural History Legacy and Its Relevance for Today”, 2001, pp. 157-182.
- FOUCAULT, Michel, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, (col. «Bibliothèque des Sciences Humaines»), París, Éditions Gallimard, 1966 (reimpresión de 1969).
- GERBI, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, traducción de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1978 (1ª ed., Milán-Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1975).
- GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, traducción de Antonio Alatorre, 2ª ed. corregida y aumentada, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (publicado originalmente en 1955).
- GINZBURG, Carlo, *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, traducción de Alberto Clavería Ibáñez, Barcelona, Muchnik Editores, 1991 (edición original de 1986).
- GINZBURG, Carlo, “Alien Voices: The Dialogic Element in Early Modern Jesuit Historiography”, en *History, Rhetoric, and Proof*, («The Menahem Stern Jerusalem Lectures»), Hanover, New Hampshire, University Press of New England/Brandeis University Press/Historical Society of Israel, 1999, pp. 71-91.

- GINZBURG, Carlo, “Semejanzas de familia y árboles de familia: dos metáforas cognoscitivas”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, año 4, núm. 7, Septiembre de 2006-Febrero de 2007, pp. 17-36 (publicado originalmente en *Critical Inquiry*, núm. 30, primavera de 2004).
- GINZBURG, Carlo, “Fear Reverence Terror. Reading Hobbes Today”, *Max Weber Lecture Series*, núm. 2008/05, Badia Fiosalana, European University Institute, 2008.
- GINZBURG, Carlo, “Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el Oficio de Historiador, hoy”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, Segunda Serie, Año 9, núm. 19, Septiembre 2012-Febrero 2013, pp. 7-24 (el original está en Inglés).
- GINZBURG, Carlo, “Dialogue avec Carlo Ginzburg”, presentado por Roger Chartier, en el programa de radio *Les Lundis de l'histoire*, emisión del 23 de diciembre de 2013.
- GOEBEL, Ted y Sergei B. Slobodin, “The Colonization of Western Beringia: Technology, Ecology and Adaptations”, en *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, editado por Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005, pp. 104-155.
- GOEBEL, Ted, Michael R. Waters y Margarita Dikova, “The Archaeology of Ushki Lake, Kamchatka, and the Pleistocene Peopling of the Americas”, en *Science*, Nueva Serie, vol. 301, núm. 5632, Julio de 2003, pp. 501-505.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, Alfredo, “From the Battlefield to the Labour Camp: Archaeology of Civil War and Dictatorship in Spain”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 332, Junio de 2012, pp. 456-473.

- GRAN-AYMERICH, Ève, *Naissance de l'archéologie moderne, 1798-1945*, París CNRS Éditions, 1998.
- GRAN-AYMERICH, Ève, *Dictionnaire biographique d'archéologie, 1798-1945*, París, CNRS Éditions, 2001.
- GRÄSLUND, Bo, "The Background to C. J. Thomsen's Three Age System", en *Towards a History of Archaeology*, editado por Glyn Daniel, Londres, Thames and Hudson, 1981, pp. 45-50.
- GRAYSON, Donald K., *The Establishment of Human Antiquity*, Nueva York, Academic Press, 1983.
- GRAYSON, Donald K. y David J. Meltzer, "Clovis Hunting and Large Mammal Extinction: A Critical Review of the Evidence", en *Journal of World Prehistory*, vol. 16, núm. 4, Diciembre de 2004, pp. 313-359.
- GROENEN, Marc, *Pour une histoire de la préhistoire. Le paléolithique*, Grenoble, Éditions Jérôme Millon, 1994.
- GUEVARA Fefer, Rafael, *Los últimos años de la historia natural y los primeros días de la biología en México. La práctica científica de Alfonso Herrera, Manuel María Villada y Mariano Bárcena*, (col. «Cuadernos del Instituto de Biología», 35), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- GUILLAUMIN, Godfrey, *Raíces metodológicas de la teoría de la evolución de Charles Darwin*, (col. «Nueva Ciencia»), Barcelona, Anthropos Editorial y División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2009.
- HALE, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, Traducción de Purificación Jiménez, México, Fondo de Cultura Económica, 2002 (publicado originalmente como *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*, Princeton University Press, 1989).

- HAMILTON, Thomas D. y Ted Goebel, “Late Pleistocene Peopling of Alaska”, en *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, editado por Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005, pp. 156-199.
- HARTOG, François, “Dialogue avec François Hartog”, presentado por Roger Chartier, en el programa de radio *Les Lundis de l'histoire*, emisión del 1º de abril de 2013.
- HOBSBAWN, Eric J., *La Era del Imperio, 1875-1914*, traducción al castellano de Juan Faci Lacasta, Barcelona, Editorial Crítica, 2001 (publicado originalmente como *The Age of Empire, 1875-1914*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987).
- HUDDLESTONE, Lee Eldridge, *Origins of the American Indians. European Concepts, 1492-1729*, («Latin American Monograph», núm. II), Austin, Institute of Latin American Studies, The University of Texas Press, 1967.
- ILLADES Aguiar, Carlos, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Océano, 2011.
- KAESER, Marc-Antoine, “On the International Roots of Prehistory”, en *Antiquity*, vol. 76, núm. 291, Marzo de 2002, pp. 170-177.
- KAESER, Marc-Antoine, *L'univers du préhistorien. Science, foi et politique dans l'œuvre et la vie d'Édouard Desor (1811-1882)*, (col. « Histoire des Sciences Humaines »), París, L'Harmattan y Société de la Suisse Romande, 2004.
- KEEN, Benjamin, *The Aztec Image in Western Thought*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1971.
- KRAUZE, Enrique, “Un héroe de la historiografía”, en *Letras Libres*, Mayo de 2005, pp. 14-19.

- LAVILLE, Henri, Jean-Philippe Rigaud y James R. Sackett, *Rockshelters of the Perigord. Geological Stratigraphy and Archaeological Succession*, Nueva York, Academic Press, 1980.
- LEROI-GOURHAN, André, *Évolution et techniques. L'homme et la matière*, (col. « Science d'Aujourd'hui »), 3ª ed. revisada y corregida, París, Éditions Albin Michel, 1971 (1ª ed. de 1943).
- LEROI-GOURHAN, André, *Évolution et techniques. Milieu et technique*, (col. « Science d'Aujourd'hui »), 3ª ed. revisada y corregida, París, Éditions Albin Michel, 1973 (1ª ed. de 1945).
- LEROI-GOURHAN, André, *Le geste et la parole I. Technique et langage*, (col. « Science d'Aujourd'hui »), París, Éditions Albin Michel, 1964.
- LEROI-GOURHAN, André, *Le geste et la parole II. La mémoire et les rythmes*, (col. « Science d'Aujourd'hui »), París, Éditions Albin Michel, 1965.
- MACDONALD, Kevin C. y David W. Morgan, “African Earthen Structures in Colonial Louisiana: Architecture from the Coincoin Plantation (1787-1816)”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 331, Marzo de 2012, pp. 161-177.
- MARCHAND, Suzanne L., *Down from Olympus. Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1996.
- MARCHAND, Suzanne L., *German Orientalism in the Age of Empire. Religion, Race, and Scholarship*, Nueva York, German Historical Institute (Washington, D.C.) y Cambridge University Press, 2009.
- MARTIN, Paul S., “The Discovery of America”, en *Science*, Nueva Serie, vol. 179, núm. 4077, Marzo de 1973, pp. 969-974.

- MEI KEI, Yee, “The Middle Palaeolithic in China: A Review of Current Interpretations”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 333, Septiembre de 2012, pp. 619-626.
- MELTZER, David J., “The Antiquity of Man and the Development of American Archaeology”, en *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 6, 1983, pp. 1-51.
- MELTZER, David J., “Monte Verde and the Pleistocene Peopling of the Americas”, en *Science*, Nueva Serie, vol. 276, núm. 5313, Mayo de 1997, pp. 754-755.
- MELTZER, David J., *First Peoples in a New World. Colonizing Ice Age America*, Berkeley, University of California Press, 2009.
- MELTZER, David J., James M. Adovasio y Thomas D. Dillehay, “On a Pleistocene Human Occupation at Pedra Furada, Brazil”, en *Antiquity*, vol. 68, núm. 261, Diciembre de 1994, pp. 695-714.
- MELTZER, David J., et al., “On the Pleistocene Antiquity of Monte Verde, Southern Chile”, en *American Antiquity*, vol. 62, núm. 4, Octubre de 1997, pp. 659-663.
- MORELLO, Flavia, et al., “Hunter-Gatherers, Biogeographic Barriers and the Development of Human Settlement in Tierra del Fuego”, en *Antiquity*, vol. 86, núm. 331, Marzo de 2012, pp. 71-87.
- MÜLLER-SCHEESSEL, Nils, “Fair Prehistory: Archaeological Exhibits at French *Expositions Universelles*”, en *Antiquity*, vol. 75, núm. 288, Junio de 2001, pp. 391-401.
- MURRAY, Tim (ed.), *Encyclopedia of Archaeology. The Great Archaeologists*, 2 vols., Santa Barbara, California, ABC-CLIO, 1999.
- O’ GORMAN, Edmundo, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, («Lecturas mexicanas», 63), México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

- PANI, Erika, “Dreaming of a Mexican Empire: The political Projects of the ‘imperialistas’”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 82, Febrero de 2002, pp. 1-31.
- PANI, Erika, *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples* (col. «Herramientas para la historia»), México, Centro de Investigación y Docencia Económicas y Fondo de Cultura Económica, 2004.
- POPKIN, Richard H., *Isaac La Peyrère (1596-1676). His Life, Work and Influence*, («Brill’s studies in intellectual history», núm. 1), Leiden, Países Bajos, E. J., Brill, 1987.
- RODDEN, Judith, “The Development of the Three Age System: Archaeology’s First Paradigm”, en *Towards a History of Archaeology*, editado por Glyn Daniel, Londres, Thames and Hudson, 1981, pp. 51-68.
- ROSSI, Paolo, *The Dark Abyss of Time. The History of the Earth and the History of Nations from Hooke to Vico*, traducción de Lydia G. Cochrane, Chicago, The University of Chicago Press, 1984 (publicado originalmente como, *I segni del tempo. Storia della terra e storia delle nazioni da Hooke a Vico*, Milán, Giangiaco Feltrinelli Editore, 1979).
- RUTSCH, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia e Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- SAID, Edward W., *Orientalism*, Edición del 25º aniversario con un nuevo prefacio, Nueva York, Vintage Books, 2003 (1ª ed. de 1978).
- SACKETT, James R., “From de Mortillet to Bordes: A Century of French Palaeolithic Research”, en *Towards a History of Archaeology*, editado por Glyn Daniel, Londres, Thames and Hudson, 1981, pp. 85-99.

- SACKETT, James R., “Human Antiquity and the Old Stone Age: The Nineteenth Century Background to Paleoanthropology”, en *Evolutionary Anthropology*, vol. 9, núm. 1, 2000, pp. 37-49.
- SCHNAPP, Alain, *La conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*, París, Éditions Carré, 1993.
- SLOBODIN, Sergei B., “Western Beringia at the End of the Ice Age”, en *Arctic Anthropology*, vol. 38, núm. 2, «Between Two Worlds: Late Pleistocene Cultural and Technological Diversity in Eastern Beringia», 2001, pp. 31-47.
- STANFORD, Dennis J. y Bruce A. Bradley, *Across Atlantic Ice. The Origin of America's Clovis Culture*, Berkeley, University of California Press, 2012.
- STOCKING Jr., George W., *Victorian Anthropology*, Nueva York, The Free Press, 1987.
- STRAUS, Lawrence Guy, David J. Meltzer y Ted Goebel, “Ice Age Atlantis? Exploring the Solutrean-Clovis ‘Connection’”, en *World Archaeology*, vol. 37, núm. 4, «Debates in “World Archaeology”», Diciembre de 2005, pp. 507-532.
- TAYLOR, R. V., C. Vance Haynes y Minze Stuiver, “Clovis and Folsom Age Stimates: Stratigraphic Context and Radiocarbon Calibration”, en *Antiquity*, vol. 70, núm. 269, Septiembre de 1996, pp. 515-525.
- TORTOLERO Villaseñor, Alejandro, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920. Propiedad, crédito, irrigación y conflictos sociales en el agro mexicano*, México, Siglo Veintiuno Editores y Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, 2008.

- TRABULSE, Elías, “Introducción”, en *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos. Siglo XVI*, México, Consejo Nacional de la Ciencia y Tecnología/Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 15-201.
- TRABULSE, Elías, *Los orígenes de la ciencia moderna en México (1630-1680)*, («Breviarios», 526), México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- TRIGGER, Bruce G., “Archaeology and the Image of the American Indian”, en *American Antiquity*, vol. 45, núm. 4, Octubre de 1980, pp. 662-676.
- TRIGGER, Bruce G., *A History of Archaeological Thought*, 2ª ed., Nueva York, Cambridge University Press, 2006.
- VILLARRUEL Mendoza, Rebeca del Carmen, “Un acercamiento a la historia de la arqueología prehistórica en México. Primera década del Departamento de Prehistoria”, tesis para optar por el grado de Maestría en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2009.
- VILORRO Toranzo, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 3ª ed. («Cuadernos de la gaceta» 90), México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y El Colegio Nacional, 1996 (1ª ed. El Colegio de México, 1950).
- WADYKO, Michael Anthony, “Alexander von Humboldt and Nineteenth-Century Ideas on the Origins of American Indians”, disertación doctoral inédita, Morgantown, Virginia, Department of History, West Virginia University, 2000.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, traducción de Antonio Resines, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979 (edición original, Nueva York, Academic Press, 1974).

- WALLERSTEIN, Immanuel, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e Interrogantes” en *Estudios Sociológicos*, núm., 20, 1989.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1996.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *Después del liberalismo*, Traducción de Stella Mastrángelo, México, Siglo Veintiuno Editores, 1996 (publicado originalmente como *After Liberalism*, Nueva York, The New Press, 1995).
- WALLERSTEIN, Immanuel, *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, Traducción de Jesús Albores, México, Siglo Veintiuno Editores, 1998 (edición original, Nueva York, Academic Press, 1989).
- WALLERSTEIN, Immanuel, “El siglo XX: ¿oscuridad al mediodía?” en, *Eseconomía*, Nueva época, núm., 2, invierno 2002-2003, pp. 5-15 (originalmente como “The Twentieth Century: Darkness at Noon”, en R. Grosfoguel, et.al., *The Modern/Colonial/Capitalist World-System in the Twentieth Century*, Westport, CT, Greenwood Press, 2002, pp. xxxi-xl).
- WALLERSTEIN, Immanuel, *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, 2ª ed., traducción de Adriana Hierro, México, Siglo Veintiuno Editores, 2003 (publicado originalmente como *Utopistic, or Historical Choices of the Twentieth-First Century*, Nueva York, The New Press, 1998).
- WALLERSTEIN, Immanuel, *World-System Analysis. An Introduction*, Durham y Londres, Duke University Press, 2004.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World-System IV. Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, The University of California Press, 2011.

- WATERS, Michael R., Steven L. Forman y James M. Pierson, “Diring Yuriakh: A Lower Paleolithic Site in Central Siberia”, en *Science*, vol. 275, núm. 5304, Febrero de 1997, pp. 1281-1284.
- WHITE, Randal, “Beyond Art: Toward an Understanding of the Origins of Material Representation in Europe”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 21, 1992, pp. 537-564.
- WHITE, Randall, *Prehistoric Art. The Symbolic Journey of Humankind*, Nueva York, Harry N. Abrams, Inc., Publishers, 2003.
- WHITE, Tim D., et al., “Asa Issie, Aramis and the Origin of *Australopithecus*”, en *Nature*, vol. 440, núm. 13, Abril de 2006, pp. 883-889.
- WILSON, Michael Clayton y James A. Burns, “Searching for the Earliest Canadians: Wide Corridors, Narrow Doorways, Small Windows”, en *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations*, editado por Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire, 2ª ed., Texas, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, Texas A&M University, 2005, pp. 213-248.
- WINDER, Isabelle C., et al., “Complex Topography and Human Evolution: The Missing Link”, en *Antiquity*, vol. 87, núm. 336, Junio de 2013, pp. 333-349.
- YI, Seonbok y Goeffrey Clark, “The ‘Dyuktai Culture’ and New World Origins”, en *Current Anthropology*, vol. 26, núm. 1, Febrero de 1985, pp. 1-13.